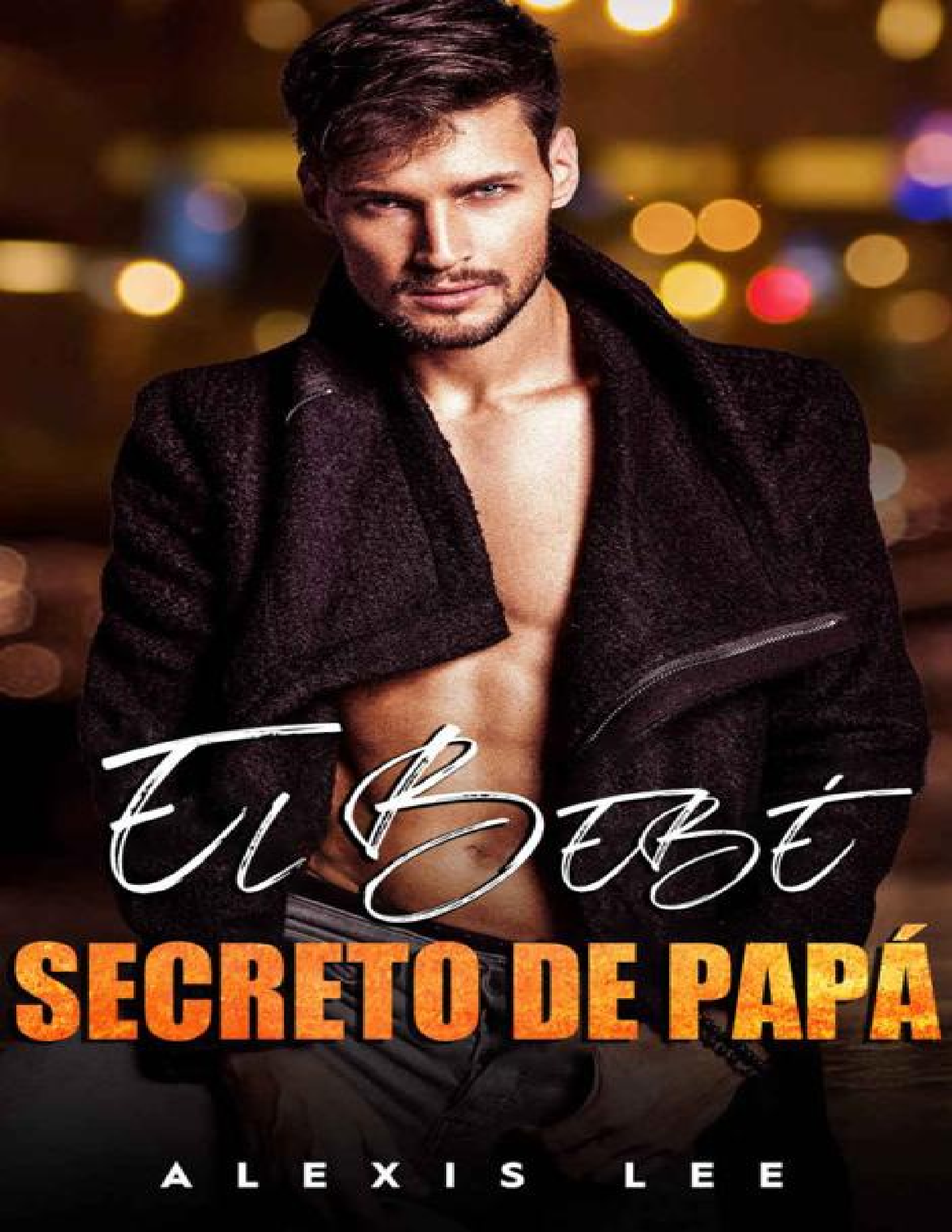




EL BÉBÉ

SECRETO DE PAPÁ

ALEXIS LEE

El bebé secreto de papá

Un romance de enemigos a amantes con una segunda oportunidad

(Bebés y papás alfasexy)

Alexis Lee

Copyright © 2024 by Alexis Lee

All rights reserved.

No portion of this book may be reproduced in any form without written permission from the publisher or author, except as permitted by U.S. copyright law

Contents

[CAPÍTULO UNO](#)

[CAPÍTULO DOS](#)

[CAPÍTULO TRES](#)

[CAPÍTULO CUATRO](#)

[CAPÍTULO CINCO](#)

[CAPÍTULO SEIS](#)

[CAPÍTULO SIETE](#)

[CAPÍTULO OCHO](#)

[CAPÍTULO NUEVE](#)

[CAPÍTULO DIEZ](#)

[CAPÍTULO ONCE](#)

[CAPÍTULO DOCE](#)

[CAPÍTULO TRECE](#)

[CAPÍTULO CATORCE](#)

[CAPÍTULO QUINCE](#)

[CAPÍTULO DIECISÉIS](#)

[CAPÍTULO DIECISIETE](#)

[CAPÍTULO DIECIOCHO](#)

[CAPÍTULO DIECINUEVE](#)

[CAPÍTULO VEINTE](#)

[CAPÍTULO VEINTIUNO](#)

[CAPÍTULO VEINTIDÓS](#)

[CAPÍTULO VEINTITRÉS](#)

[CAPÍTULO VEINTICUATRO](#)

[CAPÍTULO VEINTICINCO](#)

[CAPÍTULO VEINTISÉIS](#)

[CAPÍTULO VEINTISIETE](#)

[CAPÍTULO VEINTIOCHO](#)

[CAPÍTULO VEINTINUEVE](#)

CAPÍTULO TREINTA

CAPÍTULO UNO

Amanda

—Mamá, te lo prometo; sé lo que hago.

—No sé, Amanda. Esto no me parece una buena idea. Bill siempre ha sido muy claro. No le gustan las sorpresas.

Pongo los ojos en blanco y suspiro al teléfono.

—Es el Día de San Valentín, mamá, y no lo he visto en meses. Se va a emocionar tanto de verme que no le importará que no haya avisado antes.

—Cariño... —La voz de mi madre tenía un tono de advertencia—. Bill no es exactamente la persona más... indulgente.

Resoplo con frustración.

—Mamá, siempre actúas como si Bill fuera una especie de imbécil, pero no lo es. Confía en mí, ¿vale? Conozco a mi novio. Todo saldrá bien.

Permaneció en silencio durante varios segundos antes de murmurar:

—Vale, cariño. Lo siento. Seguro que se alegrará de verte. Solo... llámame luego, ¿sí? Para que no me preocupe por ti.

Sonriendo suavemente, le digo:

—Lo haré, te lo prometo. Tengo que irme ahora. Necesito averiguar cuál es su edificio.

—Te quiero, Amanda.

—Yo también te quiero, mamá.

Colgando el teléfono, lo guardo en el bolsillo de mis vaqueros y saco el mapa del campus que había cogido en la oficina de admisiones. Lo admito, estaba nerviosa. Nunca había hecho algo así antes. Mamá tenía razón. Bill siempre había dejado muy claro que odiaba las sorpresas. Era

un poco controlador y no le gustaba que le saltaran con cosas inesperadas porque alteraban su "ritmo", como él siempre decía. Siempre había respetado eso de él y nunca había hecho nada para sorprenderlo. Nada de fiestas de cumpleaños, ni regalos repentinos, y definitivamente nada de presentarse en su escuela sin avisar.

Pero este no era un día cualquiera ni una sorpresa cualquiera. Era el Día de San Valentín, y no había visto a mi novio en más de un mes. Tendría que perdonarme esta vez. Después de todo, había volado desde Filadelfia hasta San Francisco para verlo. No podía enfadarse conmigo por eso.

Me paré frente a una hilera de edificios de dormitorios y miré el mapa del campus que había cogido de la oficina de admisiones. El recepcionista en el mostrador de la oficina había sido lo suficientemente amable como para rodear con un círculo el edificio donde sabía que vivía Bill. Levanté la vista del mapa una vez más y divisé su dormitorio, tres edificios más allá de donde me encontraba. Sonriendo, me apresuré por la acera. Justo cuando llegué a la entrada principal del edificio, un par de chicas salieron, dejando la puerta abierta para mí. Me deslicé dentro, mi emoción creciendo mientras subía al piso de Bill.

Cuando llegué a la puerta de su habitación, me detuve y tomé un respiro profundo, con la anticipación vibrando a través de mí.

Aparté la burbuja de nervios en la boca del estómago. Esto estaría bien. Bill y yo ahora íbamos en serio. No podía enfadarse conmigo solo porque quería verlo.

Aunque no me había convencido del todo, aún así levanté la mano y golpeé con firmeza.

Pasaron varios momentos antes de que se abriera la puerta, pero no era Bill quien estaba allí con la cara iluminada de sorpresa. No reconocí al chico, pero supuse que era el compañero de cuarto de Bill. Tenía el pelo castaño desgreñado y los ojos adormilados, como si acabara de despertarse.

—¿Puedo ayudarte? —gruñó.

Tomada por sorpresa, me tomé un momento para recomponerme antes de preguntar:

—Um... ¿está Bill aquí?

El tipo arqueó una ceja.

—No.

Su tono no era necesariamente grosero, pero tampoco particularmente cálido. Me mordí el labio nerviosamente durante varios segundos.

—¿Podrías... podrías decirme dónde está?

Frunciendo el ceño, respondió:

—¿Por qué debería decírtelo? ¿Quién eres tú?

—Soy Amanda —contesté. Cuando no pareció reconocer mi nombre, aclaré—: La novia de Bill.

Para mi sorpresa, pareció confundido por mi explicación.

—Eh... no, no lo eres —dijo.

Parpadeé. ¿Qué demonios?

—Sí, lo soy.

Negó con la cabeza.

—No, no lo eres. La novia de Bill es estudiante aquí.

—No, eso no es cierto —insistí sacudiendo la cabeza—. Bill y yo hemos estado saliendo casi un año...

—Bueno, no te conozco —replicó el compañero de cuarto—. Pero conozco a Jessica. Bill ha estado saliendo con ella desde hace unos seis meses.

Estaba desconcertada, y el pánico comenzó a crecer dentro de mí, pero lo reprimí. Tenía que haber algún tipo de malentendido. Bill no me haría eso. ¡No lo haría! No lo creía.

Sin embargo, una vocecita en el fondo de mi cabeza empezó a burlarse, diciendo, tal vez hay una razón por la que no se ha esforzado tanto en verte últimamente.

—¿Dónde está Bill? —exigí saber en un tono firme, tratando de ignorar esa estúpida vocecita.

Suspirando, el compañero de cuarto se rascó la parte de atrás de la cabeza y dijo a regañadientes:

—Mierda, está bien. Él y Jessica van mucho a este hotel justo fuera del campus. Me cansé de

pillarlos a todas horas del día, así que alquilan una habitación allí varias veces a la semana. Se llama el Luxe. No le digas que te conté nada de esto.

Antes de que pudiera desenredar mi lengua lo suficiente como para hilvanar palabras en una respuesta, retrocedió y me cerró la puerta en la cara.

Me quedé mirando la puerta durante varios segundos, con la mente acelerada mientras intentaba dar sentido a todo lo que me acababan de decir. No quería creer que Bill me estaba engañando, pero... ¿y si...?

Girándome, corrí por el pasillo y salí del edificio. Recordé que mi Uber había pasado por el Luxe de camino a dejarme en la escuela. Estaba a una manzana del campus. Podía llegar fácilmente a pie.

Me apresuré hacia el hotel y me dirigí inmediatamente a la recepción. El empleado que estaba detrás del mostrador levantó la vista cuando me acerqué y sonrió.

—Buenas tardes, señorita —dijo el hombre elegantemente vestido—. ¿En qué puedo ayudarla?

—Hola —respondí, sin aliento, con el corazón latiendo como si acabara de correr una maratón—. Yo... me temo que he perdido la llave de mi habitación y me preguntaba si alguien podría ayudarme.

El recepcionista asintió y me aseguró:

—Por supuesto, no hay problema. Solo necesito su nombre y el número de la habitación en la que se aloja.

Apreté los dientes e intenté mantener una expresión serena y tranquila. —En realidad, la habitación está a nombre de mi novio. Puedo darle su número de identificación si necesita verificarlo o algo así.

El recepcionista asintió. —Eso sería de ayuda, gracias.

Le di el número, que había memorizado meses atrás. Bill se había olvidado su identificación en mi casa cuando me visitó hace un tiempo, y se la envié, pero había anotado el número solo para estar segura en caso de que se perdiera en el correo. El número había permanecido en mi escritorio durante semanas. Lo veía todos los días. En algún momento, simplemente se grabó en mi mente.

Nunca imaginé que tendría una razón para usarlo.

El recepcionista tecleó algunas cosas en su ordenador y, después de unos momentos, volvió a mirarme con esa sonrisa educada.

—Habitación trescientos veinticuatro —dijo—. ¿Desea una nueva llave de la habitación?

—Eso sería genial, gracias —respondí, cuidando de mantener mi expresión calmada.

Unos minutos después, me precipitaba hacia un ascensor, con una llave de la habitación aferrada en mi mano. Mientras subía al tercer piso, no dejaba de repetirme que tenía que haber una explicación. Bill no me haría esto. No me lastimaría así. ¡Me había dicho que me amaba!

Eso no podía haber sido una mentira... ¿o sí?

Cuando las puertas del ascensor se abrieron, casi corrí por el pasillo hacia la habitación. Al llegar a la puerta marcada con el número trescientos veinticuatro, me detuve y me tomé unos segundos para intentar recomponerme.

Voy a abrir esta puerta, y probablemente ni siquiera sea Bill. Su compañero de piso estaba confundido o estaba gastando alguna broma horrible. Eso es todo.

A pesar de esos pensamientos, sin embargo, aún dudé en abrir la puerta. Mi corazón latía con fuerza, y mi mano empezó a temblar cuando finalmente alargué el brazo y pasé la tarjeta. La cerradura hizo clic, y cuando la luz verde se encendió sobre el pestillo, me mordí el labio y abrí la puerta.

Al principio, no pude comprender lo que estaba viendo. Mi mente simplemente se negaba a procesarlo. Era una pesadilla hecha realidad, y deseaba desesperadamente despertar.

La cabeza de Bill se levantó bruscamente de entre las piernas de una mujer que no conocía, y sus ojos se abrieron de par en par por la sorpresa. Estaban tendidos en la cama. Desnudos.

La mitad inferior de la cara de Bill brillaba.

¿Qué coño?

—¿Amanda? —jadeó—. ¿Qué... qué haces aquí?

No pude formar palabras mientras lo miraba fijamente. El suelo parecía inclinarse bajo mis pies, y mis rodillas temblaban mientras trataba de mantener el equilibrio.

Bill se incorporó, su expresión pasando de la sorpresa a algo frío y calmado.

—Amanda, necesito que me dejes explicarte —dijo en un tono ecuánime. La mujer con la que estaba también se incorporó, pero no parecía tan sorprendida de verme como yo lo estaba de verla a ella.

Ella sabía de mí.

Ese pensamiento golpeó mi mente como un martillazo en la cabeza. Retrocedí tambaleante, todo mi cuerpo temblando. La vergüenza, el horror y la desesperación me invadieron, pero la emoción que se abrió paso al frente de mi mente y me abrumó fue la ira.

Este cabrón. ¡Este cabrón!

—Amanda —dijo Bill, con un tono de advertencia—. Seamos adultos con esto.

¿Quería que fuéramos adultos con esto? ¿Él era el que estaba desnudo con la cara enterrada entre las piernas de otra mujer, y tenía la desfachatez de decirme que fuera adulta?

Apretando los dientes mientras la furia pulsaba a través de mí, ni siquiera me molesté en decir nada. No podía, en realidad. Ninguna palabra llegó a mi mente en ese momento. Todo lo que quería era lanzarme sobre él y hacerle daño de cualquier manera que pudiera.

Sin embargo, como no quería terminar en prisión por agresión, me di la vuelta y salí corriendo, dejando que la puerta de la habitación se cerrara de golpe detrás de mí.

Necesitaba alejarme lo más posible. Las lágrimas quemaban mis ojos, prácticamente cegándome mientras comenzaban a correr por mis mejillas.

Esto no podía estar pasando. Tenía que ser una pesadilla, ¿verdad? Mientras tropezaba hacia los ascensores, realmente me di una bofetada, el escozor haciendo dolorosamente obvio que estaba bien despierta.

Apenas podía ver, cuando escuché el timbre de la puerta de un ascensor abriéndose, seguí el sonido. Me limpié los ojos con las palmas de las manos al entrar en el ascensor, y fue solo en ese momento que me di cuenta de que ya había alguien dentro. Me quedé paralizada justo dentro de

la puerta, cruzando la mirada con un hombre alto de ojos tan oscuros que parecían negros. Tenía el cabello castaño peinado y llevaba un traje azul a medida. Era increíblemente atractivo, con una mandíbula cuadrada oscurecida por la barba incipiente, cejas fuertes y hombros anchos.

Justo mi suerte. Por supuesto, el hombre más guapo que jamás había visto me pillaría en el momento más bajo de mi vida.

No quería que nadie presenciara mi crisis emocional, pero las puertas del ascensor se cerraron detrás de mí antes de que pudiera salir. Girándome, rápidamente presioné el botón del vestíbulo y luego me acurruqué en la esquina. Por el rabillo del ojo, vi que el hombre me observaba por un momento. Encogiéndome, él se alejó más de mí.

¿Qué demonios le pasa? ¿Por qué no se ocupa de sus propios asuntos? Gilipollas.

Sin embargo, cuando vi mi reflejo en las paredes espejadas del ascensor, entendí por qué el tipo no quería tener nada que ver conmigo. Era un desastre. Mi cara estaba roja, mis ojos hinchados, y mi maquillaje estaba corrido por mis mejillas. Los mocos goteaban de mi nariz y la saliva de mi boca.

Vale... quizás no era tan gilipollas. Yo estaba asquerosa.

Sabía que debería sentirme más avergonzada por mi apariencia y falta de control sobre mí misma, pero simplemente no podía hacer que me importara. Mi corazón estaba destrozado, y no sabía qué iba a hacer. Estaba devastada, pero también humillada. ¿Cómo podía volver y enfrentar a mis amigos? ¿A mi familia? Todos conocían a Bill. Lo habían conocido, y a la mayoría les caía bien.

Ahora tenía que arrastrarme de vuelta a casa y decirle a todos los que conocía que el hombre con el que había estado saliendo durante tanto tiempo... el hombre con el que pensé que podría casarme algún día... se estaba acostando con otra y me había estado mintiendo durante meses.

¿Cómo había sido tan estúpida?

Bill era un cabrón, pero me había convencido a mí misma de que era un buen tipo porque quería que fuera verdad con tanta fuerza. Ahora, mis gafas de color rosa habían sido arrancadas, y podía verlo como realmente era.

Pero, ¿en qué me convertía eso a mí?

En una idiota. Eso es lo que era.

Una idiota con el corazón roto y la cara empapada en lágrimas, humillándome frente a un desconocido guapísimo que claramente estaba asqueado por mí.

Esto tenía que ser tocar fondo. No podía imaginar sentirme peor conmigo misma.

El único consuelo que se me ocurría era que mi día no podía empeorar más.

CAPÍTULO DOS

Vincent

Genial. Justo lo que me faltaba ahora. Una tía montando un espectáculo en mi ascensor.

Como si el día no fuera ya lo bastante irritante.

No soy el mayor fan del Día de San Valentín. Es tan artificial. Claro, puede que empezara como una celebración genuina del amor, pero ahora no es más que flores sobrevaloradas, dulces baratos y promesas vacías y gestos románticos que serían más significativos en cualquier otro momento del año.

Como estaba soltero y no tenía obligación de celebrar el día, decidí aprovechar la oportunidad para inspeccionar uno de mis hoteles. Era mucho mejor que quedarme en mi oficina, recibiendo regalos sin sentimiento que mis empleados usaban para hacerme la pelota.

Sin embargo, si hubiera sabido que acabaría en un ascensor con una mujer llorando, habría reconsiderado mi decisión. Era un desastre total, y cuando noté los mocos que le salían de la nariz, me aparté, preocupado de que de alguna manera acabaran en mi traje. Las mujeres que lloran me incomodan. La mitad de las veces, las lágrimas suelen ser herramientas de manipulación para usarlas en mi contra. La otra mitad del tiempo, parece que la mujer no puede controlarse, y nunca he sido bueno siendo un hombre sobre el que llorar.

Así que las lágrimas eran un inmediato factor de desinterés para mí, lo cual era una lástima porque la mujer era realmente mi tipo en otros aspectos. A pesar de su cara manchada de lágrimas, era preciosa. Tenía unos grandes ojos azules y un pelo rubio hasta los hombros con un poco de ondulación. Era de estatura media y tenía una figura de reloj de arena que pondría de rodillas a casi cualquier hombre.

Pero tenía que ser una llorona.

Una especie de decepción, pero la olvidaría rápidamente una vez que saliéramos del ascensor y tomáramos caminos separados.

En ese preciso momento, la luz del ascensor parpadeó sobre nosotros. Al principio no le di

importancia, pero entonces el ascensor se estremeció y se sacudió, casi haciéndome perder el equilibrio. Mierda. Me apoyé en la esquina, con el corazón acelerado y el estómago revuelto mientras el ascensor se detenía de repente.

—¿Qué demonios? —murmuré, moviéndome hacia el panel de botones y pulsando varias veces el del vestíbulo. No pasó nada, y cuando intenté pulsar el botón para abrir las puertas del ascensor, estas permanecieron firmemente cerradas.

—Joder —gruñí. Miré hacia la mujer, esperando verla acurrucada en el suelo, llorando histéricamente. Para mi sorpresa, sin embargo, había dejado de llorar y se había abalanzado para pulsar el botón de llamada de emergencia al otro lado de las puertas.

—¿Hola? —llamó. Cuando no hubo respuesta, volvió a pulsar el botón y repitió—: ¿Hola? ¿Puede oírme alguien?

Silencio.

Maldita sea. Parecía que el sistema de llamada de emergencia también estaba caído. Tal vez no había funcionado desde el principio. Me hice una nota mental para que lo revisaran una vez que saliera de este lío.

Vi a la mujer sacar su teléfono móvil del bolsillo.

—Mierda, no hay señal —murmuró. Cuando levantó la mirada hacia mí, me sorprendió la expresión decidida en sus ojos. Era como si la chica que lloraba antes hubiera desaparecido por completo—. ¿Tienes teléfono?

—¿Qué? —pregunté, sin estar seguro de haberla oído correctamente ya que su voz era muy baja.

Frunciendo el ceño, habló de nuevo en un tono más alto—. ¿Tienes. Teléfono? No tengo señal, pero necesitamos llamar para pedir ayuda.

Saqué mi teléfono del bolsillo y lo miré antes de mostrarle la pantalla.

—Yo tampoco tengo señal —le dije.

—¿Qué demonios se supone que debemos hacer si no podemos llamar para pedir ayuda? —exigió saber.

Encogiéndome de hombros, respondí—: Supongo que solo tenemos que esperar a que alguien se dé cuenta de que el ascensor no funciona y venga a rescatarnos.

Sus ojos se abrieron de par en par, luego se estrecharon inmediatamente, y pareció irritada.

—Por supuesto —refunfuñó, volviéndose para regresar pisando fuerte a su esquina. Girándose de nuevo, presionó su espalda contra la pared cubierta de espejos y se deslizó lentamente hasta el suelo—. Por supuesto que esto pasaría. Este ya era el peor día de toda mi vida. ¿Por qué no seguir con la mierda rodando?

Su cambio de comportamiento me dejó aturdido, pero descubrí que la prefería enojada y mordaz a llorando.

Apoyándome en la pared detrás de mí, metí las manos en los bolsillos de mis pantalones y la observé durante un largo momento antes de preguntar—: ¿De qué ha consistido este desastre tuyo hasta ahora?

Me miró con un pequeño ceño fruncido—. ¿Por qué... por qué te importa?

La franqueza de su pregunta era algo divertida y definitivamente refrescante. Tanta gente en mi vida solo hacía lo que podía para hacerme la pelota, y era agotador.

Y aburrido.

Encogiéndome de hombros, respondí—: Puede que estemos atrapados aquí un rato. Podríamos hablar de algo, y claramente tienes cosas que necesitas desahogarte.

Me miró durante varios momentos mientras se mordía nerviosamente el labio. No había apreciado completamente antes lo carnosos y suaves que eran sus labios. ¿Cómo se sentirían presionados contra los míos?

O, mejor aún, envueltos alrededor de mi polla?

—Vine hasta aquí desde Filadelfia para sorprender a mi novio —dijo, sacándome de mi estupor lleno de lujuria—. Está estudiando en la escuela al lado de este lugar, y hacía tiempo que no lo veía, así que pensé en volar hasta aquí y pasar un fin de semana especial con él o algo así.

Mis cejas se alzaron de sorpresa—. ¿Volaste desde Filadelfia para sorprender a tu novio? Vaya. Chico afortunado.

Me miró de nuevo y pareció confundida y casi... aliviada.

—¿Tú crees? —susurró.

Fruncí el ceño. ¿Por qué preguntaría eso? ¿Acaso no pensaba que su novio era afortunado de tenerla? La chica era preciosa, y esas curvas... mis manos ardían por explorar esas deliciosas curvas.

Sin embargo, mantuve mis manos y mis pensamientos para mí mismo, y en su lugar pregunté—: Así que tu novio estudia aquí. ¿Puedo asumir que eso significa que tú también estás en la universidad?

Asintió y murmuró—: En Filadelfia.

Se quedó en silencio como si estuviera abrumada por alguna ola de emoción. Esperé a que pasara, observándola de cerca. Apretó la mandíbula y sus ojos brillaron con desafío.

Interesante.

—Entonces, ¿qué pasó? —pregunté, ahora curioso.

Volvió a encontrarse con mi mirada y espetó:

—Llegué aquí y me dijeron que no era su novia porque ya tenía una novia que iba a su escuela. Luego me dijeron que estaba en este hotel, así que vine y lo encontré en la cama con esa otra chica.

La realización me golpeó de repente.

Asintiendo, murmuré:

—Por eso estabas llorando cuando subiste al ascensor.

—Sí —admitió en voz baja, abrazando sus rodillas y apoyando su barbilla en ellas.

Sentí una punzada de culpabilidad. Había asumido que era solo otra chica que no podía controlarse, pero en realidad estaba lidiando con algo bastante terrible. Me sentí como un idiota por hacer suposiciones sobre ella. Era extraño porque raramente me sentía culpable.

Sabía que parecía un imbécil desagradecido al quejarme de haber crecido con riqueza e

influencia, pero no era todo lo que aparentaba ser. Nunca sabía quién estaba en mi vida porque realmente quería estarlo o porque quería algo de mí.

Amigos, novias... Me habían jugado más de una vez. Como resultado, no confiaba fácilmente y asumía que la mayoría de las personas a mi alrededor estaban tratando de manipularme de alguna manera.

Sin embargo, esta mujer no me conocía. Nunca la había visto antes, y ella no parecía reconocermme en absoluto.

Soltando un suspiro, dije:

—Siento que te haya pasado eso. El tipo suena como un idiota.

Me miró durante varios momentos, su expresión difícil de leer.

Al fin, me dijo:

—Por cierto, soy Amanda.

La comisura de mi boca se crispó y luego se curvó en una media sonrisa.

—Vincent —respondí, aunque no le di mi apellido—. Encantado de conocerte, Amanda. Siento que sea en estas circunstancias.

Se secó las lágrimas con la palma de la mano y asintió.

—Ya ves. Siento ser un desastre. No me di cuenta de que ya había alguien en este ascensor cuando entré.

—No tienes que disculparte —le aseguré—. Tienes todo el derecho a estar molesta. Siento que estés atrapada aquí después de todo lo que te ha pasado.

Me dio una pequeña sonrisa, casi tímida.

—Gracias... es muy amable de tu parte. Este ha sido probablemente el peor día de mi vida. Espero que el tuyo estuviera yendo mejor antes de que quedáramos atrapados aquí.

Esto era extraño. Normalmente no era tan amable con la gente, tan paciente y complaciente. La mayoría de las veces, la gente me molestaba, y las mujeres, en particular, podían ponerme de los

nervios.

Sin embargo, había algo en esta chica, Amanda. Algo intrigante que no podía identificar exactamente. No quería ahuyentarla. Quería atraerla.

—Estaba bien —respondí—. Solo he estado ocupándome de algunos asuntos. Esto es mucho más emocionante que horas de reuniones.

—¿En qué tipo de negocio estás involucrado? —preguntó.

Abrí la boca, a punto de decirle que era el dueño del hotel y su cadena, pero me detuve. Amanda era una de las pocas personas que había conocido en los últimos años que parecía no tener idea de quién era yo. Había algo atractivo en eso. En el anonimato.

Podía confiar en que no iba tras mi dinero si coqueteaba conmigo o que no me estaba adulando si era amable. Lo que hiciera o me dijera sería genuino.

Anhelaba eso más de lo que estaba dispuesto a admitir en voz alta.

Tragando saliva, finalmente respondí:

—Seguros. Ventas. Venta de seguros. Solo estoy en la ciudad por esta noche. Me alojé en este hotel.

Me reprendí mentalmente por dar una respuesta tan tonta, pero Amanda no pareció notarlo.

—Ya veo —dijo asintiendo. Se movió para ponerse de pie y se pasó las manos por la parte trasera de sus jeans, presumiblemente para limpiarse cualquier resto del suelo. No pude evitar seguir sus movimientos con la mirada. Su trasero era redondo y respingón. Llenaría mis manos si lo agarrara.

Ajusté mi postura, ocultando la reacción de mi cuerpo al suyo. No era algo que pudiera controlar, pero no quería asustarla o hacer que pensara que era una especie de perverso.

Aun así, ahora que ya no era un desastre lloroso, pude apreciar más plenamente lo hermosa que era, y mi mente comenzó a correr con todo tipo de ideas.

Me miró de nuevo con una sonrisa.

—Gracias por ser tan comprensivo —suspiró—. Pareces un buen tipo.

Si supieras lo que estoy pensando hacerte ahora mismo, no dirías eso.

Forzando una sonrisa despreocupada, me encogí de hombros y respondí:

—¿Para qué están los conocidos-de-ascensor-atrapado?

Se rio de eso, y el sonido me envolvió, estimulándome casi tanto como la vista de su hermoso cuerpo.

Recé en silencio para que alguien se diera cuenta pronto de que el ascensor estaba atascado. No sabía cuánto tiempo podría pasar sin hacer el ridículo frente a ella. Alguien tenía que estar al tanto de nuestra situación a estas alturas. Solo tenía que ser paciente.

De repente, el ascensor comenzó a sacudirse de nuevo, y las luces empezaron a parpadear antes de apagarse por completo. Amanda soltó un grito, y yo me lancé hacia ella, seguro de que estábamos a punto de caer en picado hacia nuestra muerte.

CAPÍTULO TRES

Vincent

El ascensor siguió temblando durante varios segundos más antes de detenerse finalmente, pero las luces permanecieron apagadas cuando agarré a Amanda y la envolví en mis brazos. Ella había estado intentando alcanzarme al mismo tiempo, aferrándose a mi muñeca y deslizándose en mi abrazo sin un momento de duda. Enterró su rostro en mi pecho y dejó escapar un suave gemido mientras su cuerpo temblaba.

—Oye —murmuré, abrazándola con fuerza—. Está bien. Estamos bien. No te preocupes.

Amanda sorbió por la nariz, y sentí que se movía al levantar la cabeza, pero no podía verla. Estaba muy oscuro y mis ojos aún no se habían acostumbrado. Sin embargo, su dulce aroma me envolvía. Era dulce, como caramelo. No pude evitar preguntarme si sabría tan bien como olía.

Me volví dolorosamente consciente de su cuerpo presionado contra el mío, y mi mente se llenó de todo tipo de escenarios sucios. Si la girara y la inclinara, ¿qué haría ella? ¿Resistirse? Lo más probable.

Pero, ¿y si no lo hiciera? ¿Y si lo deseara? Podría estar enterrado profundamente dentro de ella, follándola hasta que gritara mi nombre. Definitivamente, esta era la fantasía de alguien... quedarse atrapado en un ascensor con una mujer hermosa.

Empujarla de rodillas para que pudiera tomarme en su boca...

Apreté los dientes y aparté los pensamientos intrusos. ¿Qué diablos me pasaba? Esto no era una maldita película porno. Esta mujer era una completa desconocida, y la única razón por la que me dejaba tocarla tanto era porque estaba asustada. Podría ser un bastardo, pero no era un monstruo.

No iba a aprovecharme de una mujer asustada e indefensa, sin importar lo suave que fuera su cuerpo o que oliera como un dulce manjar que quería lamer de pies a cabeza.

—Lo siento —susurró—. Es solo que... me da un poco de miedo la oscuridad. Es infantil, lo sé, pero...

—Oye, no lo sientas —le aseguré, frotando su espalda de arriba a abajo con la mano en lo que

esperaba fuera un gesto reconfortante. No estaba seguro... no podía recordar la última vez que intenté consolar a alguien—. Mucha gente le tiene miedo a la oscuridad.

—Sí... los niños —refunfuñó.

No pude evitar reírme. —Muchos adultos también le tienen miedo. Podría ser peor. Podrías tenerle miedo a las bolitas de algodón.

Ella jadeó. —Eso no existe.

Asentí, luego recordé que probablemente no podía ver el gesto. —Existe; no te miento. Se llama sidonglobofobia, y es una fobia sensorial. Búscalo en Google.

Para mi alivio, se rio, y sentí que la tensión abandonaba lentamente sus hombros.

—Tendré que hacerlo —dijo. Ya no sonaba tan asustada, lo cual era bueno. Para mi sorpresa, en lugar de salir de mis brazos ahora que se había calmado, se acurrucó más cerca de mí, apoyando su mejilla de nuevo contra mi pecho.

Maldita sea, estaba jugando con mi autocontrol. Si seguía así, no estaba seguro de poder ocultar mi creciente erección. De hecho, no estaba tan seguro de que ella no pudiera sentirla presionando contra ella ya.

¿No sabía lo condenadamente tentadora que era?

—Gracias —murmuró al fin.

Fruncí el ceño. —¿Por qué?

Dejó escapar una suave risa. —Por ser tan buen chico. Honestamente, me has dado esperanza de que no todos los hombres son basura. Así que, gracias por eso.

Aprieto los dientes para contener un gemido. Está siendo demasiado vulnerable. Si no fuera yo con quien se había topado, quién sabe qué clase de imbécil se estaría aprovechando de ella ahora mismo.

El pensamiento envía una oleada de furia por mi cuerpo. Me toma por sorpresa. No sé por qué me siento tan enojado ante la idea de que alguien más la toque. ¿Por qué me siento tan posesivo? Ella no es mía.

Pero podría serlo.

Me congeló ante la voz que susurra en el fondo de mi mente. Intento alejarla, pero se queda y se vuelve más persistente.

Podría ser tuya. Ella quiere ser tuya. Solo inclínate y bésala. Reclámala. Poséela.

¿Qué demonios me estaba pasando? ¿De dónde venían esos pensamientos?

—¿Vincent? —murmuró de repente, sacándome de mis pensamientos. Solo entonces me di cuenta de cuánto tiempo me había dejado divagar pensando en ella y en lo que me estaba haciendo.

—Lo siento, estaba pensando —le digo—. Solo trataba de averiguar cómo podemos salir de aquí.

—Alguien tiene que encontrarnos pronto, ¿verdad? —Por su pregunta, puedo notar que todavía estaba nerviosa pero no asustada. Eso era bueno. ¿O no lo era? Ya no lo sabía.

Lo que sí sabía era que si alguien no nos sacaba de ese maldito ascensor pronto, iba a perder la cabeza.

Como si alguien desde arriba hubiera escuchado mi súplica silenciosa, las luces del ascensor de repente volvieron a parpadear. Amanda dejó escapar un jadeo de sorpresa y miró alrededor, pero mis ojos se posaron instantáneamente en ella. Sus mejillas estaban sonrojadas, pero no como cuando había estado llorando antes. Entonces habían estado manchadas y empapadas con sus lágrimas.

Ahora estaban coloreadas con un delicado rosa, y su pecho subía y bajaba contra el mío con cada respiración pesada que tomaba. Tragué saliva cuando sus grandes ojos azules se encontraron con los míos. Era hermosa, y verla envuelta en mis brazos hizo que la lujuria explotara dentro de mí.

Nos miramos fijamente durante varios largos momentos, y pude ver el claro interés ardiendo en sus ojos. Me deseaba, podía notarlo. Tal vez no se diera cuenta, o si lo hacía, tal vez se avergonzara de ello, pero estaba ahí, tan claro como el día en la forma en que me miraba.

Soltando un largo suspiro, decidí que había llegado al límite de mi control. Podría haberlo mantenido si no fuera por su mirada azul llena de lujuria. Lentamente, comencé a bajar mi cabeza hacia la suya, dándole todas las oportunidades para detenerme. Cuando no hizo ningún

movimiento para hacerlo, continué, nuestros labios acercándose cada vez más hasta que estábamos a solo un suspiro de distancia y...

El fuerte ruido de engranajes chirriantes y metal nos sobresaltó a ambos, haciendo que nos separáramos de un salto. Me giré hacia la puerta y vi que se estaba abriendo. Sin embargo, se resistía, lo que significaba que alguien la estaba forzando desde afuera.

Nuestros rescatadores finalmente habían llegado, y su momento era jodidamente terrible.

Miré a Amanda, cuyo rostro ya no estaba rojo como un tomate. Pasaron unos momentos antes de que la puerta se abriera por completo. Varios miembros del personal de mantenimiento estaban fuera del ascensor, y entre ellos se encontraba el gerente del hotel, David. Un joven nuevo en el puesto y ansioso por causar una buena impresión, estaba pálido y sudando profusamente. Sin duda, estaba aterrorizado por cómo reaccionaría yo después de haber estado atrapado tanto tiempo.

Por suerte para él, haber tenido la compañía de Amanda suavizó lo peor de mi enojo, salvando a David de una larga reprimenda.

Sus ojos se iluminaron cuando me vio, y me di cuenta de que estaba a punto de revelar quién era yo realmente. No me hacía mucha gracia que eso sucediera, así que rápidamente di un paso adelante para detenerlo antes de que pudiera decir una palabra.

—Gracias a todos —declaré, lanzándole a David una mirada de advertencia—. Ambos estamos muy agradecidos de que hayan podido sacarnos. Nos aseguraremos de informar a la gerencia lo rápidos que fueron todos en venir por nosotros.

David frunció el ceño, luciendo desconcertado, y no podía culparlo exactamente. Le hice un sutil gesto negativo con la cabeza, haciéndole saber que necesitaba mantener la boca cerrada. Aparentemente, era bastante más astuto de lo que le había dado crédito.

Finalmente, asintió y balbuceó:

—Eh... sí, bueno... nos disculpamos por las molestias, señor. Señorita. Por supuesto, serán compensados por el inconveniente.

—Gracias —respondí rápidamente—. Es muy generoso de su parte. —Me volví hacia Amanda y le ofrecí mi mano—. Salgamos de aquí antes de que esta cosa decida averiarse de nuevo.

Ella asintió y sonrió. Deslizando su mano en la mía, me dejó guiarla fuera del ascensor, pasando junto al personal del hotel. Todos nos observaron marcharnos, cada uno luciendo tan confundido como David, pero ninguno dijo una palabra.

Hombres inteligentes. Tal vez tenga que darles a todos una bonificación por mantener la boca cerrada.

No me detuve hasta que la arrastré hasta el vestíbulo. Había suficiente gente allí para que nadie nos molestara, así que podría hablar con ella sin temor a interrupciones. Si fuera inteligente, la dejaría ir y no pensaría en ella de nuevo, pero algo dentro de mí no está listo para verla alejarse.

Cuando nos detuvimos, me volví hacia ella y la encontré sonriendo, como si estuviera al borde de la risa.

—¿Qué pasa? —pregunté con una sonrisa burlona.

Ella negó con la cabeza y respondió:

—Nada, es solo que este ha sido el día más extraño de mi vida. Me subí a ese ascensor tan miserable y con el corazón roto, pero ahora... sí, todavía estoy enojada con Bill, pero ya no estoy tan devastada. Aparentemente, quedar atrapada en ese ascensor contigo era exactamente lo que necesitaba.

—Bueno, me alegro de haber sido de ayuda —me reí entre dientes. Mirando alrededor, veo el letrero del restaurante del hotel y se me ocurre una idea. Volví a mirar a Amanda y le pregunté —: ¿No te gustaría cenar conmigo? Es la manera perfecta de cerrar el día, ¿no crees?

Sus cejas se alzaron y pareció momentáneamente sorprendida.

—¿En serio? —murmuró—. ¿Quieres cenar conmigo?

Le di una mirada desconcertada y dije:

—Por supuesto que sí. ¿Por qué no querría?

Ella miró su atuendo. Llevaba jeans y una camiseta blanca que se ajustaba a sus pechos perfectos y tenía un escote lo suficientemente pronunciado como para mostrar un poco de escote.

—No estoy exactamente vestida para cenar en un lugar tan elegante —respondió.

Casi me río a carcajadas al escuchar eso. Incluso vestida de manera tan casual como estaba, aun así eclipsaría a cualquier otra mujer en el restaurante. Sin embargo, no se lo dije. Probablemente pensaría que estaba siendo desagradable, tratando de seducirla.

Tenía toda la intención de seducirla, pero no sería desagradable ni cursi al respecto.

—Estarás bien —insistí—. Vamos. ¿Qué mejor manera de vengarte de tu ex imbécil infiel que tener una cena cara con un apuesto desconocido que acabas de conocer?

Eso la hizo reír y finalmente la convenció.

—De acuerdo —asintió, con sus labios carnosos curvados en una sonrisa—. La cena suena genial.

CAPÍTULO CUATRO

Amanda

Cuando entramos al restaurante, inmediatamente tuve dudas sobre haber aceptado su invitación. Este lugar era mucho más elegante de lo que inicialmente había pensado. Es decir, el hotel en sí era de alta gama y obviamente caro, así que, por supuesto, el restaurante también lo sería.

Me sentí como una idiota entrando con mis vaqueros. Vincent llevaba un traje y encajaba perfectamente con los otros comensales que ya estaban dentro. Mi familia no era pobre en el sentido estricto —clase media-baja, pero aun así muy lejos de esta reunión del uno por ciento.

Acobardándome, estaba a punto de darme la vuelta y salir corriendo hacia la entrada del restaurante cuando Vincent de repente me agarró la mano y me la apretó de manera reconfortante.

—Simplemente actúa como si fueras la dueña del lugar —me dijo en un susurro conspiratorio—. A nadie le importará una mierda lo que lleves puesto. Confía en mí.

Arqueeé una ceja mirándolo, encontrándome con su mirada oscura. Dios, era guapísimo. Incluso después de haber estado atrapado en un ascensor, seguía pareciendo un modelo masculino, tranquilo, sereno y completamente compuesto.

—Por aquí, por favor —dijo la anfitriona después de que Vincent pidiera una mesa.

Sin dudarlo, nos guio a través del comedor hacia una mesa preparada para dos junto a una enorme ventana que ofrecía una vista impresionante de la ciudad.

—Vaya —exclamé mientras Vincent me apartaba la silla y me sentaba—. Esto es precioso.

Se sentó frente a mí con una sonrisa que rozaba la arrogancia.

—No está mal —se rio, entregándome un menú—. Pide lo que quieras. Yo invito.

Lo miré parpadeando y negué con la cabeza.

—No, eso no es necesario...

—Has tenido un día bastante duro. Déjame invitarte.

No podía discutir con él en eso. Había sido un día de mierda.

—De acuerdo —cedí—. Supongo que no debería dejar pasar esta oportunidad.

—Buena chica —asintió.

Las palabras me aturdieron, enviando una descarga de calor directamente a mi centro. Tragué saliva y escondí la cabeza en el menú para ocultar mi reacción.

Cuando llegó la camarera, no tenía ni idea de qué demonios pedir. Mientras Vincent pedía una botella de vino para la mesa, yo escudriñaba el menú, buscando algo que no fuera demasiado extravagante.

—Tomaré el filete —dijo Vincent.

Cuando tanto él como la camarera me miraron, entré en pánico y solté:

—Filete para mí también, por favor.

La camarera asintió y anotó mi pedido antes de darse la vuelta para irse.

Vincent me sonrió.

—No te preocupes, el filete de aquí es excelente. Te gustará.

—Oh, qué bien —me reí, avergonzada.

Unos momentos después, llegó nuestro vino. Vincent me sirvió una copa y la probé. Estaba delicioso, aunque no tenía ni idea de qué tipo era más allá de ser tinto.

—¿Qué demonios, Amanda?

Jadeé, sobresaltada, y miré hacia arriba para encontrar a Bill acercándose furioso a nuestra mesa. La chica con la que lo había pillado lo seguía, con una expresión amarga en su rostro.

Deteniéndose junto a nosotros, Bill gruñó, mirando entre Vincent y yo.

—¿Quién es este cabrón? ¿Me has estado engañando?

—¿Qué? —exclamé, la furia ardiendo instantáneamente en mí ante la acusación—. ¡Cómo te atreves a decirme eso!

No estoy muy segura de qué me pasó en ese momento. Lo único que puedo alegar es una rabia ciega, pero fuera lo que fuese, embotó mi sentido de la razón y aumentó mi necesidad de herir a Bill aunque fuera una fracción de lo que él me había herido a mí. Ni siquiera me di cuenta de que había levantado la mano hasta que se estrelló contra su mejilla en una sonora bofetada que dejó todo el restaurante en silencio.

Durante varios momentos, nadie se movió. Bill y yo estábamos aparentemente tan aturridos por el golpe que nos quedamos congelados. Finalmente, jadeé y bajé la mano. Bill volvió lentamente su mirada hacia mí, con una expresión asesina.

—Maldita zorra —gruñó, levantando la mano como si fuera a devolverme el golpe.

—Ya basta —ladró Vincent, de repente de pie y parado detrás de Bill. Agarró la mano de Bill y lo detuvo, empujándolo lejos de mí y luego interponiéndose entre nosotros como para protegerme.

Desafortunadamente, no pudo protegerme de la mujer que Bill había traído con él.

Ella agarró mi copa de vino de la mesa y me la arrojó.

—¡Toma eso, zorra! —chilló.

El vino tinto empapó el frente de mi camiseta blanca, y yo simplemente la miré incrédula mientras ella se daba la vuelta y marchaba hacia Bill. Lo agarró del brazo y los dos salieron furiosos del restaurante juntos, dejándonos a Vincent y a mí para lidiar con las consecuencias de nuestra confrontación.

—Mierda —murmuré, mirando mi camiseta arruinada.

Vincent me miró de arriba abajo y dijo:

—Vamos, puedes subir a mi habitación y limpiarte.

Parpadeando para contener las lágrimas, encontré su mirada. En cualquier otra circunstancia, habría dicho que no a subir sola a la habitación de un hotel de un extraño. Sin embargo, estaba al límite de mis fuerzas y al borde de un colapso emocional.

Decidí que prefería no tener un ataque en público.

—De acuerdo —gimoteé.

Vincent se disculpó con la camarera por el desastre y pidió que nuestra comida fuera enviada a su habitación antes de dejarle una generosa propina. Luego, tomó mi mano y me guio fuera del restaurante.

Dudamos un momento frente a los ascensores, ninguno de los dos con ganas de volver a subir a uno, pero nuestra otra opción era subir una montaña de escaleras, así que nos aguantamos y subimos hasta su piso. Estaba más alto de lo que esperaba, y cuando llegamos a su puerta y me dejó entrar, mi mandíbula cayó. Entramos en lo que tenía que ser la suite de hotel más opulenta que existía. Había varias habitaciones, incluyendo una sala de estar y una cocina completa, y dos dormitorios con sus propios baños.

—Dios mío —silbé, mirando alrededor—. Esto es una locura.

Vincent no parecía muy impresionado por nuestro lujoso entorno y fue directo al grano.

—Deberías cambiarte de ropa y ducharte —dijo—. Puedes usar el baño de invitados si quieres y dejar tu ropa fuera de la puerta. Haré que el hotel la lave por ti.

—D-de acuerdo —tartamudeé. No tenía mejores opciones a menos que quisiera pasear por la ciudad con mi ropa manchada.

Vincent me llevó a la habitación de invitados y me mostró cómo encender la ducha. Tenía una alcachofa tipo cascada arriba y otras más pequeñas en las esquinas del cerramiento de cristal.

—Estaré en la sala cuando termines —dijo antes de salir de la habitación y cerrar la puerta tras de sí.

Me quité la ropa y me metí bajo el agua caliente, empapándome de pies a cabeza. Me tomé mi tiempo para lavarme, esperando poder borrar el dolor del día. Cuando terminé, me sentía limpia y renovada, pero la angustia y la vergüenza permanecían.

Al secarme, me puse una de las esponjosas batas blancas que colgaban en la puerta del baño y me dirigí de vuelta a la sala, con mi ropa sucia en la mano.

Vincent estaba de pie junto a un bar en el extremo opuesto de la habitación. Se había quitado la

chaqueta y la corbata y se había arremangado la camisa, dejando ver sus antebrazos.

Cuando me vio entrar en la habitación, se acercó a mí con un vaso lleno de un líquido color caramelo en la mano.

—Toma —dijo, entregándome el vaso y cogiendo mi ropa—. Tardarán un poco en limpiar esto. Mientras tanto, puedes tomar una copa conmigo.

Tomé el vaso agradecida y me lo bebí de un trago mientras él llevaba mi ropa a la puerta principal, donde un miembro del personal esperaba justo afuera para recogerla. Volvió y vio que mi vaso estaba vacío.

—¿Otro? —preguntó con una risita.

Asentí. —Por favor.

No estoy segura de cuántos vasos de whisky bebí ni cuánto tiempo estuve en esa suite con él esa noche, pero al final me encontré bastante achispada, sentada en el sofá de la sala con él, despotricando sobre lo mucho que odiaba a Bill.

—Es que... es que no puedo creer que me hiciera esto —balbuceé, arrastrando un poco las palabras—. Estaba tan entregada a él. ¡Pensé que nos casaríamos!

Vincent me quitó el vaso vacío de la mano y lo dejó en la mesa de centro frente a nosotros. No lo rellenó, lo cual no estaba mal.

—Es un imbécil —dijo encogiéndose de hombros y tomando otro trago de su vaso—. Te mereces algo mejor que él.

Asentí con vigor. —¡Sí que me merezco algo mejor! Me merezco un hombre que realmente se esfuerce por verme y me escriba solo para saber cómo estoy.

Vincent sonrió. —¿Existe siquiera un hombre tan perfecto?

Lo miré con el ceño fruncido. —Búrlate todo lo que quieras, pero en serio, eso es lo mínimo que un hombre puede hacer para demostrar que le importas.

—¿Ah, sí? —sonrió con picardía, dejando su vaso y girándose para que quedáramos frente a frente—. ¿Qué más puede hacer un hombre? Que no sea lo mínimo, quiero decir.

Más tarde culparía al alcohol y a mi corazón roto por la decisión que tomé a continuación, pero estaría mintiendo si dijera que sus impresionantes ojos negros no me habían atraído. Recordé cómo casi me había besado en el ascensor, y de repente quise saber cómo sería su beso.

Inclinándome hacia él, pasé un dedo por su pecho y murmuré: —Bueno... siempre están las muestras de afecto.

—¿Como cuáles? —Su voz se convirtió en un gruñido que me hizo estremecer.

Me encontré con su mirada y me humedecí los labios. —Besar, por ejemplo. Tocar. Dar placer. Todas son excelentes formas de demostrarle a una chica que te importa.

—¿Ah, sí? —murmuró, acercándose más y posando su mano en mi cintura.

Tragando saliva, asentí. —Sí, lo son.

—¿Te importa si pruebo algunas cosas?

Nos acercábamos cada vez más, y esta vez estaba segura de que no habría interrupciones que nos detuvieran.

—Adelante —susurré, sonando ansiosa y sin aliento—. Demuéstramelo.

Nuestros labios se encontraron en un beso desesperado y hambriento que me consumió inmediatamente. Vincent me agarró por las caderas y me sentó en su regazo mientras nuestras bocas y lenguas luchaban por el dominio. Desató mi bata y la apartó de mis hombros, dejándome completamente desnuda, pero no pude hacer que me importara. Ahuecó mis senos y pellizcó mis pezones, haciéndome gemir y arquear la espalda.

Rompiendo el beso por un momento, gruñó: —Dime que pare si no quieres esto. Dime que pare, y te dejaré ir ahora mismo.

Sabía que debería haberlo detenido. Lo estaba usando como un clavo que saca otro clavo, una distracción. Estaba siendo descuidada y estúpida. Sabía todo eso, pero sus besos eran tan increíbles y sus manos sobre mí se sentían tan bien. Simplemente no quería que terminara.

Quería más.

Mucho, mucho más.

—Llévame al dormitorio —ordené en un susurro ronco.

No dudó ni un momento. Sujetándome con fuerza, Vincent se puso de pie. Envolví mis piernas alrededor de su cintura mientras me llevaba a través de la habitación hacia su dormitorio, y mientras comenzaba a besarlo de nuevo, aparté todas mis dudas e inhibiciones.

Quería perderme en él y olvidar todo lo que había pasado entre Bill y yo.

Entramos en el dormitorio, con los labios unidos. Nuestras lenguas se entrelazaron, y él mordisqueó mi labio inferior con sus dientes.

—Eres tan sexy —gruñó cuando llegamos a la cama, y me puso de pie.

No le creí, pero no me importaba en ese momento. Él me deseaba, y yo lo deseaba a él. Eso era todo lo que importaba.

Acunó mi rostro entre sus grandes manos y volvió a inclinar su boca sobre la mía mientras yo empezaba a desabrochar los botones de su camisa. Empujé la tela de sus hombros y pasé mis manos por su amplio pecho, dejando que mis dedos exploraran cada hendidura y recoveco de su abdomen. Era delgado y musculoso, pero su piel era suave y tersa al tacto.

Mis manos encontraron su cinturón, y me apresuré a deshacer la hebilla y luego sus pantalones. Él movió sus labios a lo largo de mi mandíbula y bajó por mi garganta, succionando el punto sensible donde mi cuello y mis hombros se encontraban mientras yo bajaba sus pantalones por sus caderas.

Me dio un leve mordisco, haciéndome jadear.

—¡Vincent!

Riéndose, levantó la cabeza para encontrarse con mi mirada.

—Vas a volverme loco —me dijo con voz baja y retumbante—. Quiero recorrer con mi lengua cada centímetro de tu hermoso cuerpo antes de estar dentro de ti.

Lo miré con un poco de asombro, jadeando con creciente necesidad.

Agarrándome por la cintura, me levantó y me arrojó de vuelta a la cama. Dejé escapar un chillido de sorpresa, pero no tuve un momento para recuperarme cuando me agarró los muslos y me

separó las piernas.

Se quedó mirando mi lugar más íntimo durante varios segundos antes de gruñir:

—Tengo que probarte.

Para mi deleite, bajó la cabeza y enterró su rostro entre mis piernas. La primera lamida de su lengua a lo largo de mis pliegues sensibles me hizo jadear y arquear la espalda. Hundí mis dedos en su cabello, aferrándome a él mientras continuaba lamiendo y besando mi tierno sexo.

Pronto me tenía gimiendo y retorciéndome bajo su lengua. Me desesperé por alcanzar el clímax, y cuando lo oí reír, supe que se había dado cuenta.

—¿Cómo se siente eso, preciosa? —preguntó con voz ronca.

—Tan bien —gemí—. Por favor, no pares...

—¿Vas a correrte para mí así?

—Sí —jadeé—. Sí, estoy tan cerca. Por favor... solo un poco más...

—¿Cómo puedo resistirme cuando suplicas tan perfectamente? —Con eso, volvió a la tarea, lamiéndome con más intensidad. No pasó mucho tiempo antes de que me precipitara al borde y volara hacia un orgasmo.

—¡Dios mío! —grité mientras mi cuerpo se estremecía y el placer me inundaba. Había pasado tanto tiempo desde que alguien más me había hecho llegar que casi había olvidado lo intenso que podía ser.

Vincent prolongó mi orgasmo durante varios momentos de éxtasis antes de levantar la cabeza y sonreírme con suficiencia.

Luchando por recuperar el aliento, lo miré.

—¿Bueno? —se rió.

Asentí. —Sí... muy bueno...

Se puso a cuatro patas y comenzó a gatear sobre mí.

—No te pongas demasiado cómoda —ordenó, la profundidad de su voz haciéndome estremecer—. Aún no he terminado contigo.

Cuando llegó a mi cabeza, aplastó sus labios contra los míos. Envolví mis brazos alrededor de su cuello, y mi excitación latente se reavivó en un instante convirtiéndose en un infierno.

Vincent bajó la mano entre nosotros, tomando su miembro y alineándolo con mi entrada. Se apartó de nuestro beso y observó mi rostro mientras comenzaba a entrar en mí lentamente. Jadeé, luego gemí con cada centímetro que se hundía en mí.

Cuando estuvo completamente dentro, hizo una pausa, dándome un momento para adaptarme a su tamaño. No nos dijimos ni una palabra. Solo continuamos mirándonos a los ojos.

Al cabo de un rato, movió las caderas hacia atrás para salir lentamente y luego presionó hacia adelante con más fuerza. Dejé escapar un grito cuando lo hizo de nuevo y otra vez, cada embestida más fuerte que la anterior. Me besó de nuevo mientras arremetía contra mí una y otra vez, y yo no podía hacer nada más que aferrarme a él y recibir todo el placer que me estaba dando.

Para mi sorpresa, sentí que otro orgasmo comenzaba a formarse. Envolví mis piernas alrededor de su cintura y moví mis caderas al ritmo de las suyas.

—Se siente tan bien —gruñó, con el rostro tenso—. Tan perfecto. Como si hubieras sido hecha para mí.

Estaba completamente de acuerdo, aunque en ese momento estaba más allá de las palabras. Era toda sensación e instinto mientras me empujaba cada vez más cerca del borde.

—Me estoy corriendo, preciosa —gruñó—. No puedo contenerlo más.

De repente, enterró su cabeza contra mi hombro y dejó escapar un rugido ahogado mientras su cuerpo se sacudía contra el mío. Ver y sentir su liberación desencadenó la mía, y me sumergí en mi segundo orgasmo.

Grité su nombre y clavé mis uñas en sus hombros como si fuera un ancla a la que tenía que aferrarme para no ser arrastrada.

Después de varios momentos, las olas de éxtasis se calmaron, y me hundí en la cama mientras luchaba por recuperar el aliento. Vincent se desplomó sobre mí, aunque tuvo la suficiente

presencia de ánimo para poner solo la mitad de su peso sobre mí y no aplastarme.

No hablamos. No creo que hubiéramos podido aunque lo intentáramos.

El sonido de nuestra respiración pesada llenaba el aire, y por un momento, me pregunté si debería levantarme y hacer una salida rápida antes de que me echara. Para mi sorpresa, sin embargo, Vincent me rodeó la cintura con un brazo y me sostuvo fuertemente contra él. El silencio continuó envolviéndonos mientras nuestra respiración se normalizaba, pero no me soltó.

Nos quedamos acostados juntos, disfrutando del resplandor posterior, y no tenía ni una sola preocupación en mi mente. Sabía que volverían pronto, junto con mi corazón roto, pero en ese momento, con los fuertes brazos de Vincent rodeándome, no me preocupaba por nada de eso.

Nunca quise que ese momento terminara. Quería quedarme en él, con él, para siempre.

Pero nada bueno puede durar para siempre.

CAPÍTULO CINCO

Vincent

El sol apenas comenzaba a salir cuando me desperté por primera vez. Un rayo de luz se coló en la habitación a través de una rendija en las gruesas cortinas de las ventanas y cruzó sobre mis ojos, molestándome hasta despertarme. Momentáneamente aturdido y confundido por el sueño, no recordé de inmediato los acontecimientos de la noche anterior.

Fue solo cuando me di cuenta de que había un cuerpo cálido y curvilíneo presionado contra mi costado que todo volvió a mi mente.

Bajé la mirada hacia el rostro dormido de Amanda que descansaba sobre mi hombro. Se veía tranquila y delicada, con su cabello rubio graciosamente extendido sobre la almohada detrás de ella. No pude evitarlo y levanté una mano para acariciar suavemente su mejilla y sus labios. Realmente era hermosa, pero no de esa manera plástica y falsa a la que me había acostumbrado con los años. Amanda era naturalmente encantadora, tanto por dentro como por fuera.

Dejando escapar un suspiro profundo, debatí si despertarla para que pudiéramos repetir la actuación de anoche, pero decidí no hacerlo. Había tenido un día largo ayer. Se merecía dormir un poco más.

Con cuidado, me deslicé de debajo de ella y me levanté de la cama. Encontré mi ropa interior y me la puse antes de salir del dormitorio hacia la sala de estar de la suite. El menú del servicio de habitaciones estaba sobre el mostrador de la cocina adjunta, y lo tomé para ver las opciones de desayuno. Me detuve, un poco aturdido por cómo estaba actuando. Esta no era mi forma habitual de hacer las cosas. No era el tipo de hombre que dejaba a una mujer durmiendo en su cama mientras le buscaba el desayuno.

Normalmente, la chica ni siquiera se habría quedado a pasar la noche.

Si soy sincero, conseguir una mujer nunca ha sido un problema para mí. Ni siquiera tengo que dar el primer paso. Las mujeres se me acercan, y si me apetece, les doy lo que quieren. Amanda era una excepción. La única mujer que me he molestado en perseguir, y valió la pena. Anoche fue excepcional. Descubrí que no tenía prisa por alejarla. Me gustaba la idea de que durmiera en mi cama.

De repente, escuché que mi teléfono empezaba a vibrar. Dejé el menú y miré alrededor, sin estar seguro de dónde lo había dejado. Lo vi en la mesa de centro junto al sofá y crucé la habitación para tomarlo. Gemí cuando vi que era la oficina la que llamaba.

Aceptando la llamada, dije:

—¿Sí?

—Señor, tenemos una situación con la oficina de Nueva York que requiere su presencia.

Puse los ojos en blanco.

—¿No pueden manejarlo sin mí?

—Lo siento, señor, no. El vicepresidente de allí insiste en hablar con usted.

La irritación me invadió. No había planeado ir a la oficina ese día, y aunque normalmente no lo pensaría dos veces antes de ir, una parte de mí no quería hacerlo. Quería quedarse allí mismo con Amanda.

Por Dios, ¿qué me estaba haciendo esta mujer?

Dejando escapar un suspiro, gruñí:

—Está bien. Estaré allí en veinte minutos.

Colgué antes de que hubiera una respuesta y arrojé mi teléfono de vuelta al sofá. Caminando de regreso hacia el dormitorio, entré silenciosamente para tomar algo de ropa. Me detuve al pie de la cama y miré a Amanda, que seguía durmiendo profundamente. Había estirado su brazo sobre mi lado de la cama como si me estuviera buscando.

Sentí una extraña punzada en el pecho y me di la vuelta para volver a la sala de estar. Me vestí rápidamente, agarré un trozo de papel y un bolígrafo y le escribí una nota rápida.

Tengo que ir a trabajar un rato. Siéntete como en casa. Volveré pronto.

Dejando la nota en el mostrador, tomé mi teléfono y las llaves y salí de la suite para dirigirme a la oficina, pensando que cuanto antes terminara el trabajo que necesitaba hacer, más pronto podría volver.

Regresé al hotel más tarde de lo que me hubiera gustado. Era temprano por la tarde cuando me dirigí a mi suite. Estaba extrañamente nervioso por ver a Amanda de nuevo. Esto era un poco raro para mí. No estaba acostumbrado a sentirme ansioso por volver a ver a una mujer. No pude evitar pensar en ella mientras estaba en la oficina y preguntarme qué estaría haciendo para ocuparse mientras yo estaba fuera.

Cuando llegué a la puerta de la suite, me detuve y tomé un momento para recuperar el aliento y recomponerme. No quería entrar allí y que fuera obvio que había regresado apresuradamente por ella.

Una vez que estuve seguro de poder controlarme, entré en la suite. Lo primero que me pareció extraño fue lo silencioso que estaba. ¿Estaría dormida? ¿Tomando una siesta, tal vez?

Crucé hacia el dormitorio y miré dentro, pero la cama estaba vacía. Frunciendo el ceño, me dirigí al baño de la habitación, pero tampoco estaba allí.

Mi estómago se retorció de preocupación. ¿Se había... ido?

Me di la vuelta y me apresuré hacia el otro dormitorio, pero no estaba por ningún lado. ¡Mierda! ¿Dónde estaba?

Corriendo hacia el mostrador, busqué una nota. Algo que explicara su ausencia, pero no había nada. La única nota era la que yo le había dejado esa mañana. No parecía que la hubiera tomado siquiera.

Me quedé congelado, mirando fijamente mi nota, desconcertado. Esta era otra primera vez para mí... una mujer que se iba sin que yo le dijera que lo hiciera. Una mujer que se iba cuando yo quería que se quedara.

Había un sentimiento profundo dentro de mí. Una posesividad que nunca había sentido antes. Quería saber dónde estaba. Por qué se había ido. Quería verla de nuevo, pero todo lo que sabía era su nombre de pila y el hecho de que no vivía aquí. Había volado para ver a su idiota ex, lo que significaba que podría estar volando de regreso a casa en ese mismo momento.

De repente, me invadió el pánico, y corrí hacia el teléfono del hotel, lo tomé y marqué a la recepción.

—Buenas tardes, señor Lucas —dijo la recepcionista, con voz alegre—. ¿En qué puedo ayudarlo?

—¿Dónde está David? —pregunté con una voz más cortante de lo que pretendía.

—Oh, um, debería estar en su oficina —respondió—. Lo transferiré de inmediato, señor.

—Gracias —murmuré.

Esperé varios momentos a que la llamada fuera transferida, y David contestó.

—¿En qué puedo ayudarle, señor Lucas? —preguntó sin molestarse en saludar.

—La mujer que estaba conmigo anoche, con la que me quedé atrapado en el ascensor —comencé—. ¿Sabes adónde fue?

Hubo un momento de silencio antes de que David respondiera:

—Eh... no estoy seguro, señor. No era una huésped nuestra...

—Revisa las cámaras de seguridad —ordené—. Averigua cuándo se fue. También quiero saber qué vuelos salen hoy para Filadelfia.

—Enseguida, señor —dijo David en un tono vacilante. Podía notar que se sentía extraño por la petición, pero lo haría porque se lo pedí—. Me pondré en contacto con usted tan pronto como tenga la información.

—Bien —asentí, colgando el teléfono. Mientras esperaba que David me devolviera la llamada, envié algunos mensajes a mi asistente para que pusiera en marcha algunos contactos más para intentar averiguar adónde había ido Amanda.

Una vez hecho esto, no hay mucho más que pueda hacer excepto esperar, lo cual hago con impaciencia, caminando de un lado a otro por el salón.

Cuando por fin sonó el teléfono del hotel, lo cogí y espeté:

—¿Qué has encontrado?

—Lo siento, señor —respondió David—. No pudimos encontrar nada significativo. La chica se fue alrededor de las once de la mañana. Se subió a un taxi, y supongo que se dirigió al

aeropuerto. Revisamos los horarios y un vuelo con destino a Filadelfia salió a la una.

Dejé escapar un gemido de frustración y me pellizqué el puente de la nariz.

Maldición. Llegué demasiado tarde. Amanda se había ido. ¿Era posible que la encontrara de nuevo? Tal vez, si gastara una fortuna, podría localizarla, pero ¿cuál es el punto? Claramente ella no quería quedarse.

—¿Algo más, señor? —preguntó David.

—No —suspiré—. Gracias por intentarlo. De todos modos, era una posibilidad remota.

Colgué el teléfono y me acerqué a la ventana de la habitación. Metiendo las manos en los bolsillos, me quedé mirando la vista de la ciudad, sintiendo cómo una profunda decepción se apoderaba de mí. ¿Por qué me molestaba tanto que se hubiera ido sin decir una palabra?

No lo sabía. Era confuso y extraño. Quizás esto era lo mejor. No necesitaba una distracción en mi vida, y Amanda no sería más que eso. Habíamos pasado una gran noche juntos, y eso era todo. Era suficiente. Era todo lo que necesitaba y todo lo que quería. Amanda se desvanecería en un dulce recuerdo y nada más.

Sin embargo, incluso mientras trataba de ser lógico y convencerme de que todo esto era cierto, no podía ignorar la punzada en mi pecho ante la idea de no volver a verla nunca más.

CAPÍTULO SEIS

Vincent

Siete años después

Miré hacia el Luxe con el ceño fruncido y solté un largo suspiro. Antes era uno de mis hoteles favoritos de la cadena, pero venir aquí después de aquella noche con Amanda se había convertido en una especie de tormento. No podía estar en el lugar sin pensar en ella, y eso me irritaba sin fin. Se suponía que debía haberla olvidado —habían pasado siete años, por el amor de Dios—, pero cada vez que entraba en el Luxe, era como volver directamente a aquel día en que regresé a la suite y descubrí que se había marchado.

Gracias a Dios que estábamos renovando este lugar.

Apretando los dientes, me quité las gafas de sol y las guardé en el bolsillo delantero de mi chaqueta antes de avanzar y atravesar la entrada principal. La puerta automática se abrió para mí y entré en el vestíbulo. Estaba vacío de huéspedes, pero los obreros pululaban por todas partes, y todo lo que no estaba destrozado estaba cubierto de plástico.

Me pellizqué el puente de la nariz cuando un dolor de cabeza comenzó a palpar entre mis ojos. El ruido de las herramientas eléctricas y los trabajadores gritándose entre sí era molesto, pero dejé de lado mi irritación y pasé por el desordenado vestíbulo hacia las oficinas detrás del mostrador de recepción. Había un pasillo que conducía a la suite de oficinas del gerente, y di un breve golpe antes de abrir la puerta y entrar.

David estaba sentado detrás de su escritorio, hablando por teléfono, y levantó la vista cuando entré en la oficina. Archeó una ceja y levantó un dedo. Puse los ojos en blanco mientras me acomodaba en una de las sillas frente a su escritorio. En los siete años que llevaba trabajando para mí, David se había vuelto mucho más cómodo a mi alrededor. El joven nervioso que había contratado se había convertido en un verdadero amigo con una tendencia a meter las narices donde no siempre le correspondía.

—Sí, necesitamos que las baldosas se entreguen la semana que viene —espetó David por teléfono—. No podemos tener otro retraso. Si no llega a tiempo, voy a insistir en una rebaja del precio, ¿entendido?

Sonreí con suficiencia y negué con la cabeza. Oh, sí. Ese hombre ansioso de hace siete años definitivamente se había ido.

—Muy bien —asintió David—. Gracias.

Colgó el teléfono y se volvió hacia mí con una sonrisa.

—Vaya, vaya —dijo—. Si es el jefe. ¿Cómo va todo? ¿Buen vuelo?

Me reí entre dientes.

—Al menos es un vuelo corto desde Los Ángeles.

—Lo suficientemente corto como para que pudieras estar aquí más a menudo, ¿sabes? —me dijo David con una mirada intencionada—. No es que no disfrute rogándote que nos bendigas con tu presencia de vez en cuando.

Solté un largo suspiro.

—Sí, sí, ya has dicho todo esto antes. Estoy ocupado, David. Este no es mi único hotel, ¿sabes?

Él resopló.

—Oh, soy muy consciente de ello. Y soy muy consciente de la frecuencia con la que los otros hoteles reciben visitas. Aun así, supongo que debería estar agradecido de que estés aquí.

—Es difícil mantenerse alejado —bromeé—. Estás destrozando las cosas aquí. Claramente necesitas mayor supervisión.

David echó la cabeza hacia atrás y soltó una carcajada.

—Me has pillado. Bueno, déjame decirte que es bueno verte.

Sonreí.

—Es bueno verte a ti también. ¿Cómo van las cosas?

Soltando un suspiro, respondió:

—En general, bien. Ya sabes, hemos tenido los contratiempos habituales que vienen con

cualquier proyecto importante como este, pero hasta ahora, todo se ha mantenido según lo programado.

—¿Lograron resolver el problema del cableado?

Asintió.

—Sí, gracias a Dios. No fue barato, eso sí... pero ya lo sabes.

—Oh, soy consciente —refunfuñé.

Charlamos unos minutos más sobre las renovaciones, pero no entramos en grandes detalles, ya que teníamos reuniones programadas para la semana que estarían llenas de información.

Pasamos a asuntos más personales, empezando por ponernos al día sobre nuestras familias, y luego David sacó el tema que sabía que querría hablar, pero que yo estaba temiendo.

—¿Cómo está Debbie?

Hice una mueca.

—Ella está... bien.

Recostándose en su silla, David dijo:

—Llevas dos años con ella, ¿verdad? ¿Hay alguna posibilidad de que haya una boda en el futuro a la que podamos mirar con ilusión?

Soltando un gemido, confesé:

—Debbie y yo ya no estamos juntos. Hemos roto.

Los ojos de David se abrieron con sorpresa.

—¿Lo habéis hecho? ¿Por qué? Pensé que las cosas iban bien.

Me encogí de hombros.

—La verdad es que era una novia que mis padres eligieron para mí. Prácticamente un matrimonio concertado. No quiero vivir una vida armada para mí por mis padres, así que terminé las cosas.

—¿No te gustaba? —David parecía desconcertado—. Estuvisteis juntos durante tanto tiempo. ¡No me digas que te quedaste tanto tiempo con alguien que no te gustaba!

—Sí me gustaba —admití—. Pero no éramos compatibles, y me di cuenta de que no nos haríamos felices a largo plazo. Es una buena mujer, pero no es el tipo de persona con la que me gustaría pasar mi vida. Se parece demasiado a mi madre.

David resopló ante eso.

—No digas más. Lo entiendo. Definitivamente no quieres casarte con tu madre.

—Me alegro de que encuentres esto tan divertido —dije con tono inexpresivo—. Mi vida personal está aquí para tu entretenimiento.

David se rió y negó con la cabeza.

—Lo siento, tío. No pretendo burlarme. Es que me resulta tan divertido que tengas tan mala suerte con las mujeres. Eres guapo y rico. No debería haber tiempo muerto entre tus novias.

—Soy un poco más exigente que eso —repliqué, poniendo los ojos en blanco.

David me observó durante un largo momento, y pude darme cuenta de que estaba contemplando decir algo. Me estaba poniendo nervioso mientras el silencio entre nosotros seguía creciendo, y no podía imaginar qué era lo que estaba pensando.

Por fin, preguntó:

—¿Todavía echas de menos a esa chica de hace siete años? Amanda, ¿verdad?

Me tensé, tomado por sorpresa por la pregunta. David era la única persona que sabía sobre Amanda, pero no podía recordar la última vez que la había mencionado. Pensé que se había convertido en una especie de regla tácita que no hablábamos de ella.

Era vergonzoso. Después de todo, solo había sido una noche. No había razón para que siguiera pensando en ella hasta el día de hoy. Era ridículo, realmente, y no podía admitirlo... ni siquiera ante David.

Cuando no respondí, David soltó un suspiro comprensivo. Eso era casi peor que el hecho de que pensara que era ridículo.

Juntando las manos, dijo:

—Muy bien, estás en la fase de recuperación. Necesitamos sacarte para que conozcas a alguien nuevo.

Fruncí el ceño.

—¿De qué estás hablando?

—Voy a presentarte a algunas mujeres —declaró David—. De lo contrario, podrías quedarte soltero el resto de tu vida, esperando a que Amanda regrese.

Me burlé de él y negué con la cabeza. —No es necesario, David, en serio.

—No, insisto —respondió con un brillo terco en los ojos—. No soporto verte por ahí cabizbajo y melancólico, suspirando por tu misteriosa aventura de una noche que te dejó con las ganas.

Arqueando una ceja, refunfuñé: —Gracias por no hurgar en esa herida en particular. Eres un verdadero amigo.

Poniéndose de pie, David rodeó su escritorio y me dio una palmada en el hombro.

—No te preocupes —me dijo con una sonrisa presumida—. Yo me encargo. Me aseguraré de que te olvides por completo de Debbie y no te sientas tan solo como para pensar en Amanda. Te ayudaremos a superar esto, amigo. Te lo prometo.

Dejé escapar un gemido exasperado. Lo que fuera que David tuviera en mente probablemente sería más molesto que útil, pero sabía que no dejaría el asunto. Si estaba decidido a hacerme conocer mujeres, no había mucho que pudiera hacer para librarme de ello.

Solo intentaba ayudar, lo sabía, pero no tenía muchas esperanzas de que realmente me ayudara a olvidar a Amanda. De alguna manera, ella se había arraigado en mi mente y no había logrado sacarla de allí. Una parte de mí había esperado que mi relación con Debbie finalmente me curara del recuerdo de Amanda, pero eso no había sucedido. Dudaba que cualquier mujer que David me presentara fuera suficiente para sacarla definitivamente de mi cabeza.

CAPÍTULO SIETE

Amanda

—¡Oh, fue tan hermoso, Amanda! El resort era precioso y Evan me llevó a hacer esnórquel. ¡Fue tan divertido!

Sonreí y sacudí la cabeza, acercando más el teléfono a mi oído para responder:

—Me alegro de que te hayas divertido. Parece que fue una luna de miel de ensueño. Aunque me alegro de que hayas vuelto. ¡Te he echado de menos!

—Yo también te he echado de menos —dijo Camille, mi mejor amiga. Podía imaginar su rostro sonriente y burbujeante, sus ojos verdes brillando y sus rizos castaños meciéndose mientras hablaba—. Tienes que venir a cenar pronto para que nos pongamos al día. Tengo muchas ganas de verte a ti y a Eve. ¡Y tienes que contarme todo sobre tu nuevo trabajo! ¡Y tu casa!

—Por supuesto —le dije—. Tú pon la fecha y allí estaremos.

—¡Trato hecho! —exclamó Camille—. Bueno, tengo que irme, pero llámame luego, ¿vale?

—Lo haré —prometí—. Te quiero.

—¡Yo también te quiero!

Riendo, colgué el teléfono y lo guardé en mi bolso. Solté un suspiro y me recosté en el asiento de mi coche. Tenía unos minutos más antes de tener que entrar a la oficina a trabajar. Había dejado a Eve en la escuela temprano esa mañana y tenía tiempo para descomprimir antes de empezar mi día. Todavía me estaba acostumbrando a lo cerca que estaba nuestra nueva casa de su escuela y de mi oficina, y mi trayecto era aproximadamente la mitad de lo que habría sido si aún viviéramos con Camille.

No es que me estuviera quejando. Estaría eternamente agradecida con ella por acogernos a Eve y a mí cuando nos mudamos por primera vez a Los Ángeles. No había querido ser una molestia a largo plazo para ella, especialmente porque se iba a casar, así que inmediatamente me puse a buscar nuestro propio lugar. Conseguí encontrar una linda casita de dos habitaciones en un barrio pintoresco lleno de otras familias jóvenes para que Eve tuviera otros niños con quienes jugar.

Había sido doblemente afortunado que lograra encontrar un lugar que estuviera cerca de mi trabajo.

Trabajar en el departamento de publicidad de una importante cadena hotelera puede que no parezca el trabajo más glamuroso, pero estaba muy agradecida por la oportunidad y hasta ahora me encantaba la empresa. Solo llevaba tres semanas en el trabajo, pero trabajaba duro y aprendía todo lo que podía lo más rápido posible. Mis compañeros de trabajo eran geniales y ya había empezado a hacer algunos amigos en el trabajo.

Cuando pensaba en cómo las cosas parecían haberse acomodado para Eve y para mí, casi parecía el destino. Como si alguien allá arriba estuviera cuidando de nosotras.

Al mirar mi reloj, vi que era hora de entrar. Cogiendo mi bolso, abrí la puerta del coche y salí, cerrándola firmemente. El sonido resonó en las paredes de cemento del aparcamiento. Cerré el coche con llave, me di la vuelta y empecé a caminar hacia los ascensores, con mis tacones resonando mientras me movía. Al llegar al banco de ascensores, pulsé el botón de subida y me aparté, esperando a que llegara uno de los coches.

De repente, oí un coche que circulaba por el aparcamiento detrás de mí. Al mirar por encima del hombro, me sorprendió ver un elegante coche deportivo rojo aparcando en una de las plazas reservadas para ejecutivos. No había visto ese coche antes y sentía curiosidad por saber quién lo conduciría. Por supuesto, no había conocido a casi ninguno de los ejecutivos —¿por qué habría de hacerlo?— pero había oído por los rumores de la oficina que se suponía que el director general iba a volver de visitar hoteles por todo el país.

¿Sería él?

Observé cómo se abría la puerta del coche y una alta figura con traje azul marino se desplegaba desde el interior del vehículo. Estaba de espaldas a mí, pero tenía los hombros anchos y el pelo castaño oscuro peinado hacia atrás y con estilo. Si su frente se correspondía con su espalda, probablemente iba a tener muy buen aspecto.

Algo fascinada y definitivamente curiosa, seguí observándole, deseosa de ver su cara. Cuando vi que empezaba a girarse hacia mí, contuve la respiración e intenté que no pareciera que le estaba mirando descaradamente. Agaché la cabeza y le miré de reojo por debajo de mi flequillo recto.

Cuando se giró del todo y pude verle claramente, mi corazón se detuvo.

No. No era posible.

Tenía que estar alucinando. No podía ser él.

Vincent.

Habían pasado siete años desde la última vez que le vi, pero parecía el mismo, aunque un poco más distinguido. No podía apartar la mirada, y él, por suerte, no se dio cuenta de mi presencia mientras se movía hacia el otro lado de su coche y abría la puerta del pasajero. Mi corazón empezó a acelerarse cuando le vi tender la mano y ayudar a salir del coche a una mujer preciosa de pelo ondulado y pelirrojo.

Vi cómo la mujer agarraba las solapas de su chaqueta y tiraba de él hacia abajo para besarle. Jadeando, aparté la mirada bruscamente, deseando que el ascensor se diera prisa. Al segundo siguiente, sonó cuando llegó el coche, y me metí dentro en cuanto se abrieron las puertas y pulsé inmediatamente el botón de cerrar puertas y luego el de mi planta. Estaba aterrada de que los dos llegaran al ascensor antes de que pudiera escapar, pero cuando las puertas se cerraron y el coche empezó a moverse, solté un largo suspiro de alivio y me derrumbé contra la pared del ascensor que tenía detrás.

¿Qué diablos estaba pasando? ¿Qué hacía él aquí?

No lograba entenderlo. Había dicho que se dedicaba a las finanzas o algo así, ¿no? No había dicho nada de trabajar en hostelería.

En ese momento me asaltó un pensamiento aterrador. Él... no podía ser el director general de la empresa, ¿verdad? ¡Eso no era posible! ¡Simplemente no podía ser!

Esto tenía que ser una pesadilla. ¿Cuáles eran las probabilidades de que volviera a verle después de tantos años?

Aquella mañana, me había despertado en su habitación de hotel y él se había ido. Al principio, pensé que me había abandonado sin decir una palabra, pero luego encontré una nota que había dejado en el mostrador de la cocina. Quería que me quedara, pero no pude. Ya tenía un billete de avión para esa tarde y tuve que darme prisa para irme y cogerlo. Había tenido tanta prisa que no se me ocurrió dejarle ninguna información de contacto. Simplemente... me fui.

Era algo de lo que me había arrepentido todos los días desde entonces.

Aun así, no había pensado que existiera una posibilidad real de que algo más surgiera de aquella única noche juntos. Había sido increíble, pero me había convencido a mí misma de que nunca habría funcionado entre nosotros. En su mayoría, había intentado convencerme de eso para que doliera menos el hecho de que probablemente nunca nos volveríamos a ver. Una parte fantástica de mí había esperado que él intentara encontrarme, pero nunca lo hizo.

Claramente, esa noche no había significado tanto para él como para mí. Pensé en aquella hermosa pelirroja con la que estaba. Llevaba un favorecedor vestido azul que resaltaba sus curvas y unos Louis Vuitton negros. Comparada con ella, yo parecía casi desaliñada con mi falda lápiz y mi blazer una talla más grande.

Sabía que no tenía derecho a sentirme decepcionada, pero lo estaba. Verlo con esa mujer me dolió mucho más de lo que debería. No tenía ningún derecho sobre él, al menos no uno romántico.

Con ese pensamiento, sentí que mi cara se sonrojaba mientras las verdaderas consecuencias de volver a verlo me golpeaban. Era una empresa grande, pero las posibilidades de encontrarnos no eran imposibles. Si él descubría que yo trabajaba para su empresa, no estaba segura de cómo reaccionaría. ¿Intentaría saber más sobre mí?

¿Y si se enteraba de Eve?

¿Qué haría si descubría que tenía una hija?

No podía arriesgarme. Si descubría que teníamos una hija de seis años juntos... de ninguna manera creería que era una coincidencia que yo hubiera terminado trabajando para su empresa. Mis pensamientos comenzaron a espiralar hacia el peor escenario posible. Él tenía riqueza y poder, y yo no tenía nada. Si decidía que quería la custodia de Eve, dudaba que tuviera alguna posibilidad de luchar contra él por ello.

Era demasiado arriesgado estar allí. Para cuando el ascensor llegó al puente aéreo hacia el edificio principal, ya había tomado una decisión sobre lo que tenía que hacer. Por mucho que me gustara este trabajo y lo beneficioso que era, no podía quedarme.

Tenía que renunciar antes de que Vincent descubriera que yo estaba allí.

Dirigiéndome al edificio principal, me encaminé directamente a la oficina de Recursos Humanos.

La puerta estaba abierta cuando llegué, y golpeé en el marco para llamar la atención de Nancy, la Coordinadora de RRHH. Levantó la vista de su escritorio y me miró con una sonrisa.

—¡Oh, buenos días Amanda! —dijo—. ¿En qué puedo ayudarte? ¿Te estás adaptando bien?

Tragando saliva, sintiéndome ansiosa, me deslicé en su oficina y me senté frente a ella.

—Las cosas han ido bien, Nancy, gracias —respondí con un tono suave y nervioso—. Desafortunadamente... algunas circunstancias han cambiado en mi vida, y me temo que tengo que renunciar al puesto.

Los ojos de Nancy se abrieron con sorpresa. —¿Renunciar? Pero... acabas de empezar. No lo entiendo, Amanda. Acabas de decir que las cosas han ido bien.

—Así ha sido —le aseguré—. He disfrutado estando aquí estas últimas tres semanas, pero han surgido algunos asuntos personales que requieren toda mi atención, y ya no puedo mantener este trabajo.

Nancy parecía atónita, y no podía culparla. Probablemente pensaba que estaba siendo ridícula y desagradecida, y probablemente lo estaba siendo, pero no podía arriesgar a Eve. Ella era la parte más importante de mi vida.

Finalmente, Nancy soltó un largo suspiro de decepción. —Está bien, bueno... supongo que si ya has tomado tu decisión. Necesito una carta de renuncia oficial. Una vez que la tenga, puedo presentar el papeleo necesario.

Asentí y me puse de pie. —De acuerdo, puedo hacer eso. Iré a escribir una ahora mismo y te la traeré de vuelta.

Ella suspiró y negó con la cabeza. —Si estás segura.

Girándome, salí apresuradamente de su oficina y me dirigí a mi piso y al departamento de publicidad. Llegué a mi cubículo y encendí mi computadora de escritorio. Tan pronto como estuvo funcionando, abrí el procesador de texto y escribí una carta rápida. La mantuve vaga, sin querer revelar demasiados detalles que pudieran llevar a alguien de vuelta a Eve.

Tan pronto como estuvo escrita, la imprimí y la firmé. La metí en un sobre y regresé a la oficina de Nancy. Ella estaba colgando el teléfono cuando entré y le entregué la carta.

—Aquí tienes —dije, algo sin aliento.

—Antes de procesar esto, debes saber que Adonis te está buscando.

—¿Lo está? —susurré, con el estómago retorciéndose de renovada ansiedad.

—Sí —confirmó—. Y voy a esperar para presentar esto hasta después de que hayas hablado con él.

Solté un largo suspiro y asentí. Sin decir una palabra, me di la vuelta y salí de su oficina, pero a un ritmo mucho más lento que antes.

Normalmente, no me importaba reunirme con mi jefe porque también era un amigo y quien me había contado sobre este trabajo en primer lugar.

No iba a estar contento con mi deseo de renunciar. Iba a exigir respuestas, y yo no tenía idea de qué iba a decirle. La verdad no, eso era seguro. Lo último que necesitaba era que alguien relacionara a Vincent con mi hija de alguna manera. Pero no se me ocurría nada más que tuviera algún sentido. Mientras caminaba hacia la oficina de Adonis, mi mente trabajaba a toda velocidad para inventar algo, cualquier cosa que pudiera decirle y que no involucrara al maldito CEO de la empresa.

CAPÍTULO OCHO

Amanda

Cuando llamé a la puerta de Adonis, le oí decir:

—Pasa.

Abrí la puerta lentamente y entré. Adonis estaba sentado detrás de su escritorio y me miró con expresión seria mientras cerraba la puerta y cruzaba la habitación para sentarme en una silla frente a él.

—Hola —murmuré—. ¿Qué necesitabas?

—Recibí una llamada bastante desafortunada de Nancy hace un rato —comenzó—. Me dijo que le entregaste tu carta de renuncia hoy. ¿Es cierto?

Tragué saliva y asentí.

—Sí, es cierto.

Frunció el ceño, claramente confundido.

—¿Por qué? Pensé que las cosas te iban bien aquí.

Me humedecí los labios y respondí con cuidado:

—Es... complicado. Y personal.

Negando con la cabeza, Adonis levantó las manos al aire.

—¡Vamos, Amanda! —exclamó—. Tienes que darme más que eso.

Quería hacerlo porque sabía que lo entendería, pero no podía arriesgarme a que Vincent se enterara. Apreté los puños en mi regazo y respiré hondo varias veces.

—Mira, Adonis, ojalá pudiera explicarte con más detalle —dije—. Pero es un tema muy delicado. Simplemente no puedo seguir trabajando aquí...

En ese momento, fuimos interrumpidos por la puerta de la oficina que se abrió de golpe. Adonis y yo nos giramos para ver quién había entrado sin anunciarse, y no pude contener un jadeo cuando mi mirada se encontró con la de Vincent.

Se quedó paralizado en la puerta y me devolvió la mirada. Su expresión pasó de la confusión al completo asombro.

Me puse de pie de un salto, mi respuesta de lucha o huida se activó y mi mente gritaba que huyera. Me di cuenta de inmediato de que no tenía a dónde ir. Vincent estaba bloqueando la única salida.

—¡Vincent! —exclamó Adonis, poniéndose de pie también—. Eh, tío, ¿cuándo has vuelto?

Vincent no respondió de inmediato mientras continuaba mirándome, atónito.

Finalmente, logró apartar su mirada de mí para concentrarse en Adonis.

—Hola —dijo Vincent—. Llegué anoche tarde.

Cruzó la habitación y extendió la mano. Adonis la tomó y se saludaron. Era evidente que tenían una relación amistosa. Más de lo que sería un director general con un gerente cualquiera de su empresa.

—Lo siento, no quería interrumpir —continuó Vincent, mirándome de nuevo.

—No pasa nada —le aseguró Adonis—. Esta es Amanda. Es nueva, pero desafortunadamente ha decidido que quiere dejarnos.

—Oh, ¿es así? —murmuró Vincent, mirándome directamente—. Lamento oír eso. ¿Hay algún problema con tu puesto?

Tuve que tomarme un momento para ordenar mis pensamientos antes de lograr decir con voz aguda:

—No... no, no hay nada mal en absoluto. Tengo una razón personal...

—Estaba a punto de convencerla para que no renunciara —declaró Adonis, mirándome—. Tengo una oportunidad para ella que creo que no podrá rechazar.

Fruncí el ceño, confundida y, he de admitir, curiosa.

—¿Ah, sí?

Asintió.

—Nos has impresionado mucho en las últimas tres semanas y no quiero perderte. ¿Te quedarías si te ofreciéramos un puesto mejor pagado?

Parpadeé.

—¿Qué? ¿Qué quieres decir?

Era dolorosamente consciente de que Vincent me observaba, pero hice todo lo posible por ignorarlo.

Adonis, aparentemente ajeno a la creciente tensión en la habitación, continuó:

—Hay una posición abierta como estrategia de publicidad dentro del departamento. Es un aumento salarial significativo, y he estado considerándote para el puesto desde hace unos días.

—¿Estrategia de publicidad? —murmuré—. ¿Estás seguro de que me quieres para ese puesto?

Asintió.

—Absolutamente. Estás cualificada y has demostrado que tienes una gran ética de trabajo. Además, este es el salario inicial para el puesto.

Adonis se inclinó sobre su escritorio, agarró un bolígrafo y garabateó algo en una nota adhesiva. Se enderezó y me entregó la nota. La miré y tuve que luchar para que no se me cayera la mandíbula al ver la cantidad de ceros en el número. Sería una idiota si rechazara una oferta así. Eve y yo estaríamos más que cómodas con esa cantidad, y dudaba que pudiera encontrar otro trabajo que pudiera igualar esto.

Aun así, ¿podía correr el riesgo? Eché un vistazo a Vincent, que seguía observándome. Su expresión era casi imposible de leer. No podía saber en absoluto lo que estaba pensando, lo que me hizo dudar. Tal vez no descubriría lo de Eve. ¿Qué razón tendría para buscarla?

Aparté los ojos de él y volví a mirar a Adonis, que me observaba expectante.

Tragué saliva, aterrada ante la posibilidad de estar cometiendo un error, pero simplemente no podía rechazar esto.

—De acuerdo —asentí—. Me quedaré y acepto el nuevo puesto. Gracias, Adonis. Lo aprecio mucho.

—Bien —dijo Adonis, aclarándose la garganta—. ¿Por qué no vas a recuperar esa carta de Nancy? Dile que te quedas y que me pondré en contacto con ella esta mañana sobre los cambios en tu puesto.

Asentí, dedicándole una sonrisa sincera.

—Gracias, Adonis. De verdad... no sabes lo que esto significa para mí.

Sonrió y me guiñó un ojo.

—Solo prométeme que no intentarás renunciar de nuevo, ¿vale?

Logré reír y asentir.

—Lo prometo.

Sin decir una palabra más, me di la vuelta y me apresuré hacia la puerta. Sin embargo, antes de salir al pasillo, cedí a la tentación y me volví para mirar a Vincent. Sus ojos seguían fijos en mí, su mirada intensa, pero su expresión aún indescifrable.

Tragué saliva y aparté los ojos de él. Al salir al pasillo, cerré la puerta tras de mí y solté el gran suspiro que no me había dado cuenta de que estaba conteniendo.

Cuando llegué a casa más tarde ese día, estaba agotada. Agradecí que Eve tuviera una cita de juegos después de la escuela para poder tener un poco de tiempo a solas y procesar todo lo que me había sucedido. Todavía no podía creer que me hubiera encontrado con Vincent de nuevo, y apenas podía creer que hubiera decidido quedarme en su empresa. Tenía que haber algo mal conmigo. Al parecer, solo era una glotona del castigo, pero no podía arrepentirme de mi elección de quedarme, especialmente con un salario que realmente podría mantenernos a Eve y a mí.

Aun así, trabajar para la empresa de Vincent iba a ser complicado. Estuve hecha un manojo de

nervios el resto del día, preguntándome si simplemente aparecería en mi cubículo para exigir saber por qué lo había dejado hace siete años. Recé para que a Adonis no se le escapara que tenía a Eve.

Soltando un largo suspiro, me quité los tacones y la chaqueta y deambulé hacia la cocina. El suelo de baldosas blancas y negras estaba fresco contra mis doloridas plantas de los pies, y me dirigí directamente al refrigerador verde vintage para sacar una botella de vino que tenía abierta dentro. Me serví una copa y fui a la sala, desplomándome en mi mullido sofá.

¿Qué diablos iba a hacer?

Tomé un trago y luego saqué mi teléfono. Con un suspiro, busqué el número de Camille. Necesitaba algunos consejos, o al menos desahogarme sobre mi día. Camille probablemente se volvería loca, pero no había riesgo en contárselo. Ella no trabajaba para mi empresa.

Rápidamente escribí un mensaje de texto para ella.

—Tuve un día extraño... Vi al padre de Eve.

Logré tomar un trago más antes de recibir su respuesta.

—¿¿¿Qué??? ¿¿Dónde!?

—Resulta que es el CEO de mi empresa.

—¿Hablas en serio?

—Desafortunadamente, sí. Intenté renunciar, pero Adonis me ofreció un mejor puesto con más paga. No pude rechazarlo.

El siguiente mensaje de Camille tardó un poco más en llegar. Debió necesitar unos momentos para pensar su respuesta.

—¿Qué vas a hacer? ¿Contarle sobre Eve?

Miré fijamente su mensaje, mis pensamientos arremolinándose con incertidumbre y arrepentimiento. ¿Qué iba a hacer? No parecía haber muchas opciones disponibles para mí. Todo lo que podía hacer era mantener la cabeza baja y rezar para que Vincent no intentara averiguar nada sobre ella.

¿Cuáles eran las probabilidades de que eso sucediera?

—No quiero contarle sobre Eve por ahora. Quiero ver cómo se desarrollan las cosas y partir de ahí.

Esperé, con el corazón martilleando, su respuesta. ¿Pensaría que estaba siendo estúpida? No, Camille no. Ella entendería.

—De acuerdo, solo ten cuidado. Haz lo que creas que es mejor para ti y Eve.

Solté un suspiro de alivio y me hundí en el sofá. Bebiendo más de mi vino, traté de no preocuparme por lo que podría pasar o lo que pudiera suceder. Solo necesitaba tomarlo un día a la vez. Protegería a Eve y me aseguraría de que cualquier cosa que hiciera fuera para garantizar su bienestar. Por ahora, la mantendría alejada de Vincent hasta que pudiera tener una mejor idea de qué tipo de hombre era ahora.

Hasta que pudiera estar segura de que no causaría daño o trastorno en la vida de Eve, él no se enteraría de ella. No estaba segura de cómo, pero me aseguraría de ello.

Nadie lastimaría a mi hija, especialmente no su padre.

CAPÍTULO NUEVE

Vincent

¿Qué estoy haciendo aquí otra vez? Eso era lo que pensaba mientras me dirigía al departamento de publicidad por décima vez en menos de una semana. No tenía ninguna razón real para ir allí. Lo que iba a hablar con Adonis podría haberse dicho en un correo electrónico, pero estaba usando cualquier excusa que pudiera encontrar para ir al departamento en persona.

Solo quería verla a ella. Era irritante, pero no podía evitarlo. Desde que me encontré con Amanda de nuevo, no había podido sacarla de mi mente. Era tan hermosa como la noche en que nos conocimos hace siete años, tal vez incluso más.

Cada vez que iba a publicidad, pasaba intencionalmente por su cubículo y me detenía para hablar con ella. El primer día que la busqué, se sorprendió al verme.

—Eh... hola, señor —había murmurado, mirándome y apartando la vista en un instante.

—Hola —había respondido, sin estar realmente seguro de qué iba a decirle—. ¿Cómo... cómo estás?

Ella había arqueado una ceja, pareciendo un poco desconcertada por mi pregunta.

—Eh... bien, supongo —había contestado, volviendo la mirada a su computadora. Era evidente que había estado tratando de despedirme.

—Eso es bueno —había gruñido, dando palmaditas en la pared baja de su cubículo—. Nos vemos.

—Sí, señor —había murmurado.

Las cosas no habían mejorado realmente desde esa primera visita, pero simplemente no podía mantenerme alejado. Me detenía, saludaba, y ella siempre era educada pero nunca dejaba una apertura para una conversación más extensa.

Tal vez la tercera o cuarta vez que me detuve en su cubículo, me miró con una expresión desconcertada.

—Hola —había dicho, momentáneamente sorprendido por su reacción. Era la mayor emoción que me había mostrado hasta ese momento.

—Hola, señor —había respondido, con un tono de exasperación—. ¿Viene a ver a Adonis otra vez?

Asentí. —Sí... necesito revisar algo urgente.

Ella había fruncido el ceño. —Parece tener muchos asuntos urgentes que discutir en publicidad, señor.

Conteniendo mi sonrisa, apenas logré que no viera lo complacido que estaba de que realmente estuviera teniendo una conversación conmigo.

Encogiéndome de hombros, respondí: —Sí, bueno, no es fácil dirigir una cadena hotelera internacional multimillonaria.

Ella había puesto los ojos en blanco ante eso, claramente no impresionada con mi pequeña fanfarronada.

—Bueno, no deje que lo retenga —suspiró, apartándose de mí para mirar su computadora—. Después de todo, es usted un hombre muy, muy ocupado.

Era evidente que quería poner fin a la conversación, pero yo no estaba listo para eso.

Honestamente, no sé de qué hablaríamos, pero descubrí que quería saber más sobre ella. ¿Qué había estado haciendo durante siete años? ¿Por qué se mudó a Los Ángeles?

¿Por qué se fue sin despedirse hace siete años?

Sacudí la cabeza y me tragué esa pregunta. No era el momento de indagar en eso. Primero necesitaba que se abriera conmigo.

—¿Te estás adaptando bien a Los Ángeles? —pregunté. Era una pregunta tonta, pero estaba agarrándome a un clavo ardiendo en ese momento.

Me miró de nuevo, y algo pasó por su mirada que no había podido identificar. De repente parecía cautelosa, y no sabía de dónde venía ese cambio de comportamiento.

—Estoy bien —había insistido en un tono lento—. Tengo una amiga que me ha estado ayudando. Ha sido bueno.

Había algo en su respuesta vaga que me había dejado sintiéndome un poco inquieto, pero realmente no podía decir por qué. Algo simplemente se había sentido un poco... extraño.

Sin embargo, dejé ese sentimiento de lado y me concentré de nuevo en ella.

—Eso es bueno —asentí—. Los Ángeles es bastante diferente de Filadelfia.

—Sí —había respondido—. Definitivamente lo es.

No había podido pensar en nada más que decir en ese momento, y era dolorosamente claro para mí que ella no quería que la conversación fuera más allá. Me había despedido y me había ido, pero esa extraña sensación había permanecido conmigo mientras me alejaba. Se había sentido como si estuviera ocultando algo, pero eso tenía sentido, ¿no? No quería que supiera demasiados detalles sobre ella, no es que dejara de intentar saber más.

La siguiente vez que fui a verla, había vuelto a cerrar la conversación antes de que siquiera tuviera la oportunidad de comenzar. Había logrado ocultar mi frustración y decepción, pero no sabía por qué habíamos dado un paso atrás tan drástico desde el progreso que habíamos logrado en nuestra única conversación extendida.

Mientras entraba en el departamento de publicidad, no tenía una nueva estrategia. No sabía qué le diría que haría algo diferente ese día, pero me dirigía directamente a su cubículo como si mis pies tuvieran mente propia. Mi mente estaba acelerada. Honestamente, no podía entender por qué seguía volviendo a ella cuando era claro que no quería darme la hora del día. Sin embargo, aparentemente no tenía orgullo cuando se trataba de Amanda, porque simplemente seguía volviendo por más como un idiota.

¿Qué era lo que tenía esta mujer que no podía sacudirme?

Al llegar a su cubículo, me quedé helado.

Amanda no estaba sentada frente a su computadora como siempre lo estaba cuando pasaba. En su lugar, había rodado su silla hasta el cubículo de al lado y estaba hablando con el hombre que estaba dentro. Estaba inclinada sobre el brazo de su silla y mirando algo en la pantalla de su portátil. Estaban cerca. Demasiado cerca, y ella estaba sonriendo.

Ninguno de los dos notó que estaba allí parado, observándolos. Cuanto más tiempo estaba allí, más frustrado me volvía.

—Esos son realmente buenos bocetos, James —dijo ella, extendiendo la mano para darle una palmadita en el brazo—. Creo que a Adonis le van a encantar.

—¿Estás segura? —preguntó James, mirándola con una sonrisa torcida—. ¿Segura que la combinación de colores está bien?

Ella asintió y rio suavemente. —La combinación de colores es perfecta. En serio, James, tienes un ojo agudo para los detalles. Es impresionante.

Rechinaba los dientes mientras las mejillas de James se tornaban rosadas, y le daba a Amanda una sonrisa tímida.

—Gracias, Amanda —dijo, su afecto por ella obvio en su expresión boba.

¿Quién se creía que era este tipo?

Sentí una oleada de posesividad y tuve que contenerme para no abalanzarme y apartar a James de ella. Era irracional, pero no podía pretender tener ningún tipo de racionalidad cuando se trataba de Amanda.

Apretando los puños, me alejé de los dos antes de hacer algo estúpido y me dirigí a la oficina de Adonis.

Abrí la puerta y entré sin llamar. Adonis levantó la vista de los papeles que tenía esparcidos sobre su escritorio, con los ojos abiertos y una expresión sobresaltada.

—Ehhh... ¿puedo ayudarte? —preguntó con una sonrisa confusa—. ¿Otra vez?

Cerré la puerta detrás de mí, apenas conteniéndome para no dar un portazo.

—Tengo algo importante que hablar contigo —espeté, moviéndome para sentarme en la silla frente a su escritorio.

Arqueó una ceja.

—¿Ah, sí? ¿Es tan importante como ayer, cuando viniste insistiendo en que necesitábamos

discutir los estilos de fuente en persona para la nueva campaña publicitaria? ¿O como anteayer, cuando querías elegir juntos los modelos para el comercial en lugar de seleccionarlos de los perfiles que te envié por correo?

Entrecerré los ojos en una mirada fulminante.

—No aprecio tu tono, Adonis. Sigo siendo tu jefe.

—Oh, soy consciente de ello —sonrió con suficiencia, reclinándose en su silla—. ¿Esto no tendrá que ver con mi contratación, verdad? Todo el departamento está alborotado por tus frecuentes visitas a ella.

—Solo estoy siendo amable —me encogí de hombros, desviando la mirada—. ¿No es eso lo que hace un buen jefe?

—Claro, pero en realidad no eres su jefe —señaló Adonis—. Eres el jefe del jefe de su jefe. ¿Qué te importa si una estrategia del departamento de publicidad se siente bienvenida aquí?

—Me preocupo por todos mis empleados —insistí.

—Claro, claro —asintió—. No lo dudo, pero no te interesas personalmente por cada uno de ellos. No es un reproche. Es una empresa grande y eres un hombre ocupado. ¿Por qué esta empleada en particular?

Odiaba lo perspicaz que era ese hombre. Era irritante.

—No importa —espeté—. Tenía un currículum impresionante y llamó mi atención. Eso es todo.

Adonis resopló.

—Ajá, claro. Fingiré que te creo y que revisas los currículums de los nuevos empleados por debajo del nivel ejecutivo. Claramente no quieres explicarte, y sé que es mejor no presionar, así que lo dejaré por ahora.

Esas últimas palabras eran definitivamente una amenaza, pero decidí ignorarlas.

—Tengo algo de lo que necesito hablarte —dije, reclinándome y cruzando una pierna sobre la otra.

—Está bien, te escucho —asintió Adonis—. ¿De qué se trata?

—Tengo un nuevo proyecto promocional en el que quiero que trabajes —respondí—. Parte del relanzamiento de Luxe.

—De acuerdo —dijo Adonis, pensativo—. ¿Qué necesitas?

—El hotel está recibiendo una renovación, así que quiero que su campaña publicitaria específica también la reciba —expliqué—. Quiero una revisión total. Empezar desde cero. Mira lo que ha funcionado en otras campañas y arma algo con el mayor atractivo posible.

Adonis me dio una sonrisa conocedora.

—¿Quieres que involucre al equipo de estrategia, entonces?

Le di una mirada exasperada.

—Sí, por supuesto que sí. Obviamente.

Levantó las manos como si se rindiera.

—Está bien, está bien. No hay ningún motivo ulterior para esto, lo entiendo. ¿Supongo que quieres que te mantengamos al tanto de todo en tiempo real?

—Sí —respondí sin vacilar—. Este es un proyecto importante no solo para Luxe sino para la marca en general. Quiero que sea específico para el hotel pero que aún encaje dentro del paraguas general de la empresa. Necesitaré vigilar las cosas de cerca.

—Pero no de una manera microgestora, ¿verdad? —preguntó Adonis con un tono de advertencia.

Eso me hizo soltar una risita.

—No, Adonis. No voy a microgestionar. Eres más que capaz de tener éxito con esto. Solo quiero estar al tanto.

—Lo tienes, jefe —dijo Adonis con un guiño—. ¿Algo más en lo que pueda ayudarte?

Negando con la cabeza, me puse de pie y respondí:

—No. Envíame los detalles de la campaña cuando tu equipo haya elaborado algo.

—Por supuesto —se rio Adonis mientras me dirigía a la puerta—. ¿Nos vemos mañana?

—Vete al diablo —gruñí, abriendo la puerta de un tirón y saliendo hecho una furia.

CAPÍTULO DIEZ

Amanda

Miré fijamente el correo electrónico, totalmente confundida por lo que estaba leyendo. Adonis había enviado un mensaje a un grupo de nosotros que aparentemente ahora éramos un equipo en un gran proyecto para el Luxe. Sacudí la cabeza, tratando de entenderlo. ¿Por qué estaba yo en este equipo? No era la estrategia publicitaria más experimentada. ¿Por qué me elegirían para algo tan importante cuando aún era tan nueva?

Un pensamiento entró en mi cabeza que inmediatamente traté de alejar, pero rebotó como un boomerang. ¿Vincent había hecho esto? ¿Había obligado a Adonis a ponerme en este equipo?

Era la única explicación que parecía tener alguna lógica. La ira se encendió dentro de mí. ¿Cómo se atrevía a intentar manipularme de esta manera? Pensaba que era un imbécil antes, pero ahora podía ver que era un completo sinvergüenza.

Cada vez que Vincent pasaba por mi cubículo, me debatía entre la confusión y la ira. Confusión sobre por qué me buscaba intencionalmente una y otra vez. Ira porque me perseguía mientras tenía novia. Cada vez que intentaba hablar conmigo, todo lo que podía pensar era en él besando a esa mujer en el estacionamiento. No podía sacármelo de la cabeza, y no podía creer el descaro del hombre. ¿No tenía vergüenza en absoluto?

Soltando un suspiro de frustración, me puse de pie y me dirigí a la oficina de Adonis. Cuando llegué a su puerta, golpeé bruscamente y esperé a que respondiera.

—Adelante —le oí decir.

Abriendo la puerta, entré como una tromba, sin molestarme en ocultar lo molesta que estaba.

—Adonis, ¿qué demonios? —espeté, acercándome a su escritorio y golpeando mis manos sobre su superficie—. ¿Por qué estoy en este proyecto?

Parpadeando, claramente sorprendido por mi arrebató, Adonis dijo lentamente:

—Eh, ¿porque necesito una estrategia?

—Soy demasiado nueva para algo tan importante —insistí. Estaba tentada de preguntar si Vincent era la razón por la que me habían seleccionado, pero logré guardarme esa pregunta. No quería revelar el hecho de que Vincent y yo nos habíamos conocido antes—. No me digas que estás jugando a los favoritismos.

Para mi sorpresa, Adonis soltó una carcajada.

—¡Para nada! Escucha, puedo entender tu preocupación, pero yo no tengo favoritos. Estás en el equipo porque sé que eres capaz de contribuir. Confía en que sé lo que estoy haciendo.

Hice una pausa ante eso. ¿Era esa la verdad? ¿Realmente me había seleccionado porque me consideraba capaz? Parpadeé, sin saber cómo responder mejor.

Sonriendo con suficiencia, Adonis preguntó:

—¿Había otra razón por la que pensabas que te habían elegido? ¿Aparte de que yo tuviera favoritismos?

Mis ojos se abrieron de pánico antes de que pudiera evitar reaccionar.

—No —espeté—. ¡Por supuesto que no! ¿Por qué pensarías eso? Bien, si crees que puedo hacer el trabajo, entonces lo haré. Yo... solo quería estar segura, eso es todo.

Riéndose, Adonis asintió:

—Bien. Ahora sal de aquí y no dudes tanto de ti misma, ¿de acuerdo?

—De acuerdo —murmuré, con las mejillas encendidas de vergüenza—. Gracias.

Girándome, salí apresuradamente de la oficina, con el rabo entre las piernas, pero no pude deshacerme por completo de mis sospechas de que Vincent había tenido algo que ver en todo esto.

—Solo quiero decir que han sido un par de meses largos, pero estoy muy orgulloso de todo vuestro arduo trabajo. Estoy seguro de que esta será nuestra campaña más exitosa hasta ahora.

Todos levantaron sus copas cuando Adonis terminó su brindis. No pude evitar sonreír mientras

miraba alrededor de la mesa al equipo con el que había estado trabajando tan estrechamente durante poco más de dos meses. Había sido un montón de trabajo y agotador, pero estaba orgullosa de cómo había podido contribuir, a pesar de mis persistentes dudas de que me hubieran incluido en el grupo únicamente por mis méritos.

Cuando mi mirada se posó en Vincent, que estaba sentado junto a Adonis al final de la mesa, sentí un nudo en la garganta y mis mejillas se sonrojaron. Aparté la mirada antes de que me pillara mirándolo. Últimamente lo había estado mirando mucho, a pesar de mis mejores intenciones. Había estado mucho más involucrado en el proyecto de lo que había anticipado, y habíamos estado en proximidad cercana bastantes veces durante los últimos meses.

Todavía no lo entendía. ¿Qué estaba tratando de hacer? Me buscaba para hablar conmigo y hacía gestos amables hacia mí que solo me confundían más. Me traía café e incluso se ofreció a comprarme el almuerzo un par de veces. Cuando rechacé cortésmente esa oferta, cambió su estrategia y comenzó a comprar el almuerzo para todo el equipo.

Amable, atento... y no disponible.

No podía olvidar que tenía novia. No debería estar haciendo nada de esto. No debería estar distinguiéndome de esta manera. ¿Tenía idea de lo confuso que era?

Y a través de todo esto, tenía que mantener en primer plano que Eve necesitaba ser protegida. Me las había arreglado para mantenerla en secreto de mi equipo para que Vincent no se enterara de ella. Era un acto de equilibrio constante, ocultar a mi hija mientras me mantenía comprometida con mi trabajo y mis compañeros. Probablemente era una de las razones por las que estaba tan agotada después de este proyecto, para ser honesta.

—¡Despierta, Amanda! —de repente me llamó Adonis—. ¡Estás en las nubes!

Parpadeando, miré hacia el final de la mesa para encontrar a Adonis sonriendo a Vincent y a mí, y mirando también. ¿Por qué tenía que estar en esta cena de todos modos? Cuando Adonis dijo que nos llevaría a todos a celebrar que el proyecto había terminado, asumí que Vincent no estaría allí.

Ahora lo estaba mirando fijamente al otro lado de la mesa, totalmente sin palabras.

—¡Amanda! —dijo Adonis con voz cantarina. Ya había tomado unas copas y se sentía bastante bien—. ¡Estás aguando la fiesta!

Aparté la mirada de Vincent y sonreí a Adonis.

—Lo siento, jefe —respondí con una risa, forzándome a reprimir la incomodidad que siempre sentía con Vincent alrededor. No quería llamar la atención sobre nosotros dos.

Apartando la mirada tanto de Adonis como de Vincent, cogí mi vino y tomé un largo trago. El resto de mi equipo estaba emocionado y charlando animadamente, y traté de mantenerme involucrada, pero estaba demasiado distraída por Vincent para poder relajarme y disfrutar.

La cena pareció arrastrarse, y cuanto más tarde se hacía, más quería irme a casa y acurrucarme con Eve. Disfrutaba salir con mis compañeros de trabajo, pero echaba de menos a mi pequeña. Había estado tan ocupada con el proyecto que no había podido pasar tanto tiempo con ella como estaba acostumbrada.

Finalmente, llegamos a un punto de la noche en que la gente empezó a dispersarse. Adonis pagó lo que supuse era una cuenta considerable, y nos levantamos de la mesa. En grupo, salimos del comedor privado donde habíamos estado y nos dirigimos a la entrada del restaurante. Me aseguré de mantener a la mayoría del grupo entre Vincent y yo, para no darle la oportunidad de intentar hablar conmigo a solas.

—Oye, Amanda, espera —me llamó Adonis antes de que pudiera llegar a la acera para intentar pedir un taxi.

Volviéndome hacia él, sonreí y dije:

—¿Qué pasa?

—¿Estás bien? —preguntó, deteniéndose frente a mí—. Parecías un poco distraída esta noche.

Encogiéndome de hombros, le dije:

—Oh, solo estoy cansada, supongo. Lo siento, no quería aguarle la fiesta a nadie.

—No lo hiciste —insistió—. Para nada; solo quería asegurarme de que estuvieras bien.

Mi sonrisa se suavizó y puse una mano en su hombro.

—Gracias por preocuparte, pero estoy bien. De verdad. Ambos deberíamos irnos a casa ya.

Asintiendo, dijo:

—Tienes razón. Hablamos mañana.

—Sí, que pases buena noche —respondí, dejándolo ir.

Guiñándome un ojo, se dio la vuelta y se dirigió por la acera hacia su coche. Riéndome, me volví para regresar a la acera, pero me quedé helada al encontrarme cara a cara con Vincent. Con el corazón en la garganta, miré alrededor, pero todos los demás se habían ido.

—¿Ne-necesita algo, señor? —tartamudeé, con la ansiedad retorciéndome el estómago.

Se acercó a mí hasta cernirse sobre mí. Tuve que inclinar la cabeza hacia atrás para encontrarme con su intensa mirada.

—¿Necesitas que te lleve? —preguntó en voz baja.

Un escalofrío me recorrió la espalda. Había algo en esa voz que no podía ignorar, que me hacía algo.

Tragando saliva, negué lentamente con la cabeza:

—Eh, no... está bien. Puedo tomar un taxi.

Frunció el ceño.

—No es molestia, y creo que tú y yo deberíamos hablar.

Eso era lo último que quería hacer. Hablar con él era peligroso, y no podía permitirme estar a solas con él. Claramente, tenía algún extraño poder sobre mí al que no podía resistirme.

Necesitaba alejarme de él.

—Gracias por la oferta —dije, alejándome de él y acercándome a la acera—. Estoy agotada y debería irme a casa. Que pase buena noche.

—Amanda, espera...

Lo ignoré, agitando el brazo frenéticamente para llamar la atención de un taxi que se acercaba. Se detuvo y me apresuré a subir antes de que él pudiera decir algo más. Mientras el taxi

arrancaba, me volví y lo miré. Estaba de pie en la acera y me miraba fijamente, su expresión difícil de leer. Cuando desapareció de mi vista, me recosté en el asiento y solté un suspiro tembloroso, obligándome a relajarme.

El proyecto había terminado, lo que significaba que probablemente no vería a Vincent con tanta frecuencia, lo cual era bueno.

Iba a ignorar la punzada en mi pecho, aunque hiciera latir mi corazón con un anhelo que no quería reconocer.

CAPÍTULO ONCE

Vincent

Me quedé mirando el taxi en el que se marchaba, completamente desconcertado. ¿Por qué era esto tan difícil? No estaba acostumbrado a que me rechazaran así. No estaba acostumbrado a tanta indiferencia por parte de una mujer.

Me enfurecía. No estaba seguro de por qué me molestaba tanto. Esto no debería afectarme de esta manera. No debería estar tan obsesionado con ella.

—¡Eh, Vincent! ¡Sigues aquí!

Sobresaltado, me giré y vi a Adonis acercándose por la acera.

Frunciendo el ceño, dije:

—Pensé que te habías ido.

Asintió.

—Sí, me di cuenta de que olvidé mi tarjeta de crédito en el bar. ¿Qué haces todavía aquí?

En lugar de responderle, repliqué:

—Necesito un trago. Te acompaño al bar.

Adonis asintió, pero frunció el ceño como si estuviera confundido.

—De acuerdo. ¿Estás bien, tío? Pareces un poco estresado.

—Estoy bien —mentí, dándole una palmada en el hombro y volviendo a la entrada del restaurante.

—Fingiré que te creo —murmuró.

Ignoré eso, y nos dirigimos al interior y hacia el bar. Antes de que Adonis pudiera pedir su tarjeta, pedí dos whiskys para nosotros.

—Tómate una copa conmigo antes de irte —le dije, entregándole uno de los vasos cuando el camarero los dejó frente a mí.

Lo tomó con una sonrisa torcida.

—Vale... ¿me vas a decir por qué estamos bebiendo?

Me encogí de hombros.

—Simplemente me apetece tomar una copa, eso es todo. ¿Necesito una razón?

Adonis se rió y dio un sorbo a su whisky.

—Supongo que no, pero tengo la sensación de que algo te molesta. Has estado especialmente dramático esta noche.

Puse los ojos en blanco.

—He estado bien. Todo está bien. No pasa nada.

Adonis resopló.

—Claro. Suena como si todo estuviera bien.

—Cállate y bebe —refunfuñé.

Y lo hicimos. Al menos, yo lo hice. Adonis no intentó seguirme el ritmo, pero no necesitaba que lo hiciera. Solo necesitaba que estuviera allí conmigo y se asegurara de que no hiciera algo estúpido porque tenía la intención de emborracharme.

Más de una hora después, llevaba seis whiskys encima y los sentía. Había esperado que emborracharme adormeciera mi anhelo por Amanda, pero lamento decir que ese no fue el caso. Si acaso, solo me volví más desesperado por ella cuanto más borracho me ponía.

—Vale, déjate de tonterías —dijo Adonis con un suspiro exasperado, sacándome de mis pensamientos difusos—. ¿Qué te pasa? Has estado actuando de forma extraña desde que Amanda empezó a trabajar en la empresa.

Parpadeé y lo miré.

—No sé de qué hablas.

Arqueó una ceja.

—¿No? Vamos, Vince. Nunca te había visto tan centrado en una sola mujer. ¿Qué tiene ella?

—No lo sé —me encogí de hombros, más dispuesto a compartir debido al alcohol. Me sentía mal por mí mismo y quería un oído comprensivo—. No sé qué me pasa. He perdido mi toque.

—¿Qué quieres decir? —Pude oír que estaba tratando de no reírse.

Levanté una mano al aire con frustración.

—He intentado de todo con ella. He intentado tener conversaciones educadas, llevarle café... ¡Incluso le compré el almuerzo! Pero cada vez que intento llamar su atención o ser amable con ella, me ignora.

Adonis se acercó y me dio una palmada en la espalda.

—Por fin has conocido a una mujer que no cae rendida ante tus encantos, y te está volviendo loco. No te preocupes, tío. Seguro que hay muchas otras mujeres que aún te encontrarán irresistible.

Fruncí el ceño y sacudí la cabeza como un niño petulante.

—Pero yo quiero a Amanda, no a esas otras mujeres.

—Dios mío, tío —respondió Adonis, sonando genuinamente asombrado—. Realmente te tiene hecho un lío, ¿eh?

Asentí.

—Sí, se podría decir eso.

Suspirando, Adonis tomó otro trago antes de decir:

—Mira, sé que Amanda es genial. Créeme, lo sé. Es súper inteligente, divertida y ambiciosa. No es exactamente el tipo de chica que sueles buscar.

—¿Qué se supone que significa eso? —gruñí, mirándolo con furia.

Sonrió con suficiencia.

—Sin ofender, Vince, pero no es que vayas precisamente detrás de las que sacan matrícula de honor, ¿vale? No quieres una relación, y eso está totalmente bien. No te juzgo. Amanda, en cambio, es una mujer de relaciones. Nunca funcionaría entre vosotros dos de todos modos, así que no deberías obsesionarte tanto con ella.

Me recosté en mi silla y me froté los ojos con las palmas de las manos. Adonis hablaba como si no fuera gran cosa olvidar a una mujer como Amanda. Como si todo lo que tuviera que hacer fuera decidir que ya no la quería, y listo. Pero yo sabía que no era así. Solo había hecho falta una noche para que esa mujer se metiera en mi sistema, y no había podido olvidarla en años. ¿Cómo demonios esperaba Adonis que la superara ahora que había pasado más tiempo con ella?

Era difícil pensar con claridad. El whisky me estaba afectando la cabeza. Todo lo que sabía en ese momento era que no podía dejar de pensar en Amanda, y en realidad, no quería hacerlo.

—No lo entiendes —murmuré, apurando el resto de mi última copa.

Adonis permaneció en silencio durante varios momentos. Lo miré de reojo y me sorprendió el cambio en su expresión. Casi parecía sentir lástima por mí. No me gustó eso. No quería que me compadeciera.

—Mira, Vince —suspiró—. Tengo que decir que me alegra que te hayas interesado por alguien como Amanda. Me da esperanzas de que no siempre serás un mujeriego, pero si ella no te ha mostrado ningún interés a cambio, no deberías seguir persiguiéndola.

—¿Por qué no le gusto? —pregunté—. Tú la conoces, Adonis. ¿Qué es lo que no le gusta de mí?

Pareció momentáneamente desconcertado por mi pregunta, pero sacudió la cabeza y respondió:

—Vince, no lo sé. Amanda es una persona reservada. No sé mucho sobre su pasado, ni sobre su vida amorosa, ni nada de eso. No puedo darte ninguna idea de por qué no le gustas.

Solté un largo suspiro y negué con la cabeza.

—No eres de ninguna ayuda, ¿lo sabías?

Sonriendo, Adonis respondió:

—Lo siento, tío. De verdad. Mira, solo necesitas salir y encontrar a otra mujer para quitarte a Amanda de la cabeza. Encuentra a alguien más decidida como ella, que mantenga tu interés por más de una noche. Te hará bien. Confía en mí.

No respondí y tomé otro trago. Sabía que Adonis solo intentaba ayudarme, pero no quería escucharlo porque no quería ni siquiera considerar la idea de conocer a otra mujer. Nadie más estaría a la altura de Amanda, estaba seguro.

Cuando pedí otro whisky, Adonis soltó un silbido entre dientes.

—Muy bien, amigo, creo que ese es el último. Deberíamos llevarte a casa.

Solté un bufido de exasperación. —No soy un niño. No necesito una niñera.

—¿No es por eso que estoy aquí? —replicó en un tono descarado—. Ambos sabemos que necesitas a alguien que te impida entrar en modo autodestructivo cuando estás así.

Encogiéndome de hombros, dije: —¿A quién le importa? No es como si tuviera a alguien a quien impresionar.

—Bueno, tienes una carrera y una imagen pública que deberías querer mantener —comentó Adonis con sarcasmo—. Pero sí, claro... eso no significa nada en absoluto.

Molesto, me bebí el resto de mi whisky de un trago. Me quemó la garganta y me hizo toser, pero no me importó. Dejando el vaso en la barra, me moví para bajar del taburete, tropezando cuando mis pies tocaron el suelo.

—Muy bien, tranquilo, amigo —declaró Adonis, poniéndose de pie de un salto y agarrándome del brazo—. Déjame ayudarte.

Pagó rápidamente nuestra cuenta y luego le permití que pasara mi brazo sobre su hombro y se girara para sacarme por la puerta del restaurante.

—Te llevaré a casa —me dijo mientras avanzábamos por la acera.

—No lo necesito —respondí sacudiendo la cabeza, lo que me mareó—. Mi coche está aquí.

Adonis soltó una carcajada. —Sí, claro. De ninguna manera te dejaré conducir a casa. Puedes enviar a alguien a buscarlo por la mañana.

—Eres tan molesto —refunfuñé.

—Y tú eres un idiota —replicó—. No te preocupes, sin embargo. Seguiré siendo tu amigo.

—Qué increíblemente generoso de tu parte.

Llegamos a su coche, y Adonis me ayudó a entrar en el asiento del copiloto. Rodeando el coche, se deslizó detrás del volante y encendió el motor. Me apoyé contra la ventana a mi lado, presionando mi frente contra el frío cristal mientras salíamos al tráfico.

—Supongo que mañana estarás demasiado resacoso para llegar al trabajo a tiempo —dijo Adonis—. Pero tal vez no sea mala idea que te tomes un día libre y te aclares la mente. Hemos estado trabajando tanto en esta campaña, y sé que has tenido un montón de otras cosas en tu plato también. No es malo descansar de vez en cuando.

No respondí. Estaba diciendo una cosa, pero yo sabía que quería decir otra. Era un desastre, y todo era por Amanda. Probablemente pensaba que si me mantenía alejado de la oficina por un tiempo, me sería más fácil olvidarla.

Sus intenciones eran buenas, pero yo sabía que estaba equivocado, así que lo dejé seguir hablando mientras cerraba los ojos e intentaba no vomitar en su coche.

Cuando llegamos a mi casa, aparcó frente a la puerta principal de mi edificio, y yo salí tambaleándome hasta la acera.

—¿Estás bien para subir a tu piso tú solo? —preguntó.

—Estoy bien —le dije poniendo los ojos en blanco—. Buenas noches, mamá.

—Hasta luego, jefe —se rió.

Cerré la puerta de su coche con un poco más de fuerza de la necesaria y me volví hacia mi edificio. Caminar en línea recta era más complicado de lo que debería haber sido, pero logré no caerme. El viento estaba frío, golpeando mi cara como si intentara hacerme recuperar la sobriedad. Antes de llegar a la puerta principal, sentí un cosquilleo en la nariz y estornudé tan fuerte que casi caí de rodillas.

CAPÍTULO DOCE

Vincent

La maldita gripe.

Yo nunca me enfermaba, y ahí estaba, sentado en la sala de espera del hospital, sintiéndome al borde de la muerte. Ese pequeño estornudo de la otra noche se había convertido en fiebre, mocos, tos y dolores por todo el cuerpo. Acababa de terminar de ver al médico y estaba esperando mi receta. Lo único que quería era volver a casa y meterme en la cama. No había ido a trabajar en días, y de alguna manera culpaba a Adonis por ello. Él había manifestado esto; estaba seguro.

—Disculpe —dijo de repente una vocecita, sobresaltándome de mis pensamientos mezquinos.

Levanté la vista y encontré a una niña pequeña parada junto a mí. Tenía el pelo y los ojos castaño oscuro y una cara adorable con las mejillas sonrosadas que me resultaba extrañamente familiar. La miré por un segundo, tratando de recordar a quién me recordaba, pero no pude ubicar su rostro.

—¿Sí? —pregunté. Intenté que mi voz sonara amigable, pero estaba ronca y quebrada por estar enfermo—. ¿Qué puedo hacer por ti?

Los ojos de la niña se agrandaron y su labio inferior tembló.

—Yo... necesito ayuda. No sé dónde estoy...

Se le formaron lágrimas en los ojos y comenzaron a deslizarse por sus mejillas. Sentí una oleada de pánico. No se me daban bien los niños, y menos aún los niños llorando.

No estaba seguro de qué hacer, así que le di unas palmaditas torpes en la cabeza y dije:

—Um... ya, ya. No llores. Todo estará bien. ¿Dónde necesitas estar?

—Se supone que debo estar donde están los médicos para niños —explicó—. El... el pediatra.

Me mordí el labio para ocultar mi sonrisa ante su adorable mala pronunciación.

—¿Necesitas ir al departamento de pediatría? —aclaré.

Ella asintió.

—¡Sí! Tenía que ir al baño, y fui sola porque no soy un bebé, pero... pero me perdí.

Ante eso sonreí. No pude evitarlo.

—Muy bien —dije, poniéndome de pie y ofreciéndole mi mano—. Sé dónde está. Te llevaré de vuelta.

Ella parpadeó mirándome y luego me regaló una amplia sonrisa con todos los dientes.

—¡Gracias! —exclamó, agarrando mi mano.

La guíé lejos de la sala de espera en dirección al departamento de pediatría y no pude evitar seguir preguntándome por qué esta niña me resultaba tan condenadamente familiar.

—¿Cómo te llamas? —pregunté.

Ella me sonrió.

—¡Eve! ¿Y tú?

—Vincent —respondí—. ¿Cuántos años tienes, Eve?

—Tengo seis —declaró con orgullo—. Estoy en el jardín de infantes, que es la escuela de verdad y no el preescolar. El preescolar es para bebés, pero el jardín es para niños grandes. Aunque mi mamá a veces todavía me trata como a un bebé.

—¿Ah, sí? —Esta niña era bastante graciosa.

Asintió.

—Sí, me molesta. Cuando me enoja mucho con ella, la llamo Amanda y no mamá porque sé que eso la molesta.

Fruncí el ceño.

—¿Tu madre se llama Amanda?

—¿No es eso lo que dije? —preguntó con una buena dosis de descaro.

—Sí, sí, lo dijiste, lo siento —respondí apresuradamente. Esa sí que era una coincidencia.

Era solo una coincidencia, ¿verdad?

Su Amanda no podía ser mi Amanda. Ese era un nombre bastante común. Tenía que haber montones de mujeres que lo compartían.

Aun así, era muy extraño. ¿El universo estaba tan empeñado en atormentarme con lo que obviamente no podía tener?

—¿Cómo es tu mamá? —No pude evitarlo. Había una parte de mí que no podía evitar preguntarse si tal vez no era una coincidencia después de todo. ¿Y si esta niña era de alguna manera hija de Amanda? ¿Era eso posible?

Bueno, sí, por supuesto que lo era. No nos habíamos visto en siete años. Ella había tenido toda una vida sin mí, por irritante que me resultara esa idea.

—Mamá es la mejor —exclamó Eve—. Es bonita e inteligente y me deja comer Skittles y Starbursts si me porto bien.

Una respuesta adorable, pero que no ayudaba en absoluto a determinar si era la hija de mi Amanda.

—¿Y qué hay de tu papá? —Eso podría ayudar a aclarar las cosas. Estaba bastante seguro de que Amanda no estaba casada. Tal vez había un novio en escena, pero incluso lo dudaba.

Eve pareció pensativa por un momento antes de encogerse de hombros y decir:

—No lo conozco. Mamá siempre dice que es su príncipe de cuento de hadas.

—¿Su príncipe de cuento de hadas? ¿Qué significa eso?

Ella arrugó su linda carita mientras elegía cuidadosamente sus palabras.

—Dice que era más un sueño que una persona real. Una... ¿fantasía? creo. Sí, eso es lo que dice. Pasó una noche mágica con él, y eso fue suficiente para tenerme a mí.

Vaya. Eso no aclara nada, ¿verdad?

Amanda no es del tipo que tiene muchas aventuras de una noche.

Excepto conmigo.

Espera... ¿conmigo?

¿Yo?

Parpadeé, y mi corazón comenzó a acelerarse mientras mi mente empezaba a conectar algunos puntos imposibles. No era posible. Estaba sacando conclusiones apresuradas, eso era todo.

Pero maldita sea, ¿y si no lo estaba? ¿Y si Amanda se había ido de mi cama aquella noche con un pequeño recuerdo de la fiesta?

—¡Eve! ¡Ahí estás!

Eve se detuvo y miró a una hermosa pelirroja que se apresuraba hacia nosotros. La niña soltó mi mano y corrió hacia la mujer, quien se arrodilló y la envolvió en un fuerte abrazo.

—¡Dios mío, estaba tan preocupada! —declaró la mujer—. ¡No puedes salir corriendo así, cariño! ¿Qué hubiera pasado si no te hubiera encontrado?

—Lo siento —respondió Eve, con el labio inferior temblando de nuevo—. Tenía que ir al baño.

Suspirando, la mujer la soltó y se puso de pie, tomando la mano de Eve.

—Deberías haberme esperado. No es seguro que andes sola por ahí.

Como si acabara de notar mi presencia, la mujer levantó la vista y me miró a los ojos con el ceño fruncido.

—¿Quién es usted? —exigió saber.

—Eh, lo siento... —balbuceé, dándome cuenta de lo extraña que podría parecer la situación—. Estaba en la sala de espera cuando Eve se me acercó y me pidió ayuda para encontrar el camino de vuelta aquí.

La mujer me miró de arriba abajo con ojo suspicaz.

—¿Ah, sí? —dijo ella—. ¿Y solo estabas siendo un buen samaritano entonces?

Asentí con la cabeza.

—Sí, eso es todo. Lo juro.

—¡Él me ayudó a encontrarte! —exclamó Eve, saltando en su defensa—. Sé que siempre me dices que no hable con extraños, pero él no parecía un extraño, así que pensé que podría ayudarme.

Eso era extraño. No necesariamente la explicación de Eve, sino el hecho de que el niño tampoco me pareciera un extraño a mí.

La mujer miró a Eve y a mí durante varios momentos antes de asentir lentamente.

—Está bien —dijo, mirándome de nuevo—. Gracias por ayudar a Eve. Fue muy amable de tu parte.

Me aclaré la garganta, sintiéndome tan incómodo en ese momento que me daban náuseas.

—No hay problema —le aseguré, dando un paso atrás—. Que tengan un buen día. Fue un placer conocerte, Eve.

—¡Un placer conocerte! —respondió la niña con un saludo.

Le devolví el saludo y me di la vuelta para apresurarme de regreso a la sala de espera. Sentía como si acabara de esquivar una bala. Un par de ellas, en realidad.

La madre de Eve definitivamente no era mi Amanda, lo cual era un alivio. Mi mente simplemente había saltado inmediatamente a los peores escenarios, lo cual no era tan inusual en mí.

Todo había sido un malentendido. Aun así, Eve era una niña adorable y bastante graciosa. Si alguna vez tuviera un hijo, creo que no me importaría si terminara siendo un poco como ella.

CAPÍTULO TRECE

Amanda

Estaba resultando ser un día bastante tranquilo, lo cual era un alivio. Vincent seguía enfermo y no había interrumpido mi flujo de trabajo en varios días. Era un alivio. De verdad lo era. No echaba de menos sus ridículas payasadas en absoluto.

Soltando un suspiro, intenté concentrarme en mi trabajo y sacar a Vincent de mi mente. ¡No debería estar pensando en él en absoluto!

De repente, sonó mi móvil y lo cogí, agradecida por la distracción. Vi que era Camille y me tensé al instante, pensando que algo podría ir mal con Eve.

Al contestar el teléfono, dije:

—¡Hola! ¿Qué pasa? ¿Está todo bien?

—Eve está bien —respondió Camille, sabiendo exactamente lo que pensaba—. No te preocupes. Solo quería avisarte de algo que pasó hoy.

Frunciendo el ceño, respondí:

—De acuerdo... ¿qué es?

—Pues, cuando estaba en el hospital con Eve para su cita, nos... eh... encontramos con alguien.

Me estaba poniendo cada vez más suspicaz.

—¿Quién era, Camille?

La oí tomar aire antes de responder:

—Vincent.

Mi corazón pareció detenerse y todo mi cuerpo se enfrió.

—¿V... Vincent? ¿Eve conoció a Vincent?

—Sí —confirmó Camille—. Al principio no sabía quién era, pero luego lo reconocí por la foto de esa revista que me enseñaste. Ya sabes, la de negocios con el artículo sobre tu campaña.

Logré decir con dificultad:

—S...sí, lo recuerdo.

Esto era una pesadilla. Una pesadilla total y viviente.

Tragando saliva, pregunté:

—No... no le dijiste quién era Eve, ¿verdad?

—Claro que no —me aseguró—. Y no creo que lo haya descubierto, así que no tienes que preocuparte por eso.

Más fácil decirlo que hacerlo. ¿Y si Eve hubiera dejado escapar algo que pudiera ayudar a Vincent a atar cabos? El pensamiento me aterrorizaba.

—Maldita sea —siseé—. Esto podría ser un desastre, Camille. ¿Y si lo descubre? ¡Quiero decir, Eve se parece mucho a él!

—Bueno... ¿sería realmente algo malo?

Mi mandíbula cayó.

—Um, lo siento, debo haber oído mal. ¿Sugeriste que no sería malo si Vincent descubriera que tiene una hija de seis años que nunca supo que existía? Porque eso sería una locura, ¿lo sabes, verdad?

—¿Por qué sería tan loco? —preguntó—. No es como si hubieras mantenido a Eve en secreto intencionalmente. No sabías quién era él ni cómo contactarlo. ¡Nunca pensaste que lo volverías a ver!

No era un mal punto. Gran parte de mi vacilación provenía de la culpa por no haberle dicho. Camille tenía razón, sin embargo. No era como si hubiera mantenido a Eve alejada de él intencionalmente.

Aun así, era un pensamiento aterrador, decírselo. ¿Y si reaccionaba... mal?

—No lo sé, Camille —murmuré—. ¿Y si intenta quitármela?

—Eve, incluso si lo intenta, eres una excelente madre —respondió—. Nadie va a quitarte a Eve. Además, una niña necesita a su padre. ¿No crees que deberías al menos darle una oportunidad a Vincent con Eve?

Rayos, cuando lo ponía así, tal vez solo había sido egoísta. Dejando que mi miedo me dominara. No era justo para Eve, me di cuenta. Camille tenía razón. Merecía saber quién era su padre.

—Yo... necesito pensarlo —le dije—. Pero creo que tienes razón.

—Bueno, me alegra oír eso, al menos —dijo Camille—. Tómate tu tiempo. No quiero empujarte a hacer algo que no quieras, pero quiero que lo consideres.

—Lo haré —le prometí—. Lo haré... es solo que es complicado.

—Lo sé —suspiró—. Y te apoyaré en lo que decidas, ¿de acuerdo?

Sonreí.

—De acuerdo. Te haré saber lo que decida.

Nos despedimos y colgué el teléfono. Me recosté en mi silla y consideré todo lo que Camille había dicho. Esto era algo que necesitaba hacer por Eve. Tenía que superar mi miedo egoísta y ser honesta con Vincent, al menos sobre su hija.

Había otras cosas que él no necesitaba saber.

Como que no había podido sacarlo de mi mente durante los últimos siete años.

Como que cada relación que había intentado terminaba porque a la mayoría de los hombres no les gustaba estar con una madre soltera.

Siempre había sido franca sobre Eve. Nunca la había ocultado de ningún hombre que no fuera Vincent, irónico, dado que él era su padre. Mis relaciones siempre empezaban bien. Los chicos me convencían de que no les importaba que tuviera una hija... les encantaban los niños... les encantaría conocerla si me sentía lo suficientemente cómoda.

Pero entonces la realidad de mi vida se imponía. Tenía que cancelar citas si no podía encontrar

una niñera o irme de repente si algo iba mal con Eve. A los chicos nunca les gustaba eso. Eventualmente, se frustraban, se aburrían o se ponían celosos, y la relación llegaba a un final abrupto.

Y lo mismo pasaba cada vez. No pensaba en el chico que acababa de dejarme. No anhelaba que volviera.

Pensaba en Vincent. Pensaba en nuestra noche juntos y lo echaba de menos. Me preguntaba dónde estaba y qué estaba haciendo. Me preguntaba si pensaba en mí o si alguna vez pensaba en mí.

A veces, fantaseaba con encontrarlo de nuevo, y en mis fantasías, él habría pasado los últimos siete años añorándome tanto como yo lo había estado añorando a él. Nos reuniríamos y sería como si nunca nos hubiéramos separado. No se enojaría por no saber que Eve existía y solo estaría emocionado por conocerla.

Yo sería importante en su vida. Su amor perdido. La mujer con la que había soñado.

Pero eso estaba lejos de ser el caso.

Yo no era más que una transeúnte en su vida. Probablemente nunca había pensado en mí después de nuestra noche juntos. Ahora, yo era solo una curiosidad para él. Eventualmente se aburriría de mí y me olvidaría de nuevo.

Después de todo, estaba con alguien más. ¿Por qué me tomaría en serio?

Si iba a hacer que esto funcionara para Eve, tendría que enterrar mis sentimientos por Vincent en lo profundo de mi corazón y hacer lo mejor para olvidarlos. Al final, esto no se trataba de mí. Se trataba de Eve.

Me pellizqué el puente de la nariz mientras un dolor de cabeza comenzaba a latir entre mis ojos. Realmente no había elección, ¿verdad? Tenía que contarle a Vincent sobre Eve. Tenía que darle la oportunidad de conocerla y formar una relación con ella si quería. Tal vez no querría, pero esa era su decisión. Al menos tenía que darle la opción de elegir.

CAPÍTULO CATORCE

Vincent

—Fue algo extraño, Adonis. La niña se parecía a mí. No me di cuenta del todo en ese momento, pero cuanto más lo pienso, más me doy cuenta de que por eso me resultaba tan familiar.

Adonis se rio por teléfono y yo puse los ojos en blanco. Parecía estar disfrutando esto mucho más de lo necesario.

Era mucho más tarde en el día. Había vuelto a casa del hospital con mi receta y me sentía un poco mejor. Le había llamado a Adonis para hablar de algunas cosas del trabajo, pero rápidamente comencé a contarle sobre mi encuentro con la pequeña Eve. Por alguna razón, no podía sacarme a la niña de la cabeza. Había algo en ella, y me di cuenta de que no era solo que se pareciera tanto a mí.

—Tal vez sea tuya —bromeó Adonis—. No me sorprendería descubrir que tienes uno o dos hijos por ahí en el mundo.

—No tiene gracia —gruñí, irritado—. No reconocí a la madre, así que estoy bastante seguro de que no era mía. Aun así, era bastante entretenida, para ser una niña. Supongo que me dejó una impresión.

—Supongo que sí —casi podía escuchar a Adonis sonriendo a través del teléfono—. Me pasó algo bastante interesante hoy. Tiene que ver con tu amor platónico de la oficina.

—Ja, ja —espeté, aunque mi corazón dio un salto con la mera mención de Amanda—. ¿Qué pasó?

—Me pidió tu número.

Mi mandíbula cayó y momentáneamente perdí la capacidad de hablar.

—¿Lo... lo hizo? —finalmente logré balbucear—. ¿Por qué? ¿Qué dijo?

—No lo sé —admitió Adonis—. No me dio detalles. Solo dijo que necesitaba hablar contigo.

Mi mente comenzó a correr con todas las posibles cosas de las que podría querer hablar conmigo. Sin embargo, nada me llamaba la atención. No había nada que pudiera pensar que tuviera sentido. ¿Querría hablar conmigo sobre molestarla en el trabajo? ¿Qué más podría ser?

Dudo que quisiera invitarme a salir.

—Creo que te llamaré esta noche —continuó Adonis, sacándome de mis pensamientos en espiral—. Sea lo que sea que quiera discutir, creo que es algo serio.

—¿En serio? —pregunté frunciendo el ceño.

—Sí —respondió, con un tono pensativo—. Parecía algo urgente cuando hablaba conmigo.

Eso solo me hizo sentir más curioso. ¿Qué demonios podría tener Amanda en mente?

—Bueno, gracias por avisarme —dije.

—No hay problema. Debería dejarte ir para que estés libre cuando te llame.

No lo dije en voz alta, pero estaba ansioso por que nuestra conversación terminara por esa misma razón. Si Amanda intentaba llamar y recibía la señal de ocupado, podría cambiar de opinión sobre hablar conmigo.

Adonis y yo nos despedimos, y colgué. Dejé el teléfono en el sofá a mi lado e intenté no concentrarme demasiado en él.

Cuando eso no funcionó, lo miré fijamente, deseando que sonara.

Gracias a Dios, Amanda no me hizo esperar mucho.

Cuando finalmente sonó mi teléfono, me lancé sobre él. Me tomé un momento para recomponerme antes de contestar.

—¿Hola? —saludé.

—Hola Vincent, soy Amanda —respondió—. Conseguí tu número de Adonis. Espero que esté bien.

—Claro —le dije—. ¿En qué puedo ayudarte?

Ella guardó silencio por un momento y empecé a preocuparme de que hubiera colgado cuando finalmente dijo:

—¿Podrías reunirte conmigo en persona? Esta no es realmente una conversación que quiera tener por teléfono.

Eso me hizo dudar. Ahora no tenía idea de qué quería hablar.

—¿Está todo bien? —pregunté.

—Sí —intentó asegurarme, aunque no sonaba del todo confiada—. Es solo que... es demasiado importante como para no decírtelo en persona.

Ahora estaba empezando a asustarme un poco.

—De acuerdo —murmuré—. ¿Dónde quieres que nos encontremos?

—Hay una cafetería calle abajo de la oficina. ¿La conoces?

—Sí —respondí—. Está abierta hasta tarde. ¿Quieres que nos encontremos ahora?

—Si está bien para ti.

No había forma de que me quedara con esta intriga hasta la mañana.

—Sí, definitivamente —dije—. Te veré allí en veinte minutos.

Exactamente veinte minutos después, entré por la puerta de la cafetería y miré alrededor.

Amanda estaba sentada en la esquina más alejada, y cuando me vio, me saludó tímidamente con la mano.

Me acerqué y me senté frente a ella. Había dos tazas de café sobre la mesa, y ella empujó una hacia mí.

—Café oscuro, dos de azúcar —dijo—. Lo recuerdo de cuando pedías café durante el proyecto.

—Gracias —dije, tomando la taza y dando un sorbo. Dejando la taza de nuevo, encontré su mirada y pregunté—: Entonces... ¿de qué querías hablar?

Parecía nerviosa. Estaba jugando con su pulgar y le costaba mantener mi mirada.

Fruncí el ceño.

—Amanda, me estás poniendo nervioso.

Soltando un largo suspiro, finalmente me miró y dijo:

—Está bien, antes de decírtelo, tienes que saber que no pretendía ocultártelo. Es solo que... no tenía forma de contactarte, y no pensé que nos volveríamos a ver...

Extendí la mano por encima de la mesa y la puse sobre la suya.

—Tranquila, estás divagando. Solo di lo que tengas que decir, y resolveremos el resto después.

Ella asintió y mantuvo mi mirada. Dios, parecía aterrorizada.

—Vincent —dijo con voz pequeña—. Después... después de que estuvimos juntos... quedé embarazada. Yo... tenemos una hija.

La miré, atónito. Mi cerebro tuvo dificultades para procesar sus palabras.

—¿Una... una hija? —murmuré—. ¿Tengo una hija?

Ella suspiró.

—Sí, la tienes. Se llama Eve y tiene seis años. No espero nada de ti, y quiero que lo sepas. Soy capaz de criarla yo sola, y no tenemos que perturbar tu vida con tu nueva novia. Solo pensé que deberías saberlo y tener la oportunidad de conocerla. No quiero negarle el amor y la atención de su padre, así que si estás dispuesto, te pediría que la visites y la conozcas.

Estaba abrumado por la revelación de que era padre. Tanto que apenas podía concentrarme en todo lo demás que estaba diciendo, pero algunas cosas lograron destacar.

Fruncí el ceño y murmuré:

—¿Nueva novia? ¿De qué estás hablando?

Amanda frunció el ceño, luciendo confundida. —Está... está bien. Tienes una vida, lo entiendo. Os vi juntos en el estacionamiento mi primer día de trabajo. Ella era preciosa. Hacéis una pareja

hermosa.

Fue en ese momento cuando me di cuenta de su malentendido.

Negando con la cabeza, respondí rápidamente: —No, no era lo que parecía. Era mi ex. Le estaba dando un aventón, y ella pensó que podía aprovechar la oportunidad para intentar convencerme de volver con ella. La rechacé. Yo... no estoy saliendo con nadie ahora mismo.

—¿En serio? —susurró, con los ojos abiertos de sorpresa. ¿Había una nota de esperanza en su tono? Sacudiendo la cabeza, continuó—: Bueno, de todos modos... no pretendo trastocar tu vida con esto. Solo quería que supieras sobre nuestra hija. Depende de ti cómo quieras proceder a partir de ahora.

La miré durante largos momentos, dándome tiempo para absorber todo lo que pudiera. Reconocí que me estaba dando una salida. Si no quería asumir esta responsabilidad, no tenía que hacerlo.

¿Debería considerar aceptar su oferta? Ser padre no era algo que hubiera planeado, especialmente no ahora. Sin embargo, mientras estaba allí sentado mirando a Amanda, supe que no podía simplemente alejarme de ella. Cuando pensaba en criar a una niña con ella... no parecía que fuera a ser una carga.

Extendí la mano a través de la mesa y tomé la suya una vez más, apretándola.

Dándole una pequeña sonrisa, dije: —No quiero alejarme de esto. Quiero estar involucrado en la vida de mi hija. Quiero estar completamente comprometido.

Ella parpadeó, obviamente atónita. —¿Completamente... comprometido? ¿Qué significa eso?

Me reí suavemente. —Significa que no quiero solo visitarla ocasionalmente. Quiero criarla contigo si me lo permites. Quiero ser un verdadero padre para ella.

Mientras me miraba, se le formaron lágrimas en los ojos. Soltó una risa y negó con la cabeza.

—Eso es... eso es increíble —respondió—. Honestamente, me encantaría eso.

Nos miramos fijamente durante largos momentos mientras la realidad de lo que estaba sucediendo se asentaba por completo. Siempre había querido encontrar a Amanda y tenerla de vuelta en mi vida, pero no esperaba esto.

No esperaba convertirme en padre.

Y no tenía idea de en qué me estaba metiendo.

CAPÍTULO QUINCE

Amanda

Al día siguiente, Vincent había vuelto al trabajo, y las cosas estaban... raras. No vino a mi cubículo durante toda la mañana ni en ningún momento de la tarde temprana, lo cual estaba bien, pero el simple hecho de saber que estaba cerca me tenía nerviosa. Después de que dejamos la cafetería la noche anterior, me fui a casa y encontré a Camille esperándome con una copa de vino. Ya había acostado a Eve, así que éramos libres de hablar solo nosotras dos.

—¿Y bien? —me preguntó—. ¿Cómo fue?

Asentí y tomé un sorbo de vino.

—Bien, en realidad... mejor de lo que había anticipado. Quiere ser parte de su vida.

Camille sonrió y respondió:

—¡Eso es genial! ¿Entonces quiere ser un padre para Eve? ¿Quiere compartir la crianza?

—Sí —dije—. Le di la oportunidad de echarse atrás y no quiso tomarla. Yo... no sé qué esperaba de él, pero no era esto.

Riendo, Camille se acercó y tomó mi mano.

—Esto es algo bueno, Amanda. Sé que quieres ser cautelosa y proteger a Eve y a ti misma, pero él está dispuesto a dar un paso al frente. Piensa en lo bueno que será esto para Eve.

Sabía que ella tenía razón, y después de hablar con ella durante otra hora, me fui a la cama sintiéndome un poco más tranquila con este nuevo desarrollo. Aun así, era un poco incómodo porque... ¿y ahora qué? No teníamos un plan para darle la noticia a Eve. No dudaba que sucedería, pero no me gustaba no saber exactamente cómo íbamos a proceder.

Unos pasos que se acercaban por detrás me sacaron de mis pensamientos, y me giré para encontrar a Vincent caminando hacia mí. Mi corazón empezó a acelerarse y mis mejillas se sonrojaron, pero traté de mantener una actitud tranquila y serena mientras se acercaba.

—Hola —dijo cuando llegó hasta mí—. ¿Cómo va todo?

—Bien —respondí, sobresaltándome cuando mi voz chilló—. Um, ¿cómo estás tú?

—Bien —asintió. Parecía un poco ansioso, lo cual fue casi un alivio. Al menos no era la única nerviosa—. Yo, eh, quería hablar un poco más contigo, si te parece bien.

Abrí la boca para responder, pero en ese momento sonó mi celular. Sobresaltada, me apresuré a tomarlo y reconocí el número de la escuela de Eve.

—¿Hola? —dije al contestar la llamada.

—¡Hola! ¿Es la mamá de Eve? —respondió una voz amable.

—Sí, soy yo.

—Solo quería recordarle que hoy la escuela terminó temprano. ¿Puede venir a buscarla?

¡Mierda! Había estado tan distraída con todo lo de Vincent que había olvidado por completo que necesitaba recoger a Eve temprano ese día.

—Ay, Dios mío, lo siento mucho —dije rápidamente—. Iré enseguida.

—No hay problema, señora. Pasa mucho. ¡Nos vemos pronto!

Colgué el teléfono y rápidamente comencé a guardar mis cosas.

—¿Qué pasa? —preguntó Vincent con el ceño fruncido.

—Oh, olvidé que tenía que recoger a Eve temprano hoy —refunfuñé, colgándome el bolso al hombro mientras me ponía de pie—. Tengo que irme. ¿Puedes avisarle a Adonis? No le importará, pero...

—¿Podría ir contigo? —dijo Vincent en voz baja.

Me quedé paralizada y lo miré parpadeando, completamente tomada por sorpresa ante la petición.

—¿Estás... estás seguro? —balbuceé, con la mente acelerada. No había tenido tiempo de preparar a Eve para conocerlo. ¿Era realmente una buena idea presentárselo así de repente?

Vincent mantuvo mi mirada, con una súplica silenciosa en sus ojos. Quería esto mucho. Quería conocer a su hija.

¿Quién era yo para negárselo cuando le había prometido que lo haría?

Tragando saliva, asentí lentamente.

—De acuerdo. Puedes venir.

Su rostro se iluminó con una sonrisa.

—Gracias, Amanda. Le enviaré un mensaje a Adonis, no te preocupes. Vamos.

Nos dirigimos juntos al estacionamiento, y Vincent se subió al asiento del copiloto de mi coche, que ya de por sí no era grande, pero él lo hacía parecer aún más pequeño. Condujimos hasta la escuela de Eve, sin decir mucho. Creo que ambos estábamos demasiado nerviosos para hablar.

Aparqué junto a la entrada principal de la escuela y nos apresuramos a entrar. Al llegar a la oficina de administración, vi a Eve a través de las ventanas que rodeaban la puerta. Estaba sentada en una silla, balanceando sus pies, como si no tuviera ninguna preocupación en el mundo. Abrí la puerta y entré rápidamente, con Vincent pisándome los talones.

—¡Eve! —exclamé—. ¡Lo siento mucho, cariño! No quería hacerte esperar.

Mi pequeña me miró y sonrió radiante.

—Está bien, mamá. Sabía que vendrías. Le dije a la señorita Billings que a veces llegas tarde a los sitios.

Me reí y negué con la cabeza.

—Muy bien, vamos a casa. Ven.

Me volví hacia el escritorio de la recepcionista para firmar la salida de Eve, pero me detuve cuando vi la cara de Vincent. Parecía sorprendido.

—¿Estás bien? —pregunté frunciendo el ceño.

Parpadeando, miró a Eve y luego a mí antes de decir:

—Yo... eh... ya había conocido a Eve antes.

Sonreí.

—En el hospital. Lo sé. Mi amiga Camille me dijo que se habían encontrado contigo.

—¡Vincent! —chilló Eve con emoción y sorpresa. Corrió hacia él y lo abrazó fuertemente—. ¿Por qué estás aquí? ¿Ya te sientes mejor?

—Sí —respondió Vincent, sus labios curvándose lentamente en una sonrisa brillante—. Me siento mucho mejor. Es bueno verte de nuevo, Eve.

Una vez que firmé la salida de Eve, me di la vuelta y les sonreí a ella y a Vincent.

—Vámonos.

Caminamos hacia el coche, Eve charlando emocionada todo el camino. Se aferraba a la mano de Vincent como si lo hubiera conocido toda su vida. ¿Podría sentir, en el fondo, que él era su padre? ¿Que tenían una conexión?

Esperé hasta que estuvimos todos en el coche antes de volverme hacia Eve, que estaba en el asiento trasero, y decir:

—Eve, cariño, tengo algo importante que decirte. Pero antes de hacerlo, quiero que sepas que está completamente bien si te sientes molesta, confundida o triste.

Frunciendo el ceño, Eve respondió:

—¿Qué es, mamá?

Miré a Vincent, que observaba nuestro intercambio en tenso silencio.

Volviéndome hacia Eve, respondí:

—Quiero explicarte por qué Vincent está aquí. Cariño... Vincent es tu papá.

Los ojos de Eve se abrieron de par en par y se le cayó la mandíbula.

—¿Mi papi? ¿De verdad? ¿No es un cuento de hadas?

Mis mejillas se pusieron rojas y me tragué un gemido de vergüenza.

—No, cariño, no es un cuento de hadas —continué—. Es muy real y quiere pasar tiempo contigo y conocerte. ¿Te parece bien?

—¡Sí! —exclamó sin dudarlo—. ¡Quiero pasar tiempo con mi papi! ¡Sí, sí, sí!

Las lágrimas se agolparon en mis ojos ante su alegría sin filtros, y me reí.

—Me alegro de que te guste la idea. Vincent también está emocionado por conocerte.

Me aparté de ella antes de empezar a sollozar de alivio y felicidad y encendí el coche. Mientras nos llevaba a casa, Vincent y Eve charlaban animadamente. Vincent le hacía todo tipo de preguntas a Eve, como cuál era su color favorito, qué películas le gustaban y si disfrutaba de la escuela. Eve estaba más que feliz de compartir con él, y me calentaba el corazón ver lo bien que se llevaban. Hice algún que otro comentario, pero en su mayor parte, les dejé tener el momento para ellos solos.

Les di el espacio para empezar a crear un vínculo.

Cuando llegamos a la casa en la que vivíamos, aparqué en la entrada y todos nos bajamos.

—Ve dentro y guarda tus cosas del colegio —le dije a Eve—. Quiero hablar un poco con Vincent.

Pareció dudar en irse, mirando a Vincent con los ojos muy abiertos.

—No te irás, ¿verdad?

Él se puso de rodillas para estar a su altura y dijo:

—No me iré. Lo prometo. Ahora estás atrapada conmigo, pequeña.

Ella pareció aliviada y le echó los brazos al cuello para darle un fuerte abrazo. Cuando lo soltó, sonreía de nuevo y se volvió para correr hacia la casa. La vi marcharse con una sonrisa y me reí.

—Ha ido mejor de lo que esperaba —confesé, mirando a Vincent—. Ya te adora.

Él miraba la casa con el ceño fruncido, pensativo.

—Este sitio es un poco pequeño, ¿no? —dijo al fin.

Me encogí de hombros.

—Sí, pero solo somos nosotras dos, así que está bien. Es nuestro propio espacio, que es lo que importa. Espero poder conseguirnos un lugar más grande en el futuro, pero este nos va bien por ahora.

Volvió su mirada hacia mí y respondió:

—¿Por qué no os mudáis las dos a mi villa?

Me quedé boquiabierta, atónita y sin palabras durante unos instantes.

Finalmente, logré balbucear:

—Eso... eso no es necesario. Agradezco la oferta...

—Mira, Amanda, sé que estás haciendo todo lo que puedes por Eve —declaró con voz firme—. Y parece que has hecho un trabajo increíble hasta ahora, pero quiero hacerte las cosas más fáciles, y también quiero proporcionarle a Eve las mejores oportunidades y situación de vida que esté a mi alcance. Podemos acordar un arreglo con el que te sientas cómoda. La villa es grande, así que tendréis espacio y privacidad. Te prometo que no te arrepentirás.

No voy a mentir; era increíblemente tentador. Nuestro pequeño alquiler estaba bastante bien, pero distaba mucho de ser perfecto, y sabía que mudarnos con Vincent le daría a Eve un hogar con el que yo nunca podría ni soñar darle. Sin embargo, me preocupaba lo que pudiera pasar entre Vincent y yo. Aún no había aclarado todo eso en mi cabeza, ¿y qué pasaría si las cosas no funcionaban? ¿Y si cambiaba de opinión y decidía que al final no quería ser padre?

Eve quedaría destrozada.

—No creo que sea buena idea ahora mismo —dije al fin—. Tú y Eve acabáis de conoceros. Creo que deberíamos tomárnoslo con calma...

Para mi sorpresa, Vincent me agarró las manos y las sostuvo mientras me miraba profundamente a los ojos.

—Entiendo tu vacilación —me aseguró Vincent—. Pero te prometo que solo quiero mejorar las

cosas para ti y para Eve. Por favor, Amanda, déjame hacer esto por vosotras. Si quieres, podemos redactar algún tipo de acuerdo legal para protegeros a ti y a Eve. Solo para que te quedes tranquila.

El hecho de que estuviera dispuesto a llegar tan lejos... ¿podía realmente decirle que no? ¿A una vida mejor para Eve?

Una parte de mí aún dudaba, pero pensé en lo que era mejor para mi hija, y eso realmente hizo que la decisión fuera bastante fácil.

—De acuerdo —murmuré con un asentimiento.

—¿De acuerdo? —Sus ojos se iluminaron con una esperanza innegable.

Asintiendo, confirmé:

—Eve y yo nos mudaremos. Intentaremos ser una familia... más o menos.

Vincent parecía tan emocionado que me hizo estremecer el corazón. Me abrazó, dándome las gracias profusamente, y le devolví el abrazo, rezando para no estar cometiendo un terrible error.

CAPÍTULO DIECISÉIS

Vincent

Mientras conducía a Amanda y Eve a mi villa unos días después, me pregunté si estaba siendo impulsivo al invitarlas a mudarse tan pronto. No es que no quisiera que se mudaran o que tuviera segundos pensamientos al respecto, pero me preocupaba estar presionándolas demasiado. Eve parecía bastante contenta, pero era más difícil saber qué sentía Amanda. Se mantenía bastante reservada, y sus expresiones eran hábilmente neutrales la mayor parte del tiempo.

No quería presionarla, pero sí quería tenerlas a ambas cerca de mí. Quería estar presente para Eve y proporcionarle todo lo que pudiera y, si era sincero, quería tener a Amanda cerca. Todavía era algo así como una obsesión, pero no quería hacer un movimiento y asustarla. Podría llevarse a Eve y no dejarme ver a ninguna de las dos nunca más.

—¿Estás bien? —preguntó de repente, sobresaltándome de mis pensamientos.

La miré, sentada en el asiento a mi lado, sus labios curvados en una pequeña media sonrisa.

—¿Qué? —respondí—. Sí, no, estoy bien. ¿Por qué lo preguntas?

Ella se rio entre dientes.

—Estás distraído. ¿No estarás teniendo dudas, verdad?

—Para nada —le aseguré apresuradamente—. Solo espero que te guste el lugar, eso es todo.

Me dio una mirada tranquilizadora.

—Estoy segura de que nos encantará. No somos muy exigentes.

Sonreí, pero aún estaba nervioso. Solo faltaban unos minutos más, y ya estábamos entrando en mi largo camino de entrada, pasando por la puerta de seguridad y aparcando frente a la gran casa de dos pisos.

Eve dejó escapar un pequeño jadeo en el asiento trasero.

—¿Esto es un castillo?

Me reí y la miré. Estaba observando la casa por la ventanilla del coche, con los ojos abiertos de asombro.

—No es un castillo —le dije—. Pero tiene un jardín muy bonito y una piscina.

Eve me miró, con la boca abierta.

—¡No puede ser!

—Sí que puede —le aseguré.

Encontré la mirada de Amanda, y ella estaba sonriendo suavemente mientras observaba mi intercambio con Eve.

—¿A qué esperas? —preguntó—. Vamos a entrar. ¿Qué dices, Eve?

—¡Sí! —exclamó la niña.

Todos salimos del coche y entramos. Eve apenas podía contener su emoción cuando vio el interior de la casa. Era espaciosa, con muebles elegantes y modernos y una pared de cristal que daba al gran patio trasero.

—Es tan grande —jadeó Eve. Luego, girándose para mirarme, preguntó—: ¿Dónde está mi habitación?

—Eve, no seas maleducada —la reprendió Amanda suavemente.

—Está bien —dije—. Está emocionada. Ven conmigo, Eve. Creo que esto te va a gustar.

Las conduje escaleras arriba hasta el segundo piso y por el pasillo. Me detuve frente a la última puerta y la abrí con un floreo. Eve echó un vistazo al interior y chilló de alegría.

—¿Esto es realmente para mí? —exclamó.

—Por supuesto que sí —asentí—. Todo es para ti.

Con un chillido, corrió dentro de la habitación. Las paredes estaban pintadas de rosa y blanco, y había una cama contra la pared del fondo con sábanas rosas y blancas y un dosel de encaje

encima. Todo era con volantes, de princesa y suave.

—Has estado ocupado —dijo Amanda con una sonrisa.

—Hice que viniera un equipo a redecorar —admití—. Espero no haberme pasado.

Amanda puso una mano en mi brazo. Se sintió como si chispas de electricidad recorrieran mi piel ante su toque. Apreté la mandíbula e intenté no hacer obvio el efecto que tenía en mí.

—Esto no es todo —le dije, señalando un conjunto de puertas dobles al otro lado de la habitación de Eve. Amanda me mira perpleja y se acerca para abrirlas. Cuando deja escapar un jadeo de asombro, sonrío.

—¿Qué es esto? —suspiró.

Me moví para pararme junto a ella, y contemplamos la suite contigua.

—Esta es tuya —dije.

Claramente atónita, entró en su dormitorio y miró alrededor. El decorador había valido la pena solo por ver su expresión. Todo era suave, ligero y femenino. Una gran cama con dosel dominaba la habitación con un marco de madera de cerezo y ropa de cama floral. Había un área de asientos cerca de una de las grandes ventanas compuesta por sillas acolchadas y una pequeña mesa.

—También hay un vestidor —le dije, señalando una puerta en la esquina más alejada de nosotros—. Y un baño en suite. —Señalé una puerta a nuestra izquierda.

Amanda se volvió hacia mí con una risa encantada.

—¿Me estás tomando el pelo ahora mismo?

—¿Te gusta? —pregunté.

—¡Por supuesto que sí! —declaró—. Vincent, es hermoso, y está justo al lado de Eve. Le has puesto mucho pensamiento a esto. No puedo decirte lo agradecida que estoy.

No pude evitar mi sonrisa tonta ante sus palabras. No fue hasta ese momento que me di cuenta de lo nervioso que había estado, rezando para que les gustaran sus habitaciones y no se arrepintieran

de haber aceptado mudarse conmigo.

—Esto es muy considerado —dijo Amanda. Luego, juntó las manos y exclamó—: ¡Ya sé! Para celebrar nuestra feliz pequeña familia, prepararé la cena esta noche.

Parpadeé, sorprendido.

—No tienes que hacer eso. Podemos pedir algo, o...

Ella negó con la cabeza e insistió:

—No, está decidido. Llévame a tu cocina.

Me reí.

—No tengo mucha elección, ¿verdad?

—Cuanto antes te des cuenta de eso, mejor —bromeó, guiñándome un ojo y haciendo que mi sangre se calentara.

Aclarándome la garganta para darme un momento para recomponerme, asentí:

—Está bien, de acuerdo. Sígueme.

Me di la vuelta y conduje a Amanda fuera de la habitación, pero no antes de ver su sonrisa triunfante.

—¡Dios mío, Amanda. Esto está delicioso!

Levantando la vista de su plato, Amanda me sonrió.

—¡Gracias! Es simple, pero es una de mis especialidades.

¿Espaguetis con salsa casera y albóndigas era simple? Cuando Amanda me contó sus planes para la cena, había estado un poco indeciso, sin tener idea de cuáles eran sus habilidades culinarias. Sin embargo, su cocina no solo era buena. Era casi de nivel profesional.

—¿Cómo aprendiste a cocinar así? —le pregunté.

Encogiéndose de hombros, respondió:

—Trabajé en varios empleos en la universidad en restaurantes y panaderías. Muy buenos. Aprendí algunas cosas.

—Eso parece quedarse corto —me reí antes de dar un mordisco al pan de ajo que también había preparado. Mientras masticaba, me vino una idea repentina—. Oye, hay una competición de cocina próximamente en uno de nuestros hoteles.

Amanda arqueó una ceja y asintió.

—Sí, vi las copias y los bocetos de los anuncios.

—¿Por qué no te presentas?

Sus ojos se agrandaron. —¿Yo? No sé...

—Creo que ganarías —le dije—. Definitivamente tienes las habilidades. Solo necesitas un plato espectacular para presentar a los jueces.

Me miró con una pequeña sonrisa escéptica, pero mantuvo su mirada.

—Hablo en serio, Amanda —insistí—. Creo que tendrías una verdadera oportunidad.

Pareció considerar mis palabras por un momento y luego negó con la cabeza, soltando una risita.

—Está bien —se encogió de hombros—. ¿Por qué no? ¿Qué tengo que perder, realmente?

—Exacto —asentí—. Puedes practicar con nosotros, ¿verdad, Eve? Te gustaría ayudar a mami a ganar un concurso de cocina, ¿no?

—¡Sí! —exclamó Eve—. Mamá es la mejor cocinera.

—Ahí lo tienes —dije, sonriéndole a Amanda—. No te queda otra opción que hacerlo.

Riendo, Amanda respondió: —Está bien, está bien, lo haré. Me has convencido.

Le guiñé un ojo a Eve, y ella soltó una risita. Cuando volví a mirar a Amanda, me observaba con una mirada tierna que hizo que mi corazón latiera con fuerza. Desvié la mirada hacia mi comida, fingiendo estar completamente concentrado en mi plato, pero era muy consciente de su presencia

y de lo feliz que parecía.

Me hacía sentir bien. De repente, me emocionó la idea de ayudarla con esta competición. Me entusiasmaba verla trabajar por este nuevo sueño. Haríamos que funcionara. Estaba seguro. Íbamos a ser una familia.

—¿Qué tal este? ¿Está bueno?

Hice una mueca, masticando lentamente mientras intentaba encontrar la manera de decirle a Amanda que este último plato era... malo. No había otra forma de decirlo. Era uno de los peores platos que había preparado hasta ahora.

Habían pasado unos días desde que convencí a Amanda para que se presentara al concurso de cocina, y desde entonces había estado practicando una nueva receta cada día. La mayoría eran excelentes, y seguía convencido de que ganaría, pero de vez en cuando preparaba un plato que no estaba ni cerca de ser ganador.

No todos iban a ser un éxito rotundo, y lo sabía. Lo que me sorprendía era cómo reaccionaba Eve cuando la comida no era buena. Habría pensado que una niña pequeña no tendría miedo de expresar que no le gustaba algo, pero siempre le sonreía a Amanda y terminaba su plato. Luego me hacía una mueca cuando su madre no miraba y sacaba la lengua, haciéndome saber que no le gustaba lo que estábamos comiendo. Me gustaba que hiciera eso. Sentía como si ella y yo tuviéramos un entendimiento mutuo, un secreto solo entre nosotros. Parecía que estábamos creando un vínculo, y la comida de Amanda actuaba como una especie de catalizador para ello.

—¿Qué les parece? —preguntó Amanda, acercándose a la mesa y mirándonos a los dos con una sonrisa expectante.

Eve y yo intercambiamos una mirada. Ella frunció los labios y arqueó una ceja hacia mí como si tratara de decirme que yo debería ser quien respondiera a Amanda.

Eligiendo mis palabras con cuidado, pregunté: —¿Qué pusiste en este pastel de carne?

—Es más bien un pastel de mariscos —explicó—. Encontré la receta en un blog de mamás que sigo. Los consejos son una tontería, pero las recetas son bastante decentes.

Bueno, esta no, pensé, mirando el trozo esponjoso de mariscos triturados en mi plato.

De repente, Eve soltó un suspiro impaciente: —Mamá... este no. No está muy rico.

Amanda pareció sorprendida y luego estalló en carcajadas. —¿No? ¿No te gusta, cariño?

Eve negó con la cabeza. —No, y a Vincent tampoco.

Dirigiendo su mirada penetrante hacia mí, Amanda preguntó: —¿Es eso cierto?

Hice una mueca y le di una sonrisa tímida. —No es mi favorito.

Me lanzó una mirada burlona. —Ya veo. Bueno, gracias, Eve, por ser honesta. Eres un buen ejemplo para Vincent.

Eve me dirigió una mirada extasiada antes de apartar su plato.

—¿Puedo comer nuggets de pollo en su lugar? —preguntó con una sonrisa adorable.

Amanda se rio. —Por supuesto, cariño. ¿Quieres preguntarle a Vincent si también quiere?

Eve me miró con esa gran sonrisa suya y preguntó: —¿Tú también quieres nuggets de pollo?

Suspirando, asentí. —Sí, Eve. Me encantaría comer algunos nuggets.

Amanda se rio y le dio un beso en la cabeza a Eve. Antes de girarse para volver a la cocina, me lanzó una mirada que hizo que mi sangre se calentara. Amanda apartó la mirada al momento siguiente, pero en ese instante supe que me deseaba de nuevo.

Quizás tanto como yo la deseaba a ella.

CAPÍTULO DIECISIETE

Amanda

Estaba en la fila de la caja del supermercado, con una cesta de comestibles colgando de mi brazo. Tenía todo lo necesario para preparar una nueva receta de chuletas de cerdo que había encontrado, con puré de patatas con hierbas y zanahorias al jengibre. Estaba segura de que a Vincent y a Eve les gustaría esta. Por fin estaba perfilando lo que quería hacer para el concurso. Solo me quedaban algunas recetas más que quería probar, y luego podría hacer mi elección final.

Una vez que pagué mis compras, agarré mis bolsas y salí de la tienda. Iba distraída, con la mente divagando mientras planeaba mi cocina para la noche, cuando casi choco con una mujer parada en mi camino.

Al detenerme tambaleante, recuperé el equilibrio y balbuceé:

—¡Oh, Dios mío! Lo siento mucho...

Mis palabras se apagaron cuando levanté la vista y reconocí instantáneamente a la hermosa mujer pelirroja frente a mí. Era la misma mujer que había visto con Vincent en el aparcamiento el primer día de trabajo.

Su ex. Debbie.

Me miraba como si me reconociera. Tenía una ceja arqueada y movía su mirada de arriba a abajo por mi cuerpo como si me estuviera evaluando.

—¿En serio? —se burló—. ¿Vincent te eligió a ti? Sus estándares deben haber bajado.

La miré atónita.

—Um... ¿disculpa? —espeté—. ¿Puedo ayudarte en algo?

Levantó la vista y encontró mi mirada como si finalmente reconociera que había un ser humano vivo y respirando frente a ella.

—No —respondió con un pesado suspiro—. Solo quería ver por mí misma el nuevo capricho del

mes de Vincent. Tengo que decir que no estoy impresionada.

—Qué bueno que no te pedí tu opinión —dije en un tono cortante—. Tengo prisa, así que si me disculpas...

—Él no va en serio contigo, ¿sabes? —me dijo, dando un paso lateral para bloquearme cuando intenté pasar junto a ella—. Solo eres una de sus mantenidas. Él hace esto. Salta de chica en chica, pero siempre se aburre y sigue adelante rápidamente. Al final, siempre vuelve a mí.

No sabía cómo responder a eso. ¿Estaba delirando? Obviamente no sabía lo que pasaba entre Vincent y yo, lo que me llevó a creer que él realmente no le había dicho nada. ¿Estaba celosa? ¿Loca?

Negué con la cabeza y respondí:

—Mira, si tienes algún problema, resuélvelo con Vincent. No te conozco y no quiero conocerte. Por favor, quítate de mi camino.

Levantó la mano y un impresionante anillo de diamantes brilló bajo el sol. Fruncí el ceño mientras lo miraba, confundida.

—Ummm, ¿bonito? —me encogí de hombros.

—Soy la prometida de Vincent —declaró—. Tú eres una aventura, nada más.

Miré fijamente el anillo, sin querer creerle, pero parecía segura. ¿Y por qué tendría un anillo así si Vincent no se lo hubiera dado? Las dudas se colaron en mi mente y no pude reprimirlas. Sin embargo, no quería que Debbie supiera que me había perturbado, así que levanté la barbilla y le di la mirada más altiva que pude.

—Felicidades —me encogí de hombros—. ¿Puedo irme ahora?

Pareció momentáneamente sorprendida por mi falta de respuesta. Parpadeando, me miró con el ceño fruncido y soltó un bufido.

—Solo ten cuidado, pequeña zorra —siseó, apuntándome con el dedo en la cara—. Te estoy haciendo un favor al advertirte. Cuando se canse de ti, te tirará como la basura que eres.

Con eso, pasó junto a mí hecha una furia y entró en la tienda. La vi alejarse y luego me dirigí a

mi coche. Logré mantener la calma hasta que me deslicé en el asiento delantero y cerré la puerta de golpe. Mis hombros se hundieron y me recosté en el asiento. ¿Qué acababa de pasar? No podía creer que acabara de tener esa confrontación completamente inesperada.

Mi estómago se retorció cuando pensé en ese anillo. Estaba segura de que había mentido, pero había esa pequeña duda que seguía bailando en el borde de mi mente. Por un momento, consideré preguntarle a Vincent al respecto. Él no tendría razón para mentir, ¿verdad? Pero si dijera que estaban comprometidos... no, él me había dicho que habían terminado. No había razón para no creerle.

Sin embargo, mientras arrancaba el coche y me alejaba del supermercado, me encontré marcando el número de Camille en mi móvil.

—¡Hola! —saludó al contestar—. ¿Qué pasa?

—Ummm, acabo de tener un encuentro muy extraño en el supermercado —empecé en un tono vacilante—. Me encontré con la ex de Vincent.

—¿Esa tal Debbie? —exclamó—. ¿Qué demonios? ¿Qué pasó?

—Ella... me dijo que están comprometidos —respondí—. También, que solo soy una aventura o algo así.

Camille resopló.

—¿Eso es todo? Suena a que está celosa y es rencorosa y está desquitándose. Él te dijo que habían terminado, ¿verdad?

—Sí —suspiré—. Lo hizo, pero ¿cuáles son las probabilidades de que haya mentido?

—¿Tienes alguna razón para creer que te mintió?

Pensé por un momento y respondí:

—No lo sé. No, supongo que no. Pero realmente no lo conozco, ¿verdad? No nos conocemos desde hace mucho tiempo.

Parecía que sí porque había tenido a Eve durante tanto tiempo. Ella era una mini-Vincent en muchos aspectos, así que era como si una parte de él siempre estuviera cerca.

Realmente, sin embargo, no sabía mucho sobre él. ¿Y si fuera un mentiroso? ¿Y si me estaba ocultando su compromiso para que me mudara con él?

—Oye, Amanda —de repente espetó Camille—. ¿Estás entrando en pánico? ¿Por qué estás entrando en pánico?

No pude evitar reírme de eso. Me conocía demasiado bien como para ocultarle algo.

—Está bien, estoy entrando un poco en pánico —admití—. ¿Y si he cometido un gran error al mudarme con él, Camille? Esto no se trata solo de mí, ¿sabes? Tengo que pensar en Eve...

—Sí, sí —respondió—. Lo sé, pero tienes que recordar que Vincent es el padre de Eve. Tienes que poder confiar en él para que funcionen como co-padres.

—Tienes razón —asentí con voz suave—. Estamos construyendo una especie de familia, y no quiero perder eso... pero tampoco quiero que jueguen conmigo ni que me traicionen de nuevo.

—Ay, por favor, dime que no estás hablando de Bill ahora —gimió ella—. No puedes dejar que ese imbécil te impida aprovechar esta oportunidad. Vincent no ha hecho nada que te haga dudar de él. Debbie no debería ser una preocupación para ti en este momento, y definitivamente Bill tampoco. Necesitas concentrarte en ti misma, en Eve y en acercarte a Vincent.

Solté un largo suspiro. Como de costumbre, Camille me estaba haciendo entrar en razón. Era muy buena en eso.

—Vale —asentí—. Tienes razón. Por supuesto que tienes razón. Solo necesito calmarme y tomar esto día a día.

No le mencionaría a Vincent mi encuentro con Debbie hasta después de la competencia de cocina, al menos. Si resultaba ser cierto y me había mentido sobre algo tan importante, me iría y me llevaría a Eve conmigo.

—Esto es algo importante, Amanda —dijo Camille—. No puedes dejar que alguien como Debbie te asuste y te aleje de Vincent. Ustedes están tratando de construir una familia juntos para ustedes y para Eve. Dale una oportunidad a Vincent y no lo apartes a menos que tengas una razón para hacerlo.

—Está bien —murmuré—. Intentaré olvidarme de Debbie y su locura. Quiero que esto de la familia funcione. Quiero que Eve y su padre tengan una relación.

—¿Y qué hay de ti?

Parpadeé y balbuceé:

—¿Q... qué quieres decir?

Camille se rio.

—Ay, por favor. No te hagas la inocente. Todavía lo quieres, ¿verdad? Sé honesta.

—No es de eso de lo que estamos hablando ahora, Camille —dije entre dientes—. Eve es la prioridad. Punto. Fin de la historia.

—Mmm, claro —se rio—. Lo que tú digas. Fingiremos que te creo.

—Eres tan molesta —refunfuñé.

—¡Yo también te quiero! —canturreó.

—Vale, voy a colgar ahora. ¡Adiós!

Terminé la llamada y solté un largo suspiro. Camille tenía razón. No podía dejar que alguien como Debbie se metiera en mi cabeza. Era demasiado importante que Eve y Vincent tuvieran una verdadera oportunidad de establecer un vínculo, y yo necesitaba poder llevarme bien con él. No importaba si había algo más... realmente no importaba.

Solo tenía que mantener mi enfoque en Eve y en la competencia de cocina. Podría resolver todo esto una vez que terminara. Mientras tanto, le daría a Vincent el beneficio de la duda y confiaría en él hasta que me diera una razón para no hacerlo.

CAPÍTULO DIECIOCHO

Vincent

Cuando mi teléfono vibró, no lo pensé dos veces antes de tomarlo para ver quién llamaba. Fruncí el ceño cuando vi que era un número desconocido, pero no me pareció extraño. Debido a mi profesión y alto perfil, recibía muchas llamadas de números desconocidos. Por un momento, consideré ignorarla. Estaba sentado en mi oficina en el trabajo, contando ansiosamente los minutos hasta poder encontrarme con Amanda para llevarnos a casa.

Sin embargo, algo dentro de mí me impulsó a contestar, así que lo hice.

—¿Hola? —pregunté.

—¿Vincent? —respondió una voz algo familiar—. ¿Eres tú?

—Sí —contesté—. ¿Quién habla?

—Soy Camille... la amiga de Amanda.

Mis ojos se abrieron de sorpresa.

—Tú eras la mujer que estaba con Eve aquel día en el hospital.

—Así es, lo has captado —afirmó.

—¿En qué puedo ayudarte, Camille? —pregunté, desconcertado por la razón de su llamada.

—Hay algo de lo que quiero hablarte —dijo con voz firme—. Algo que Amanda acaba de contarme.

La preocupación me atenazó el estómago.

—¿Qué es? ¿Está bien?

—Está bien, no te preocupes —me aseguró—. Pero tuvo un encuentro con tu ex, Debbie, en el supermercado. Amanda no quiere decirte nada al respecto, pero creo que yo debería hacerlo.

Las alarmas comenzaron a sonar en mi cabeza.

—Dios, ¿qué hizo Debbie? —gemí.

—Le dijo a Amanda que era tu prometida —explicó Camille—. ¿Es eso cierto? Si lo es, necesito que me lo digas ahora mismo. No permitiré que lastimes a Amanda con algo así.

Por un momento, me quedé atónito. No podía comprender qué estaba pensando Debbie al decirle algo así a Amanda. La frustración burbujeó dentro de mí y solté un suspiro exasperado.

—No es cierto —dije con firmeza—. Debbie y yo definitivamente no estamos comprometidos. Solo está causando problemas. No sé exactamente por qué, pero sospecho que está celosa y actuando de manera inmadura. La ruptura no fue idea suya.

Camille soltó un suspiro de alivio.

—Me alegra oír eso. Deberías tranquilizar a Amanda al respecto. Ella aparentará ser fuerte, pero tiene mucho en juego aquí, ¿sabes? Necesita estar segura de que estás comprometido con esta peculiar pequeña familia que ustedes dos quieren formar.

—Puedo hacer eso —le aseguré—. Gracias por avisarme.

—No hay problema. Haría cualquier cosa por mi Amanda. Quiero que las cosas funcionen entre ustedes porque sé que ella realmente lo desea. Ni se te ocurra lastimarla, Vincent, o te haré sufrir.

Me reí, aunque sabía sin duda que hablaba en serio.

—Entendido —respondí—. No te preocupes. No tengo ningún deseo de lastimar a Amanda.

—Te creo —sonó complacida—. Adiós, Vincent.

—Adiós, Camille.

Al colgar la llamada, miré el reloj y vi que era hora de encontrarme con Amanda. Rápidamente guardé mis cosas del día y salí apresurado de mi oficina hacia el estacionamiento. Antes, probablemente me habría quedado en el trabajo unas horas más e incluso hasta tarde en la noche. Ahora, sin embargo, estaba ansioso por irme a casa cada día. Esperaba con ilusión conducir con Amanda y luego entrar por la puerta de la casa para encontrar a Eve esperándonos con la niñera que había contratado para cuidarla cuando su madre y yo no estábamos.

No tener el trabajo como mi máxima prioridad era una nueva perspectiva para mí, pero lo estaba disfrutando. Lo estaba disfrutando más de lo que podría haber anticipado. Todo este asunto de la felicidad doméstica era bastante agradable.

Cuando llegué al estacionamiento, Amanda estaba de pie junto a mi coche, esperándome.

—Hola —dijo con una sonrisa amistosa.

—Hola —respondí, desbloqueando el coche y abriendo la puerta del pasajero para ella. Una vez que se deslizó dentro, la cerré de nuevo y me apresuré hacia el lado del conductor.

Permanecimos en silencio mientras salía del estacionamiento y me dirigía hacia el tráfico en dirección a casa.

Al cabo de un rato, rompí el silencio y murmuré:

—Hay algo de lo que necesito hablarte.

Amanda me miró con el ceño fruncido.

—¿Qué es? ¿Pasa algo malo?

Apreté el volante y respondí:

—Camille me llamó y me contó sobre tu encuentro con Debbie.

—¿Lo hizo? —sonó sorprendida y algo nerviosa—. Eh... lo siento. No iba a mencionarlo.

—No te disculpes —le dije—. Quiero que te sientas cómoda preguntándome sobre cosas que tengas dudas o que te pongan nerviosa. Si vamos a hacer que esto funcione, tenemos que ser capaces de hablar entre nosotros.

Ella suspiró y asintió.

—Tienes razón, lo siento. No quería asumir nada ni nada por el estilo. No quería poner tensión en nuestra delicada situación.

Tragué saliva, no queriendo decir nada que hiciera exactamente eso.

Después de un momento, murmuré:

—No estamos comprometidos, solo para que lo sepas. Debbie y yo no estamos juntos en absoluto.

La miré de reojo y vi que sus labios se curvaron en una pequeña sonrisa.

—Es bueno saberlo —dijo con un simple asentimiento—. Gracias por decírmelo.

—Lamento que hayas tenido que lidiar con ella —continuó—. Lamento el malentendido.

—Está bien —respondió—. Seré honesta, estaba preocupada de que me hubieras mentido, pero te creo. Siento haber dudado de ti.

Me reí.

—Mítranos, siendo todos maduros y eso. Haciendo que esta pequeña familia nuestra funcione paso a paso.

Ella se rió y dijo:

—Pequeños pasos... pero creo que tenemos una buena oportunidad.

Sonreí, sintiendo una oleada de alivio. Se sentía como si hubiera esquivado una bala de algún tipo. Lo último que quería era que Debbie, o cualquier otra persona, se interpusiera entre Amanda y yo. Aún no estaba seguro de lo que éramos o en lo que podríamos convertirnos, pero no quería que se estropeará antes incluso de empezar.

Con suerte, con este malentendido aclarado, podríamos seguir avanzando sin que se interpusieran otros obstáculos importantes en nuestro camino.

Durante la semana siguiente, Amanda dedicó su tiempo y atención a Eve y al concurso de cocina. Estaba tan concentrada y seria que no podía evitar sentirme bastante impresionado cada vez que la veía trabajar.

Cuando llegó el día del concurso, Amanda estaba más que preparada. Fuimos todos juntos al hotel y Camille se unió a nosotros. Había una impresionante multitud reunida para el evento, que se celebraba en el gran salón de baile. Se habían instalado estaciones de cocina por toda la sala, y el público podía ir de un concursante a otro para verlos trabajar.

Camille y Eve se fueron a mirar las otras estaciones, pero yo me quedé cerca de Amanda. Era la única concursante que me interesaba ver. Tenía la frente arrugada por la concentración, y se veía tan enfocada y sexy que apenas podía controlar mi creciente deseo por ella.

—¿Vincent? ¿Eres tú?

Me tensé, reconociendo la voz al instante. Frunciendo el ceño, me di la vuelta y me encontré cara a cara con mi madre y mi padre.

—¿Qué... qué hacéis aquí? —tartamudeé, sorprendido.

Mi madre me dio una pequeña sonrisa educada y dijo:

—Tu padre tenía unos asuntos que atender en la ciudad. Intentamos avisarte, pero tu asistente dijo que estabas ocupado.

Mi asistente iba a recibir un aumento.

—Bueno, es cierto —me encogí de hombros.

—Y nunca contestas cuando intentamos llamarte —añadió mi padre, apenas capaz de ocultar su irritación por ese hecho.

Suspiré. Realmente no quería tener que lidiar con esto ahora. Las cosas entre mis padres y yo estaban tensas, por decir lo menos. No estaban contentos de que hubiera roto con Debbie, a quien habían elegido ellos mismos para mí. No me gustaba que se sintieran con derecho a elegir con quién salía y que luego escogieran a alguien tan engreída y llena de sí misma... estaba claro que les importaba más el pedigrí y el estatus que lo que yo quería en una mujer.

—Eso no importa ahora —insistió mi madre, lanzándole una mirada severa a mi padre—. Ya que estamos todos aquí, podemos tomarnos un tiempo para resolver las cosas, ¿verdad?

—No sé qué queréis resolver —respondí—. Pero este no es el lugar para ello. Podemos hablar más tarde.

Mi madre frunció el ceño, pero no discutió más el asunto. Probablemente no quería arriesgarse a montar una escena.

Mirando alrededor de la sala, mi padre preguntó de repente:

—¿Quién es esa mujer? ¿Es tu chef aquí?

Fruncí el ceño e intenté averiguar de quién estaba hablando.

—Nuestro chef es uno de los jueces —expliqué—. No está compitiendo.

Mi padre pareció confundido.

—Entonces, ¿por qué pareces tan concentrado en ella?

Señaló, y cuando me di cuenta de que estaba hablando de Amanda, se me cayó el alma a los pies.

Mis padres me miraban expectantes.

—¿Quién es ella? —preguntó mi madre después de varios momentos de silencio.

—Mi novia —respondí sin pensar realmente en lo que estaba diciendo.

Mis padres parecían atónitos. Miraron a Amanda y a mí como si no pudieran creer lo que acababa de decir.

—Qué demonios... —comenzó mi madre, pero fue interrumpida cuando la voz del maestro de ceremonias de repente sonó por los altavoces.

—Damas y caballeros, estamos listos para anunciar al ganador de la competición de hoy —declaró.

Me alejé de mis padres sin decir una palabra, acercándome al escenario en el extremo más alejado del salón de baile donde se estaban reuniendo todos los concursantes. Mantuve mis ojos fijos en Amanda, sin querer perderla de vista entre la multitud.

Una vez que estuvieron todos reunidos en el escenario, el maestro de ceremonias comenzó a anunciar a los ganadores. Al final, Amanda no obtuvo el primer puesto, pero sí el tercero, lo cual seguía siendo bastante bueno. Recibió una buena recompensa en efectivo y una placa, y parecía encantada. Oí a Eve soltar un chillido de alegría en algún lugar de la sala, lo que me hizo reír.

Cuando los concursantes empezaron a ser llevados entre bastidores, me abrí paso entre la multitud para llegar allí. Quería ver a Amanda y felicitarla. Quería avisarle de que mis padres estaban allí antes de que la abordaran.

—Vincent, espera. —La voz de mi padre llegó a mi oído un momento antes de que su mano se posara en mi hombro—. ¿Vas a ver a esa mujer? Nos gustaría conocerla también.

Apreté los dientes y me volví hacia mis padres. Mi padre tenía esa mirada en su rostro que me decía que no iba a aceptar un no por respuesta. Si no quería causar ningún drama, sabía que solo tenía que seguirles la corriente y averiguar cómo mitigar cualquier daño potencial que pudieran causar.

—De acuerdo —suspiré—. Venid conmigo.

Me di la vuelta y los llevé entre bastidores. Me costó un poco encontrar a Amanda, pero cuando la vi, me puse nervioso al descubrir que Eve y Camille ya estaban con ella. Que mis padres conocieran a Amanda era una cosa, pero Eve era otra historia completamente distinta.

Antes de que pudiera pensar en la mejor manera de manejar la situación, Amanda levantó la vista y me miró. Sonrió y me hizo señas para que me acercara, y fui hacia ella como una polilla a la llama.

—Felicidades —dije cuando llegué a ella—. Sabía que lo harías genial.

Ella se rio y se encogió de hombros.

—Bueno, no fue el primer puesto... pero estoy bastante orgullosa de mí misma.

—Deberías estarlo —le dije. Mirando a Eve, le pregunté—: ¿Estás orgullosa de mamá?

Aplaudiendo, Eve respondió:

—¡Sí! ¡Mamá lo hizo muy bien!

Sonreí, pero entonces recordé que mis padres estaban detrás de mí, y un poco de temor se apoderó de mí.

—Eh, Amanda, estos son mis padres, Aaron y Jane. Están de visita desde Atlanta.

Los ojos de Amanda se abrieron de par en par por la sorpresa al ver a mi madre y a mi padre.

—¡Oh! Vaya... es un placer conocerlos a ambos —dijo rápidamente, adelantándose para estrechar la mano de mis padres.

Mi madre le dedicó una sonrisa tensa pero educada.

—Vincent nos dice que ustedes dos están juntos. ¿De dónde eres, querida?

Hice una mueca y le dirigí a Amanda una mirada suplicante. Ella pareció sorprendida, pero luego asintió lentamente.

—Eh... sí... es cierto —dijo lentamente—. Soy su... novia. Y soy de Pittsburgh.

—¿A qué se dedican tus padres? —preguntó mi padre.

Mierda. Sabía exactamente lo que estaban haciendo. Estaban indagando, tratando de averiguar si ella cumplía con sus estándares imposibles.

—Mamá, papá, no hace falta interrogarla —dije con una risa forzada para que pareciera una broma—. Tendrán mucho tiempo para conocerla...

—Está bien, Vincent —dijo Amanda, poniendo su mano sobre mi brazo—. Mis padres trabajan como empleados administrativos en mi ciudad.

Mi madre y mi padre se esforzaron por parecer interesados y no horrorizados, pero yo conocía cada pequeño tic en sus rostros y podía adivinar lo que realmente pensaban. Estaban lejos de estar impresionados, lo que solo me irritaba más.

—¿Y esta es tu hija? —preguntó mi madre, mirando a Eve.

Amanda y yo intercambiamos una mirada cautelosa antes de que ella dijera:

—Sí. Esta es Eve. Cariño, saluda.

—¡Hola! —exclamó Eve con una sonrisa radiante.

—Qué niña tan encantadora —sonrió mi madre, claramente cautivada por el encanto natural de Eve.

—Sin duda —asintió mi padre. Mirándome, dijo—: ¿Puedo hablar contigo, hijo?

Esto no iba a ser bueno, pero al menos pondría algo de distancia entre él y Amanda.

—Claro —respondí, alejándome para quedar fuera del alcance del oído de Amanda. Mi padre me

siguió, y mi madre también. Me sorprendió un poco que ambos vinieran a hablar. Cuando estuvimos lo suficientemente lejos como para que Amanda no nos oyera, pregunté—: ¿Qué pasa?

—No puedes hablar en serio sobre ella —declaró mi padre sin preámbulos. Al menos tuvo la decencia de mantener la voz baja.

—¿Qué? —espeté—. ¿Qué quieres decir?

Mi padre suspiró como si estuviera molesto.

—Es bonita, hijo, te lo concedo, pero difícilmente es apropiada como pareja para ti.

Fruncí el ceño, mi ira empezando a hervir.

—Ten cuidado, papá. No toleraré que la insultes.

—Cariño —intervino mi madre—, estoy segura de que es muy agradable, pero tu padre tiene razón. No encajaría en los círculos en los que nos movemos. No es justo para ella continuar con esta relación.

—¿Saben lo snob que suenan ahora mismo? —siseé—. Ni siquiera la conocen.

—Es madre soltera —gruñó mi padre—. Esa niña tiene un padre en alguna parte. Si tú y esta chica fueran algo serio, él podría causarte problemas. Hay demasiadas oportunidades para pasar vergüenza en esta situación.

Apreté los puños y luché por no golpear a mi padre en la cara en ese momento. Así de furioso me estaban poniendo sus palabras.

—No voy a tener esta conversación —gruñí—. Ni ahora, ni nunca. No voy a dejar a Amanda solo porque creció en un nivel económico diferente y tiene una hija. Eso es ridículo.

—No estamos diciendo que la dejes sin nada —intervino mi madre.

—¿Qué significa eso? —exigí saber.

—Estaríamos dispuestos a ofrecerle un regalo para aliviar el estrés de la ruptura —explicó mi padre—. Estoy seguro de que la estás apoyando económicamente de manera significativa, y no

somos crueles. No queremos cortarles el apoyo de repente y ponerla a ella y a su hija en un aprieto...

—Basta —gruñí, levantando la mano—. No voy a seguir escuchando esto. Están hablando de pagarle a Amanda para que no arme un escándalo si rompo con ella. Eso solo me demuestra que no la conocen en lo más mínimo, y aparentemente tampoco me conocen a mí. Me tengo que ir.

—Vincent, no hemos terminado —insistió mi padre, pero lo ignoré y volví con Amanda. Ella me miró a la cara y no dijo una palabra. Simplemente tomó mi brazo y me dejó escoltarla sin hacer preguntas, con Camille y Eve siguiéndonos, mientras mis padres se quedaban allí, observándonos alejarnos.

CAPÍTULO DIECINUEVE

Amanda

—Y el príncipe y la princesa vivieron felices para siempre. Fin —cerré el libro y sonreí a Eve, que estaba arropada en su cama—. ¿Te gustó el cuento, cariño?

Eve asintió, pero parecía un poco preocupada.

Fruncí el ceño, sintiendo que la inquietud crecía dentro de mí.

—¿Cielo? ¿Qué pasa?

Me miró pensativa, como si estuviera eligiendo cuidadosamente sus palabras.

Finalmente, dijo:

—Mamá, escuché a Vince... a papá hablando con su mamá y su papá en el concurso. No estaban diciendo cosas muy agradables.

—¿Ah, sí? ¿Qué decían? —pregunté.

—Dijeron que papá debería irse y pagarte dinero, para que no te enojas —respondió.

Parpadeé e intenté no reaccionar demasiado a sus palabras. No quería ponerla más ansiosa de lo que ya estaba.

—Oh, cariño, está bien —le dije, acariciándole la cabeza y pasando mis dedos por su pelo—. No tenían la intención de ser desagradables. A veces los adultos dicen cosas que son difíciles de entender, pero solo quieren lo mejor para tu papá y para mí.

Eve no parecía del todo convencida, pero asintió lentamente.

—Vale, mamá —dijo—. Pero... ¿quizás podrías hablar con papá? Para asegurarte de que no quiere que nos vayamos.

Su voccecita triste me partió el corazón.

—Lo haré, cariño —le prometí—. Pero sé que tu papá no quiere que nos vayamos. Le encanta tenernos aquí y le encanta ser tu papá. Nunca tienes que preocuparte por eso.

—Vale —murmuró—. Te quiero, mamá.

—Yo también te quiero, cielo —dije mientras me inclinaba y le daba un beso en la frente—. Buenas noches.

—Buenas noches.

Me levanté y le dediqué una pequeña sonrisa antes de salir de su habitación. Una vez que cerré la puerta, dejé que la ira y el dolor me inundaran mientras me giraba y buscaba a Vincent. Sabía que probablemente estaría en su habitación preparándose. Se suponía que íbamos a salir a celebrar mi actuación en la competición, pero no iríamos a ninguna parte hasta que me diera algunas respuestas.

Al llegar a su habitación, llamé a la puerta y dije:

—¿Vincent? ¿Estás ahí? Necesito hablar contigo.

Un momento después, la puerta se abrió y me encontré cara a cara con él. Al parecer, lo había pillado en medio de su arreglo. Llevaba unos vaqueros oscuros y una camisa abotonada que no se había abrochado. Su pecho desnudo estaba completamente a la vista, y era todo músculo fibroso y piel suave. Por un momento, olvidé de qué quería hablar con él y solo pude mirarlo fijamente.

—¿Amanda? —murmuró, sacándome de mi aturdimiento—. ¿Qué pasa?

Parpadeando, me obligué a recomponerme y sacudí la cabeza antes de decir:

—Um, Eve acaba de decirme que tú y tus padres estaban hablando de mí ayer por la tarde. Algo sobre que querían pagarme para que no estuviera contigo. No lo sé, pero ella estaba bastante alterada.

Él soltó un largo suspiro y respondió:

—Maldita sea... Lo siento. No quería que nadie lo oyera, especialmente tú o Eve. Sí, mis padres me pidieron que terminara las cosas contigo, y sí ofrecieron pagarte. Pero los rechacé. No me importa lo que piensen. No voy a deshacerme de ti y de Eve en ningún momento, te lo prometo.

Lo miré, atónita por la seguridad con la que hablaba. No había lugar para la duda. Le creía, y aunque odiaba que sus padres le hubieran dicho eso, agradecí que se hubiera enfrentado a ellos por mí.

—Um... vale —asentí, sin estar segura de qué más podía decir—. Parece que ya te has ocupado del asunto.

Me dedicó una pequeña sonrisa.

—Sí, lo he hecho, y no te preocupes... No dejaré que os hagan nada a ti o a Eve. Os quiero aquí, en mi casa y en mi vida. Fin de la historia.

No pude evitar devolverle la sonrisa.

—De acuerdo, entonces. ¿Estás... estás casi listo?

—Sí —dijo con una risita—. Dos minutos. Te veo abajo.

—Vale —murmuré, con las mejillas encendidas por el rubor mientras me giraba y me alejaba de él apresuradamente, sintiéndome extrañamente alegre, mis preocupaciones sobre sus padres desvaneciéndose ante sus garantías.

El bar al que fuimos estaba muy concurrido, pero Vincent consiguió hacernos un hueco en una de las esquinas. Habíamos invitado a algunos amigos a unirse a nosotros, incluyendo a Camille y Adonis, y me lo estaba pasando muy bien. Por primera vez en mucho tiempo, no me sentía estresada ni ansiosa por nada. Me sentía cómoda con Vincent, que estaba pendiente de mí y se quedó a mi lado prácticamente toda la noche. No me preocupaba por sus padres ni por cómo sería nuestro futuro. Me preocupaba un poco por Eve, desde luego, pero la niñera se había quedado en casa para cuidarla mientras nosotros salíamos.

Era la primera vez en mucho tiempo que sentía que podía relajarme de verdad y disfrutar.

—Tengo que ir al baño —le dije a Camille en un momento dado, teniendo que alzar la voz para que me oyera por encima del ruido que nos rodeaba.

—¿Quieres que vaya contigo? —preguntó.

—No —dije, negando con la cabeza—. Volveré enseguida. Cuando Vincent vuelva de la barra, díselo, para que no se preocupe por mí.

Una sonrisita traviesa se dibujó en los labios de Camille, y asintió.

—No te preocupes. Se lo diré.

Puse los ojos en blanco y sonreí, girándome para dirigirme al baño. Había recorrido la mitad del bar cuando me di cuenta de que una camarera estaba sirviendo a una mesa llena de tipos con traje, y parecía que la estaban manoseando. Ella intentaba esquivarlos mientras dejaba sus bebidas, pero todos estaban claramente borrachos y se volvían más agresivos.

Frunciendo el ceño, me acerqué rápidamente a la mesa, sin pensar en lo que iba a hacer.

—Eh —les espeté a los tipos—. ¿Qué estáis haciendo? Dejad de tocarla.

Uno de los tipos me miró con desprecio.

—¿Quieres ocupar su lugar? Vamos, preciosa. Únete a nosotros para tomar una copa.

Entrecerré los ojos en una mirada fulminante y gruñí:

—Ni en tus sueños, imbécil. Si no dejáis de acosar al personal y a las mujeres en general, llamaré a la policía. Y si eso no os asusta, hablaré con el gerente y me aseguraré de que os prohíban la entrada a este bar, ¿entendido? Bebed vuestras cervezas y mantened las manos quietas.

Pusieron los ojos en blanco, pero desviaron la mirada y parecieron fingir que la camarera y yo ya no estábamos allí.

Soltando un suspiro irritado, me volví hacia la camarera y le dije:

—¿Estás bien?

Ella suspiró y asintió.

—Sí, gracias. Te lo agradezco mucho.

Nos alejamos de la mesa para apartarnos de los tipos. Busqué en mi bolso y saqué algo de dinero, entregándoselo.

—Toma —le dije—. Por si acaso ahora no te dejan propina.

Ella miró el dinero, claramente sorprendida.

—Gracias —murmuró, tomándolo de mi mano con vacilación—. Eres muy amable.

—No es nada —me encogí de hombros—. He sido camarera antes y he lidiado con algunos imbéciles en mi época. Espero que ahora te dejen en paz.

Con eso, me di la vuelta para ir al baño, pero la camarera me detuvo con una mano en el brazo.

—Espera —dijo—. ¿Ese tipo con el que estás? ¿Vincent? Solo para que lo sepas, trae a muchas mujeres diferentes aquí. Me di cuenta de que parecía prestarte especial atención, y solo quiero advertirte. Es un mujeriego. Deberías tener cuidado.

La miré, atónita y en silencio durante varios momentos.

Al fin, pude murmurar:

—Gra... gracias. Lo tendré en cuenta.

Me dio una sonrisa comprensiva y me apretó el brazo antes de volver a su trabajo.

La observé, desconcertada. Sabía que solo quería protegerme, pero no sabía qué hacer con esa información. Había sospechado que Vincent era mujeriego, pero escucharlo de alguien más fue como un puñetazo en el estómago. No me gustaba la idea de que estuviera con otras mujeres. Me ponía celosa... ansiosa...

Al darme la vuelta, miré a través del bar hacia Vincent, que estaba de pie entre nuestros amigos, hablando y riendo, la viva imagen del encanto. ¿Qué estaba haciendo? Estaba tan confundida... No quería creer a la mujer, pero ¿qué razón tendría para mentirme?

Sintiéndome abrumada, con el corazón acelerado, di media vuelta y me apresuré hacia la puerta para salir. Necesitaba aire. Necesitaba alejarme. Necesitaba pensar.

Y no podía hacerlo cuando estaba cerca de Vincent.

CAPÍTULO VEINTE

Vincent

No dejaba de mirar hacia los baños, pero no había señal de Amanda. Empezaba a ponerme nervioso. Antes, la había visto enfrentarse a una mesa de imbéciles y salvar a una camarera de su acoso. Había manejado la situación antes de que yo tuviera la oportunidad de cruzar el bar y darles una paliza a esos idiotas, así que me mantuve al margen. Estaba orgulloso de que interviniera para ayudar a la chica, pero me irritaba que se hubiera puesto potencialmente en peligro. Sabía que estaba siendo sobreprotector, pero ella tenía una hija en quien pensar. Si quería meterse en un conflicto, debería venir a buscarme para que la protegiera.

Sin embargo, no había visto lo que había pasado después, porque Adonis me distrajo por unos momentos. Cuando volví a mirar para tratar de encontrarla y no pude, supuse que había llegado al baño. Sin embargo, habían pasado varios minutos desde que desapareció, y estaba empezando a pensar en ir a buscarla.

—¿Estás bien, amigo? —preguntó Adonis, apareciendo a mi lado—. Pareces distraído.

Me aclaré la garganta y respondí:

—Estoy bien... creo. Es solo que no he visto a Amanda en un rato. Empiezo a preguntarme si debería ir a buscarla...

—¿Qué pasa? —de repente Camille estaba de pie a mi otro lado. Ni siquiera la había oído acercarse, y me sobresaltó.

—Eh... solo me preguntaba qué está demorando tanto a Amanda en el baño —logré balbucear—. Lleva un buen rato ahí dentro.

Camille me dio una pequeña sonrisa curiosa y dijo:

—¿Quieres que vaya a ver cómo está?

Asentí.

—¿Podrías? Solo para quedarme tranquilo.

Riéndose, respondió:

—No hay problema, grandullón.

Puse los ojos en blanco, pero me sentí agradecido cuando se dirigió hacia los baños.

Adonis se rio a mi lado, y le lancé una mirada fulminante.

—¿Qué? —espeté—. ¿Qué es tan gracioso?

—Estás loco por ella, ¿verdad? —preguntó con una sonrisa de suficiencia.

Por un momento, consideré negarlo, pero luego pensé... ¿por qué? ¿Por qué debería fingir que no estaba completamente obsesionado con Amanda? Dudaba que lo estuviera ocultando muy bien.

—Es especial —admití—. Nunca había sentido esto por una mujer antes. Solo quiero protegerla y hacerla feliz, eso es todo.

Adonis parecía demasiado complacido con eso.

—Sabía que no podrías resistirte a ella —se jactó—. Lo sabía por la forma en que siempre la miras. Te va a tener comiendo de su mano antes de que te des cuenta.

—Qué gracioso —gruñí, y luego vi a Camille regresando del baño.

Sola.

Parecía confundida y preocupada, y cuando llegó a nosotros, inmediatamente dijo:

—No está en el baño.

—¿Qué? —espeté—. ¿Dónde más podría estar?

—No lo sé —Camille se encogió de hombros—. Intenté enviarle un mensaje, luego llamarla. No contestó.

—Maldita sea —gruñí, sacando mi teléfono del bolsillo y buscando el número de Amanda. Presioné el botón de llamada, pero fue directamente al buzón de voz—. Su teléfono está apagado.

Camille negó con la cabeza.

—Tal vez... tal vez solo se fue a casa.

—¿Sin decirle a nadie? —pregunté, llamando al número de nuevo. Todavía directo al buzón de voz. Ahora el pánico comenzaba a apoderarse de mí. Miré hacia la mesa donde había estado sentado ese grupo de imbéciles, pero ellos también se habían ido. Mi mente inmediatamente evocó una imagen de Amanda rodeada de hombres enojados queriendo hacerle daño—. Voy a correr a casa a ver si está allí.

—De acuerdo —asintió Camille, bien consciente de que Amanda y Eve se habían mudado conmigo.

—Espera, ¿qué? —balbuceó Adonis, sin tener idea de que eso había sucedido.

—Te explicaré más tarde —le dije mientras me dirigía hacia la entrada principal del bar. Cuando salí, me sentí aliviado de no encontrar inmediatamente a Amanda tirada en la acera, magullada y sangrando, pero luego mi mente se precipitó hacia todo tipo de otros escenarios terribles en los que podría estar. Al llegar a mi coche, me subí y me costó todo mi autocontrol no acelerar durante todo el camino a casa.

Cuando llegué a la casa, me detuve con un chirrido frente a la puerta principal. Saltando fuera, corrí adentro, gritando por Amanda.

—¡Amanda! ¡Amanda! ¿Estás aquí?

Corrí hacia la cocina y me detuve en seco cuando vi a Amanda de pie junto a la estufa. Se volvió hacia mí con los ojos muy abiertos, su expresión sobresaltada.

—¿Vincent? —jadeó—. ¿Qué pasa? ¿Qué estás haciendo?

Aturdido, crucé la habitación y la tomé por los hombros.

—¿Estás bien? —pregunté, mirándola de arriba abajo, buscando cualquier señal de lesión.

—Estoy bien —respondió, claramente confundida—. ¿Por qué?

Parpadeé, desconcertado yo mismo en ese momento.

—¿Qué? ¿Qué quieres decir con por qué? Desapareciste sin decir una palabra...

—¿Tienes hambre? —preguntó de repente.

Fruncí el ceño.

—¿Qué?

—Hice un poco de esos macarrones con queso caseros que te gustan. Siéntate y te serviré un plato.

No podía seguir el ritmo de lo que estaba haciendo. Actuaba como si nada hubiera pasado. Como si no fuera gran cosa que me hubiera asustado de muerte al irse sin decir una palabra. Algo aturdido, hice lo que me dijo y me senté en la isla de la cocina. Amanda sacó un plato y sirvió un poco de los macarrones con queso, y me lo trajo.

Poniéndolo frente a mí con un tenedor, sonrió y dijo:

—Que lo disfrutes.

Arqueeé una ceja, todavía confundido por su comportamiento, pero comencé a comer de todos modos. Por supuesto, estaba delicioso, y no pude evitar prácticamente engullirlo.

Sin embargo, después de un rato, logré hacer una pausa lo suficientemente larga como para preguntar:

—¿Por qué estaba apagado tu teléfono?

Amanda, que había estado guardando el resto de la comida en un recipiente, se detuvo y me miró.

Con un encogimiento de hombros, dijo:

—Se quedó sin batería.

Eso no parecía una respuesta honesta. Amanda era el tipo de persona que no saldría de casa si su teléfono estuviera por debajo del cincuenta por ciento. Sin embargo, decidí no insistir en eso por el momento.

En su lugar, repetí mi pregunta principal.

—¿Por qué te fuiste sin decir nada?

—Lo siento, no pensé que fuera gran cosa —respondió.

Otra respuesta evasiva. ¿Estaba ocultando algo?

Quería insistir más, pero ella había vuelto a concentrarse en guardar la comida. Podría haber exigido que me respondiera, pero lo pensé mejor. Después de todo, no tenía derecho a hacerlo. A pesar de lo que les había dicho a mis padres, no estábamos saliendo. No era mi novia, por mucho que yo quisiera que lo fuera.

Con un suspiro, intenté dejar a un lado mis preocupaciones. Al fin y al cabo, ella estaba sana y salva. Eso era lo único que me importaba. El resto eran solo detalles que quizás compartiría conmigo con el tiempo.

Cuando finalmente hubiera ganado por completo su confianza, así como su corazón.

CAPÍTULO VEINTIUNO

Amanda

Debatí si debía contarle a Vincent lo que había escuchado en el bar y la verdadera razón por la que me había ido. La culpa me revolvía el estómago mientras me preparaba para dormir. Él parecía tan preocupado por mí... como si realmente lo hubiera asustado.

¿Me apreciaba tanto?

Desde que me mudé con él, se había vuelto imposible negar la atracción que aún ardía entre nosotros. Chisporroteaba en el aire cada vez que estábamos cerca el uno del otro. Lo que se hacía cada vez más evidente a medida que pasaba el tiempo era que albergábamos sentimientos genuinos el uno por el otro. Me importaba Vincent, y no solo porque fuera el padre de mi hijo. Disfrutaba estar cerca de él. Me hacía reír y me hacía sentir segura. Esos no eran sentimientos que diera por sentados.

Poniéndome mi camiseta de dormir extragrande, decidí que debía ser honesta con él. Las cosas iban tan bien entre nosotros, y no quería hacer nada que pusiera eso en peligro. Cogiendo una bata, salí de mi habitación y me dirigí por el pasillo hacia la suya. Hice una pausa y tomé un profundo respiro reconfortante antes de llamar a su puerta.

Le tomó unos momentos responder, y cuando lo hizo, tuve que luchar para no dejar escapar un fuerte jadeo. Estaba sin camisa, vistiendo solo unos pantalones de chándal grises que le quedaban demasiado perfectos. Su pecho musculoso y sus brazos estaban completamente a la vista, y cuando mis ojos recorrieron su cuerpo... bueno, esos pantalones dejaban poco a la imaginación.

Frunció el ceño con evidente preocupación.

—Amanda, ¿qué pasa? ¿Ocurre algo malo?

Negué con la cabeza.

—No, no, todo está bien. Solo quería hablar contigo.

Cruzó los brazos y se apoyó en el marco de la puerta.

—¿Sobre qué?

Suspirando, confesé:

—Había una razón por la que me fui del bar sin decírtelo. Estaba molesta.

Frunció el ceño.

—¿Qué te molestó?

—Una de las camareras... bueno, me dijo que llevabas chicas a ese bar todo el tiempo. Que eras un mujeriego. Básicamente sintió que debía advertirme sobre ti.

Su mandíbula cayó, y me miró en silencio durante varios momentos antes de murmurar:

—Y... ¿le creíste?

Encogiéndome de hombros, dije:

—No sé... ¿tal vez en ese momento? Estaba abrumada. Ella intentaba ayudar, pero me asustó y salí corriendo. No podía estar allí más con mis pensamientos tan confusos.

—Podrías haber hablado conmigo —respondió—. Podría haberte explicado. Sí, llevo chicas a ese bar todo el tiempo, pero tú no eres solo otra chica, Amanda. Significas mucho más para mí que eso.

Miré fijamente sus ojos, mi corazón latiendo fuerte por sus palabras. Parecía tan sincero, y realmente, ¿cuál sería el punto de mentirme? ¿Para llevarme a la cama? Yo era la madre de su hijo. Las aventuras de una noche no estaban en nuestras cartas, y él era lo suficientemente inteligente para saberlo.

Entonces, ¿por qué debería dudar de él?

—Te creo —le aseguré—. Y lo siento. No debería dejar que las palabras de una extraña me hagan dudar de ti. Te prometo que si algo así vuelve a suceder, vendré directamente a ti.

Sonrió.

—Me alegra oír eso, y acepto tu disculpa. En serio, no sabes cuánto significa para mí que me creas. Quiero ganarme tu confianza, Amanda, y no voy a hacer nada para arruinarla.

No pude evitar mi pequeña sonrisa afectuosa.

—Lo sé, Vincent. Esta familia es importante para ti. Solo necesitamos ser mejores hablando entre nosotros cuando surja un problema.

—Aprecio eso, Amanda.

Le di una pequeña sonrisa tímida y asentí.

—Está bien... probablemente debería irme a dormir, entonces. Buenas noches.

Me di la vuelta para irme, pero antes de que diera más de unos pocos pasos, Vincent de repente dijo:

—Espera un segundo.

Deteniéndome, lo miré de reojo, con el corazón en la garganta.

—¿Sí? —murmuré.

—¿Te gustaría salir de nuevo mañana por la noche? —preguntó—. ¿A un bar diferente? Hay alguien a quien me gustaría mucho que conocieras.

Me sorprendí, pero estaba tan complacida que sentí que mis mejillas se sonrojaban.

—Um, claro —respondí—. Sí, eso sería divertido.

—Genial —dijo con una sonrisa—. Te veré por la mañana, entonces.

—De acuerdo —suspiré, deseando brevemente que me invitara a su habitación. A su cama. Sorprendida por mis pensamientos rebeldes, me alejé de él y rápidamente regresé a mi habitación antes de hacer algo de lo que me arrepintiera.

La noche siguiente, fiel a su palabra, Vincent me llevó a otro bar. Este era mucho más elegante que el lugar al que habíamos ido la noche anterior. No estaba tan lleno, y había sillones alrededor de pequeñas mesas, y los camareros vestían camisas de botones y pantalones de vestir que parecían caros. Me sentí un poco fuera de lugar con mi simple vestido azul de verano. Miré a mi alrededor nerviosamente, segura de que la gente me estaría mirando y juzgando.

—Oye, ¿está todo bien? —preguntó Vincent en voz baja.

Lo miré y asentí.

—¡Sí! Estoy bien. ¿Por qué?

Arqueó una ceja y me dio una pequeña sonrisa.

—Pareces nerviosa.

Suspirando, me encogí de hombros.

—Este lugar es un poco... elegante.

Riendo, deslizó un brazo alrededor de mi cintura y me atrajo hacia su costado.

—Relájate. Eres la mujer más hermosa aquí —me aseguró, guiándome a través de la sala.

Mientras miraba alrededor, mis ojos de repente se posaron en un hombre que se parecía exactamente a Vincent. No era simplemente un parecido superficial. Eran idénticos. Estaba sentado en una de las mesas con una hermosa mujer prácticamente colgada de su brazo. Estaba tan impactada que me detuve de repente, casi haciendo tropezar a Vincent.

—¿Quién... quién...? —balbuceé, incapaz de apartar los ojos del doble de Vincent.

Aparentemente se dio cuenta de lo que me había impactado y soltó una risa.

—No estaba seguro de que ya estaría aquí —dijo—. Lo siento, debería haberte advertido más.

Vincent me llevó a la mesa, y el otro hombre levantó la vista hacia nosotros cuando nos acercamos y sonrió.

—Vince, ahí estás —declaró, poniéndose de pie. Me miró de arriba abajo y continuó—: ¿Y esta es la madre de tu hijo, supongo?

—Arnold, no seas idiota —suspiró Vincent, apartando una silla para mí. Me senté y observé cómo los dos hombres compartían un breve abrazo con palmadas en la espalda. Cuando se separaron, Vincent puso una mano en mi hombro—. Esta es Amanda. Amanda, este es mi hermano gemelo, Arnold.

—¿Gemelo? —murmuré—. Ni siquiera sabía que tenías un hermano. Espera... ¿sabe lo de Eve?

Antes de que Vincent pudiera responder, Arnold se rio y dijo:

—No te preocupes. Me han hecho jurar secreto. Mamá y papá no sabrán nada por mí.

Solté un suspiro de alivio.

—Bueno, es bueno saberlo. Gracias.

Vincent se sentó a mi lado y puso su brazo sobre el respaldo de mi silla. Una oleada de calor me recorrió y no pude evitar que una suave sonrisa se dibujara en mis labios.

Arnold se dejó caer de nuevo en su asiento, y su cita inmediatamente se colgó de su brazo otra vez.

—Esta es Cassie —dijo, dándole un beso en la frente a la mujer.

Vincent soltó una risa exasperada y negó con la cabeza.

—Es un placer conocerte, Cassie.

—Es un placer conocerte —respondió Cassie con un ronroneo. Mirando de nuevo a Arnold, dijo

—: Voy a usar el baño, cariño. Ya vuelvo.

—Claro —dijo Arnold con una sonrisa.

Cassie se levantó, luciendo su cuerpo tonificado en su ajustado vestido negro. Arrastró una mano por el hombro de Arnold mientras se alejaba. Una vez que se fue, Arnold sonrió a Vincent, quien parecía desconcertado.

—¿Otra más, Arnold? —suspiró Vincent—. ¿Qué pasó con Tiffany?

—Lamentablemente, Tiffany y yo tuvimos que separarnos hace unas semanas —respondió Arnold—. Afortunadamente, Cassie apareció para recoger los pedazos de mi corazón roto.

Vincent resopló.

—Por favor, ¿corazón roto? Te conozco mejor. La dejaste tú, ¿verdad?

—Eso no significa que no doliera —insistió Arnold.

Vincent me miró y dijo:

—Arnold siempre ha sido un mujeriego. Nunca ha sido de los que realmente se asientan y hacen algo productivo con su vida.

Arnold puso los ojos en blanco.

—Bueno, discúlpame, no todos podemos ser el Señor Perfecto, ¿verdad? —Se inclinó hacia adelante, apoyando los codos en la mesa frente a él y mirándome a los ojos—. A los ojos de mamá y papá, soy el inútil sin remedio, así que han puesto todas sus esperanzas de tener un hijo exitoso sobre los hombros del pobre Vincent.

—Sí, bueno, he encontrado mis propias formas de decepcionarlos —gruñó Vincent.

Fruncí el ceño mirándolo.

—¿De qué estás hablando? Eres un gran éxito. ¿Por qué estarían decepcionados de ti?

—Mamá y papá querían abogados y políticos —dijo Arnold con una nota de alegría en su tono—. Gente con verdadero poder, ¿sabes? Vincent se rebeló al iniciar su propia empresa. No hace falta decir que nuestros padres no estaban contentos... al menos no hasta que se hizo un gran nombre en la industria.

Miré a Vincent, y su expresión era difícil de leer. Tenía el rostro pétreo en ese momento, como si estuviera tratando de ocultar lo que realmente sentía.

Poniendo mi mano sobre la suya, dije:

—Lo siento. Estoy segura de que no fue fácil.

Me miró como sorprendido.

—Está bien, de verdad. Las cosas están tensas entre mis padres y yo, claro, pero no es solo por mi elección de carrera.

Me encogí de hombros.

—Aun así, lo siento.

No podía imaginar cómo sería no tener el apoyo de mis padres. Estaría totalmente perdida. Parte de su arrogancia y su actitud reservada tenían mucho más sentido para mí en ese momento.

—Gracias —me dijo con una pequeña sonrisa.

Mientras nos mirábamos en ese momento, sentí como si algo hubiera pasado entre nosotros. Algo de ternura y comprensión. Me robó el aliento y me resultó difícil apartar la mirada de él.

De repente, Arnold soltó una risita, rompiendo cualquier trance en el que Vincent y yo hubiéramos caído.

—Parece que ustedes dos tienen algo más que un hijo entre ustedes —sonrió Arnold con suficiencia—. Eso es interesante.

Vincent se aclaró la garganta, con las mejillas sonrojadas. Realmente parecía tímido, lo cual era bastante adorable.

Me mordí el labio para ocultar mi sonrisa de deleite, apartando la mirada también. Arnold se rio y negó con la cabeza. Sin embargo, no dijo otra palabra sobre Vincent y yo, y todos parecimos acordar tácitamente seguir con la noche como si nada hubiera pasado.

CAPÍTULO VEINTIDÓS

Amanda

Durante los siguientes días, sentí que Vincent y yo finalmente estábamos conectando. Ya no me aferraba a mis sospechas sobre él y, con todo al descubierto, no quedaban malentendidos entre nosotros. Estar juntos era fácil y encajábamos como si estuviéramos hechos el uno para el otro.

Una parte de mí quería hacer las cosas oficiales con Vincent. No ser solo copadres, sino tener una relación real el uno con el otro. Sospechaba que él también lo quería, pero me aterraba preguntárselo. Siempre existía la posibilidad de que dijera que no... podría complicar más las cosas.

Sin embargo, antes de que reuniera el valor para abordar el tema con él, se acercó a mí en la cocina una noche después de que Eve se fuera a la cama y me agarró por la cintura.

—Ehh, ¿qué pasa? —pregunté con una risa sorprendida.

Sin decir una palabra, bajó la cabeza y capturó mis labios en un beso abrasador. Al principio estaba demasiado aturdida para reaccionar, pero poco a poco comencé a derretirme en sus brazos. Deslizándolo mis brazos alrededor de su cuello, me aferré a él mientras nuestro beso se prolongaba por varios largos momentos.

Cuando separó su boca de la mía, dije sin aliento:

—Eso... eso fue agradable...

—No quiero andar con rodeos sobre esto más —gruñó—. Ambos queremos esto, ¿no es así?

—¿Esto?

—Nosotros —afirmó—. Tú me quieres y yo te quiero. No hay razón para que no estemos juntos.

Me tomó unos segundos para que sus palabras se hundieran completamente en mi cabeza, pero cuando lo hicieron, sonreí lentamente y pregunté:

—¿Me estás pidiendo que sea tu novia, Vincent?

—Sí —respondió sin dudar—. Eso estoy haciendo.

—Me gustaría eso —admití en un susurro.

Sus labios se curvaron en una sonrisa aliviada y dijo:

—¿Sí? ¿Te gustaría?

Asentí.

—Ya era hora de que lo pidieras. Te tomó bastante tiempo.

Riendo, presionó un beso en mi frente.

—Atrevida. Me encanta.

Me reí y me puse de puntillas para besarlo de nuevo. Sus manos recorrieron mi espalda de arriba a abajo antes de aterrizar en mi trasero y apretarme fuertemente contra él. Jadeé, sintiendo una oleada de calor atravesarme ante el contacto. Podía sentirlo endurecerse contra mí, y el beso se volvió más intenso, pero presioné mis manos contra su pecho para detenerlo.

—Espera —murmuré—. Tomemos un respiro aquí.

—¿Estás bien? —preguntó con un ceño fruncido de preocupación.

Asentí.

—Sí... sí, estoy bien. Solo creo que... tal vez deberíamos ir un poco más despacio. Tenemos mucho que considerar con esto, sobre todo, a Eve. No quiero hacer nada que ponga esto en riesgo. ¿Está... está bien?

Me miró fijamente durante varios momentos antes de sonreír suavemente y asentir.

—Sí, está bien —me aseguró—. Lo entiendo. Yo también quiero que seamos cuidadosos. No quiero estropear esto.

—Yo tampoco —respondí.

Nos miramos un poco más, como si no pudiéramos tener suficiente el uno del otro. Finalmente, él se rio y me dio un rápido beso en los labios.

En voz baja, susurró:

—Pero quiero que sepas, nunca he deseado a nadie tanto como te deseo a ti. Cuando hagamos el amor de nuevo, no me voy a contener.

Un pequeño jadeo escapó de mis labios.

—Eso espero.

Riendo de nuevo, me guiñó un ojo y me soltó. Lo vi darse la vuelta y salir de la habitación. Cuando me quedé sola de nuevo, estallé en risitas extáticas, como una adolescente cuyo amor platónico acababa de hablarle.

Así, sin más, éramos pareja. Cuando pensaba en aquella noche juntos hace siete años, nunca habría imaginado este desenlace, pero no podría haber estado más feliz. Sentía que todo estaba encajando en su lugar y, por primera vez en mucho tiempo, estaba exactamente donde debía estar.

—¡Oh, cariño! Qué bueno escuchar tu voz. ¡Ha pasado tanto tiempo!

Me reí y negué con la cabeza, sonriendo.

Con el teléfono en la oreja, respondí:

—Mamá, te envió mensajes todo el tiempo. No es como si no supieras de mí durante semanas.

—Un mensaje no es lo mismo que una llamada telefónica —dijo mi madre con un resoplido—. Necesito escuchar tu voz para asegurarme de que realmente eres tú, o me preocupo de que alguien haya robado tu teléfono y te haya secuestrado.

—Mamá, respira —suspiré—. No hay razón para que te pongas paranoica.

—Tu madre solo se preocupa —dijo mi padre, insertándose en la conversación—. Ambos lo hacemos, pero estamos muy orgullosos de ti, cariño. ¿Cómo van las cosas? ¿Cómo va el trabajo? ¿Y Eve? ¿Está disfrutando la escuela?

—Le encanta la escuela —les aseguré—. Y el trabajo va genial, pero no es por eso que llamé. En

realidad, tengo una noticia bastante importante.

—¿Qué es? —preguntó mi madre.

Había pasado la última hora preparándome para esta llamada telefónica, y aún así no parecía poder sacar las palabras. Me tomó varios momentos forzarlas a salir.

Finalmente, dije:

—Bueno... encontré al padre de Eve.

—¿Qué? —exclamaron mis padres al unísono.

—¿Lo hiciste? —gritó mi madre.

—¿Cómo? —preguntó mi padre.

—Él... él es el director ejecutivo de la empresa para la que trabajo —admití—. Nos encontramos mi primer día y nos reconocimos casi de inmediato. Pero eso no es todo.

—¿Qué más? —exigió saber mi padre—. ¿Sabe sobre Eve? ¿Está dispuesto a ayudar a criarla?

—Lo está, papá —le aseguré—. Y... de hecho, estamos juntos.

—¿Están en una relación? —jadeó mi mamá, con deleite evidente en su voz—. ¡Oh, cariño, eso es maravilloso! ¡Pueden ser una familia!

Me reí.

—Sí, mamá, eso es exactamente.

—Entonces, ¿es un buen hombre? —cuestionó mi padre con voz áspera—. ¿No estás con él solo porque sientes que tienes que estarlo?

—En absoluto —me reí—. Nos queremos. Incluso si no tuviéramos a Eve, querríamos estar juntos.

Oí a mi padre soltar un largo suspiro.

—Bueno, eso está bien entonces, siempre y cuando seas feliz, cariño. Solo queremos que tú y

Eve estén seguras y felices.

—Lo estamos, te lo prometo —dije—. Vincent es genial con Eve, y estamos empezando a construir una vida juntos. Soy tan feliz que da miedo, y Eve está encantada de tener a su padre en su vida.

—Me alegra tanto oír eso —declaró mi madre. Podía escuchar las lágrimas en su voz—. Parece que las cosas realmente te están saliendo bien, Amanda. Te confieso que no me entusiasmaba la idea de que ustedes dos se mudaran a Los Ángeles y estuvieran tan lejos, pero si el resultado es que estás construyendo una vida con el padre de tu hija, entonces eso me tranquiliza.

—¿Entonces están de acuerdo con que estemos juntos? —murmuré.

—Por supuesto —me aseguró mi padre.

—Definitivamente —dijo mi madre.

Solté un suspiro, sintiendo un alivio que no me había dado cuenta de que necesitaba. El apoyo de mis padres significaba más para mí de lo que ellos podrían saber, y me ayudó a sentirme mucho más segura para seguir avanzando en mi nueva relación con Vincent.

—Gracias, chicos —murmuré—. Esto significa mucho para mí.

—Ahora, tienes que ponernos al día sobre Eve —insistió mi madre—. Echo mucho de menos a mi nieta.

Riendo suavemente, comencé a contarles los logros y travesuras de Eve, sintiendo todo el tiempo como si un peso invisible se hubiera levantado de mis hombros.

—¿Qué te parece este? ¿Tiene demasiado encaje?

Sonriendo, negué con la cabeza y le aseguré a Camille:

—¡No! Es precioso. Hace que tu trasero se vea increíble.

Era cierto. No solo su trasero, sino toda Camille se veía hermosa en el ajustado vestido de novia que llevaba puesto. Camille me había invitado a ayudarla a elegir un vestido, y yo estaba más

que feliz de hacerlo. Quería ponerla al día sobre todo lo de Vincent y el progreso que habíamos logrado en nuestra relación.

Decir que Camille estaba encantada por nosotros sería quedarse corto. De hecho, había chillado de emoción y aplaudido como una niña pequeña.

—Es bonito —reflexionó—. Pero no creo que sea el indicado.

La vendedora que nos ayudaba asintió y dijo:

—No hay problema. Volvamos al probador y probemos otro.

Camille se dio la vuelta para irse, pero luego se detuvo y me miró con un brillo travieso en los ojos.

—¿Sabes qué? ¿Puede mi amiga probarse uno por mí? —preguntó.

Fruncí el ceño con una risa, confundida.

—¿Qué? ¿De qué hablas, Camille? ¿Por qué haría eso? No me voy a casar.

—Podremos ver los vestidos el doble de rápido si tú también te los pruebas —explicó con un guiño—. Vamos, Amanda. ¡Será divertido!

Soltando un largo suspiro, dije:

—Si la novia lo exige, supongo que no tengo mucha opción.

—¡Así se habla! —exclamó Camille. Volviéndose hacia la vendedora, dijo—: Pongámosle el de satén ajustado con el escote corazón profundo. Creo que le quedará fantástico.

No sabía qué se traía entre manos, pero dejé que ella y la asociada me llevaran de vuelta a los probadores, donde apareció otra asociada para ayudarme a ponerme el vestido. Era suave al deslizarse sobre mí, y sentí que mis mejillas se calentaban de emoción. ¿Por qué esto me hacía sentir tan emocionada? No era como si realmente me fuera a casar, pero... la idea era bastante emocionante cuando lo consideraba.

¿Era eso algo que Vincent quería? ¿Siquiera se le había pasado por la mente?

Mi corazón se aceleró ante la idea de ser la esposa de Vincent. Era algo en lo que nunca había

pensado realmente antes, el matrimonio en general, no solo el matrimonio con Vincent. Nunca había pensado que estuviera en las cartas para mí, y me había hecho a la idea. Tenía a Eve. No necesitaba a nadie más.

Ahora, sin embargo, me di cuenta de que siempre había estado esperando que Vincent volviera a mi vida. No me había dado cuenta, pero esa era la verdad. Algo en lo profundo de mí había decidido hace siete años que él era el indicado para mí, y si no iba a terminar con él, no quería estar con nadie.

¿Cómo no me había dado cuenta de esto antes?

—Dios mío, este vestido fue hecho para ti —jadeó la asociada que me ayudaba, sacándome de mis pensamientos errantes.

Parpadeé ante mi reflejo en el espejo, enmudecida por el vestido y lo perfecto que era.

—Oh... vaya —murmuré.

Ella se rió.

—¿Quieres mostrárselo a la novia?

Tomé aire.

—¡Cierto! Sí, la novia. Yo no soy la novia. Esto no es para mí.

Cuando miré a la asociada, estaba sonriendo.

—Sí... no es para ti. Para nada. ¡Vamos! Vamos a mostrárselo.

Me llevó de vuelta fuera del probador y hacia donde habíamos estado sentadas mientras Camille mostraba sus vestidos. Ella ya estaba allí, de pie en el pedestal, mirándose en el espejo. Vio mi reflejo y se le cayó la mandíbula.

—¡Dios mío, Amanda! ¡Mírate! ¡Estás impresionante! —Se dio la vuelta y volvió a chillar, sobresaltándose.

—¿Tú crees? —murmuré con una sonrisa, alisando la falda con mis manos.

—Sí —jadeó Amanda, corriendo hacia mí y tomando mis manos entre las suyas—. Ven aquí y

mírate.

Me llevó al pedestal y me giró para mirar los grandes espejos que nos rodeaban. Podía ver todos los ángulos de mi cuerpo en el vestido, y no parecía real. Nunca me había sentido tan hermosa antes. Realmente era como si el vestido hubiera sido hecho solo para mí.

Camille agarró mis hombros y los apretó con una risa.

—Vaya —suspiró—. Tienes que comprar este vestido.

La miré con incredulidad.

—¡Camille! Ni siquiera me voy a casar.

—Ambas sabemos que es solo cuestión de tiempo —respondió Camille poniendo los ojos en blanco—. Tú y Vincent deberían comprometerse ya. ¡Oh! ¡Podríamos planear nuestras bodas para el mismo día!

Negué con la cabeza y me reí.

—Acabamos de empezar a salir oficialmente, ¿y ya quieres que nos comprometamos? ¿Estás loca?

—Ustedes dos están obviamente locos el uno por el otro —insistió Camille—. Esto lleva siete años gestándose. ¿Por qué esperar un momento más?

Volví a negar con la cabeza, pero la idea se deslizó en mi cerebro y echó raíces allí. ¡Maldita sea, no quería hacer eso! No quería adelantarme a los acontecimientos. Las cosas estaban bien tal como estaban. ¡No había razón para presionar nada!

Forzando una risa, dije:

—Esto es encantador, de verdad, pero hoy no se trata de mí. Se trata de ti. Debería ir a quitarme esto y volver a centrarnos en ti.

Camille hizo un puchero.

—No eres divertida.

Sonreí y me encogí de hombros.

—Lo sé, lo sé. Soy una aguafiestas. Ahora vamos, déjame ir a quitarme esto.

Suspirando, Camille cedió.

—Está bien, haz lo que quieras. Pero ya verás, estarás caminando hacia el altar más pronto de lo que crees.

A pesar de mis mejores esfuerzos, no podía sacarme de la cabeza las palabras burlonas de Camille. Cuando llegué a casa, todavía estaba fantaseando con casarme con Vincent y pensando en ese vestido.

—¡Oye! ¿Cómo fue la búsqueda del vestido?

Di un salto y jadeé. Me di la vuelta y encontré a Vincent sentado en una silla en la sala de estar, con un libro en la mano. Arqueó una ceja, pareciendo divertido.

—No te vi ahí —respiré.

Riendo, respondió:

—Lo creo. Parecías bastante distraída.

Sacudiéndome lo peor de mi sorpresa, me acerqué a él y me incliné para darle un beso.

—Hola —dije con una sonrisa.

—Hola —respondió con una sonrisa propia.

Sentándome en el brazo de su silla, me apoyé contra él, y él me rodeó la cintura con su brazo.

—Algo gracioso pasó hoy —le conté.

—¿Mmm? ¿Qué fue?

—Camille me hizo probarme un vestido —me reí—. Y luego me estaba tomando el pelo, diciendo que deberíamos casarnos el mismo día que ella.

Me reí ligeramente, como si le estuviera contando una broma, pero Vincent no se rió.

Me miró fijamente, su expresión completamente seria.

—No nos casaremos el mismo día que Camille —dijo en un tono firme.

Fruncí el ceño.

—Ehhh... no, no esperaba que lo hiciéramos...

—Cuando me case contigo, te daré una boda única y especial que sea solo tuya.

Lo miré fijamente, atónita. Sin palabras.

Y tan feliz que las lágrimas picaron en las esquinas de mis ojos.

Con una risa, acuné su rostro y lo besé larga y profundamente, vertiendo todo mi amor y esperanza por nuestro futuro en la conexión.

CAPÍTULO VEINTITRÉS

Amanda

No podía recordar un momento en el que hubiera sido tan feliz. Todo iba bien con Vincent, y Eve estaba prosperando de una manera que nunca había visto ahora que tenía a su padre en su vida. Las cosas estaban encajando para nosotros, y sentía como si estuviera caminando en las nubes la mayoría de los días.

Parecía que nada podía interponerse en el camino de nuestra felicidad.

Aproximadamente una semana después de ir de compras de vestidos de novia con Camille, estaba en camino a recoger a Eve de la escuela. Me puse en la fila de coches que esperaban a sus hijos mientras la escuela terminaba, y no estaba prestando demasiada atención a la actividad que ocurría afuera. Después de todo, esto era rutina. No había razón para esperar nada diferente.

Pero cuando pasaron unos minutos y Eve no vino corriendo a mi coche, empecé a prestar más atención. Con el ceño fruncido, escaneé la multitud de niños que se hacía cada vez más pequeña a medida que los recogían para llevarlos a casa. Reconocí a algunos de los compañeros de clase de Eve, pero no la vi por ninguna parte.

Una chispa de pánico me recorrió.

¿Dónde estaba Eve? Esto no era propio de ella. Siempre corría hacia mi coche cuando llegaba, como si no pudiera esperar para verme y llegar a casa.

Saliendo de la fila, conduje hasta un lugar de estacionamiento cercano y me detuve, apagando el coche y saltando para correr hacia la escuela. Divisé a la maestra de Eve saliendo del edificio y corrí hacia ella.

Me vio venir y pareció sorprendida.

—¡Oh! Amanda —dijo, deteniéndose—. ¿Qué haces aquí?

Fruncí el ceño, desconcertada.

—¿Por qué crees que estoy aquí? ¡Para recoger a Eve! ¿Dónde está, Sarah?

Con los ojos muy abiertos, Sarah respondió:

—Alguien ya la recogió. Dijo que era un amigo de la familia. La oficina dijo que tenía la hoja de autorización necesaria...

La miré horrorizada.

—¿Qué? —grité—. ¿Quién era? ¿Cómo era?

La expresión de Sarah se volvió asustada.

—Um... yo... no estoy segura —respondió—. No era la maestra de turno hoy.

—Oh, Dios mío —jadeé, agarrándome la cabeza con las manos—. Oh, Dios mío, oh, Dios mío...

—¿Amanda? Lo siento mucho. ¿Debería llamar a la policía?

Antes de que pudiera responderle, sentí que mi teléfono vibraba en mi bolsillo. Lo saqué, tratando torpemente de contestar. Estaba en tal estado de pánico que al principio no reconocí el número.

—¿Hola? —grité—. ¿Eve? ¿Eres tú, cariño?

—Cálmate, Amanda —suspiró una voz familiar con exasperación—. La niña está bien. Solo necesitaba llamar tu atención.

Todo mi cuerpo se puso rígido, y la furia reemplazó mi miedo.

—Bill —gruñí—. ¿Qué demonios estás haciendo? ¿Por qué tienes a mi hija?

—Como dije, necesitaba llamar tu atención —explicó—. Tú y yo necesitamos hablar, Amanda.

Alejándome de Sarah, siseé:

—No tengo una maldita cosa que decirte, Bill. Devuélveme a mi hija, o llamaré a la policía.

—¿Realmente quieres hacer eso? —dijo, con tono burlón—. ¿Quieres someter a tu niña a ese trauma? Probablemente querrían interrogar a la escuela y averiguar cómo la conseguí. Solo se convertirá en un gran lío. Pero si aceptas tener una sola conversación conmigo, podemos resolver esto.

Apreté los dientes.

—Hijo de puta.

Nunca pensé que Bill llegaría tan lejos. Desde que rompí con él hace siete años, ha estado tratando de recuperarme. Incluso después de que tuve a Eve, siguió persiguiéndome. Lo rechacé una y otra y otra vez, pero simplemente se negaba a aceptar un no por respuesta.

Una de las razones por las que nos mudamos a Los Ángeles fue para alejarnos de él. Pensé que se había rendido después de eso.

Aparentemente, estaba equivocada.

—¿Cómo nos encontraste siquiera, Bill? —gruñí—. Me aseguré de que nadie te diera mi nueva dirección.

—Vi la transmisión en vivo de esa competencia de cocina en la que participaste —sonrió con suficiencia—. Felicidades, por cierto. No aprecié lo suficiente tu cocina cuando estábamos juntos. Me aseguraré de rectificar eso cuando nos reconciliemos.

Agarré mi teléfono con tanta fuerza que por un momento pensé que lo rompería. Quería gritarle que nunca nos reconciliaríamos, pero tenía a Eve, y aunque realmente no creía que le hiciera daño, tampoco habría pensado que la tomaría así. Claramente, había subestimado hasta dónde llegaría para conseguir lo que quería.

—Bien —dije entre dientes—. Si hablo contigo, ¿devolverás a Eve?

—Por supuesto que lo haré —respondió—. No soy un monstruo.

Era el peor tipo de monstruo. Un imbécil narcisista que pensaba que podía hacer lo que quisiera.

Sin embargo, en lugar de destrozarlo como quería, pregunté:

—¿Dónde quieres que nos encontremos?

—Hay una pequeña cafetería acogedora no muy lejos de ti —respondió—. Te enviaré la dirección por mensaje de texto. Encuéntrate conmigo allí en veinte minutos.

Antes de que pudiera decir otra palabra, colgó.

—¿Bill? —exclamé—. ¿Bill? ¡Bastardo!

Metí enojada mi teléfono de vuelta en mi bolsillo y me volví hacia Sarah, que todavía estaba de pie detrás de mí, observándome con una expresión aterrorizada.

—¿Está todo bien? —preguntó—. ¿Dónde está Eve? ¿Está bien?

—Eve estará bien —le dije—. Pero tengo que irme. Por favor, dile a la oficina que de ahora en adelante, nadie se lleva a Eve excepto yo o su padre. No me importa qué documentos les presenten. Nadie más la saca de esta escuela. ¿Entendido?

Sarah asintió.

—Sí, absolutamente. Se lo haré saber a la oficina.

Girando sobre mis talones, me dirigí furiosa a mi coche. Mientras me deslizaba en mi asiento y encendía el motor, mi teléfono volvió a vibrar. Era un mensaje de texto de Bill. La dirección donde quería encontrarse conmigo.

Salí marcha atrás del estacionamiento y me alejé de la escuela a toda velocidad, con el corazón acelerado y la mente dando vueltas mientras trataba de idear algún tipo de estrategia para lidiar con Bill antes de perder completamente el control de mi temperamento.

CAPÍTULO VEINTICUATRO

Amanda

Tuve que tomarme unos momentos cuando llegué a la cafetería para recomponerme antes de salir de mi coche y entrar. Tal como estaba, iba a necesitar cada onza de mi fuerza de voluntad para no lanzarme sobre Bill y molerlo a golpes por llevarse a Eve.

Al cruzar la puerta de la cafetería, miré alrededor y lo encontré sentado en una pequeña mesa en la esquina más alejada. Eve no estaba por ningún lado.

¿Qué demonios?

Me acerqué a él y golpeé la mesa con las manos.

—¿Dónde está ella? —siseé.

Me miró con una sonrisa burlona.

—Siéntate, Amanda —dijo en un tono arrogante—. No armes una escena.

Rechinando los dientes, me senté lentamente en la silla frente a él. Apretando los puños, lo fulminé con la mirada.

—Habla —exigí—. Ahora.

No lo hizo, en su lugar tomó un sorbo del café que tenía frente a él.

Tomándose su tiempo, finalmente dijo:

—Tu hija está con Debbie. Ella la está cuidando mientras tú y yo hablamos.

Fruncí el ceño.

—¿Debbie? ¿Qué demonios... la ex de Vincent, Debbie?

Asintió.

—La misma.

—¿Cómo diablos se conocieron ustedes dos?

Esto era demasiado increíble. ¿Cuáles eran las probabilidades de que esos dos se cruzaran, y mucho menos que se conocieran lo suficiente como para llevar a cabo esta jugarreta? No tenía que preguntarme qué querían, pero Bill tenía algún plan en mente con el que tendría que seguir la corriente si quería recuperar a Eve.

Sonriendo, dijo:

—Fue toda una casualidad, en realidad. Vine a Los Ángeles a buscarte y me encontré con ella en un bar cerca de mi hotel. Me contó que una rompehogares le había robado a su prometido, y puedes imaginar mi sorpresa cuando descubrí que esa rompehogares eras tú.

Dilaté las fosas nasales y clavé las uñas en mis palmas para evitar estirarme sobre la mesa y estrangularlo.

—No soy una rompehogares —le dije en un tono firme—. Ya se habían separado antes de que Vincent y yo estuviéramos juntos. Él ya no la quería. Para ser honesta, nunca la había querido.

Bill negó con la cabeza y chasqueó la lengua como en señal de desaprobación.

—¿Es eso lo que te dices a ti misma para aliviar tu conciencia culpable? —preguntó—. Ya es bastante malo que juegues constantemente con mi corazón, ¿pero ir y arruinar las relaciones de otras personas? Pensé que eras mejor que eso, Amanda.

Estaba delirando. Eso estaba claro. Lo sabía desde hacía años, sin embargo. Aun así, nunca antes lo había considerado peligroso.

Ahora empezaba a pensar que debía tener más cuidado con él.

—¿Así que estás haciendo esto por Debbie? —pregunté.

—Estoy haciendo esto porque debemos estar juntos —insistió—. Un pequeño error hace siete años no debería arruinar toda nuestra vida.

—¿Un pequeño error? —Estaba atónita y apenas podía creer lo que estaba diciendo—. Me engañaste durante meses, Bill. Eso difícilmente es un pequeño error.

Negando con la cabeza, me dio una sonrisa condescendiente y dijo:

—Cariño, necesitas aprender a dejar ir las cosas. Esa chica no significaba nada para mí. A veces los hombres necesitan esparcir su semilla, por así decirlo. Eso es todo lo que fue.

Soltando un largo suspiro de frustración, pregunté:

—Bill, solo dime qué quieres para que pueda recuperar a mi hija. Por favor.

Extendió la mano sobre la mesa, claramente queriendo que la tomara. Lo último que quería era tocarlo, pero la seguridad de Eve estaba en juego. Viendo lo loco que realmente estaba, y sabiendo ahora que Debbie estaba involucrada, sabía que tenía que seguirle la corriente con lo que él quisiera hasta que pudiera alejar a Eve de ellos.

A regañadientes, tomé su mano. Él envolvió sus dedos alrededor de los míos y apretó. Mi estómago se revolvió, pero luché para no dejar ver mi disgusto.

—Eso está bien —murmuró—. Ahora, cuando realmente lo piensas, sabes que estás destinada a estar conmigo. Tú y Vincent no son el uno para el otro. Son de mundos completamente diferentes. Tú y yo, en cambio, somos perfectos. ¿No lo crees?

Lo odiaba. Lo odiaba tanto que quería gritar. Sin embargo, amaba a Eve mucho más de lo que odiaba a Bill.

Soltando un largo suspiro, respondí en un susurro:

—Puede que tengas razón, Bill. Vincent y yo somos muy diferentes. Puede que no seamos la mejor pareja.

—Así es —asintió—. Y tú y yo lo somos, ¿verdad?

Tomando aire, meforcé a decir:

—Sí... tú y yo lo somos.

Sonrió, claramente satisfecho con mi respuesta.

—Por fin has entrado en razón —respondió—. Ahora, saca tu teléfono y envíale un mensaje a Vincent. Dile que se acabó.

Parpadeé.

—¿Quieres... quieres que lo haga ahora mismo?

—Sí —asintió—. Si realmente quieres decir lo que dijiste, no debería ser un problema, ¿verdad?

Me estaba desafiando y probando para ver si cumpliría con mis palabras.

Tragando saliva, saqué lentamente mi teléfono del bolsillo y deslicé la pantalla para desbloquearlo. Bill observó mientras escribía mi mensaje a Vincent.

Vincent, lo siento. Se acabó entre nosotros. Espero que puedas entenderlo.

—Déjame ver —exigió Bill.

A regañadientes, le entregué el teléfono. Leyó el mensaje y asintió con satisfacción.

—Bien —dijo, devolviéndomelo—. Envíalo.

Mi estómago se tensó hasta que pensé que podría enfermarme, pero sabía que no tenía otra opción. Me dije a mí misma que era por Eve. Vincent lo entendería. Él haría lo mismo si estuviera en mi situación.

Presioné el botón de enviar e inmediatamente apagué mi teléfono, demasiado asustada de cómo podría responder.

—¿Y ahora qué? —murmuré—. ¿Puedo recuperar a Eve ahora?

—Por supuesto, cariño —dijo Bill, tomando mi mano y depositando un beso prolongado en mis nudillos—. No deseo nada más que Eve esté con nosotros. Podemos ir a buscarla juntos.

Me obligué a sonreír aunque por dentro estaba gritando. No quería a Eve cerca de este monstruo, pero era demasiado tarde para eso. Me había acorralado y no tenía más remedio que ceder a sus exigencias. La ansiedad me dificultaba respirar y pensar con claridad.

Solo rezaba para que Eve estuviera bien. Que estuviera a salvo. También rezaba para que Vincent pudiera ver por mi mensaje de texto que algo andaba mal. No sabía qué podría hacer para ayudarme, pero sabía que si Vincent pensaba que estaba en problemas, movería cielo y tierra para llegar a mí.

Mientras estaba allí sentada mirando fijamente a Bill, con la piel erizada por su contacto y el estómago revuelto de asco, solo podía pensar en mi familia y en hacer todo lo posible para que volviéramos a estar juntos.

CAPÍTULO VEINTICINCO

Vincent

—Aquí tiene las proyecciones para el próximo trimestre, señor —dijo mi secretaria Angela mientras me entregaba una carpeta sobre mi escritorio—. Se ven bien, pero el sector este podría necesitar un pequeño impulso.

Tomé la carpeta y asentí. —Gracias, le echaré un vistazo. ¿Algún mensaje?

Ella negó con la cabeza. —No, nada nuevo. ¿Esperaba alguna llamada?

—No, no —respondí. Levantando la carpeta, dije—: Gracias por esto.

—No hay problema. —Girándose, se dirigió hacia la salida de mi oficina, cerrando la puerta tras ella.

Abrí la carpeta y eché un vistazo al contenido, pero no pude concentrarme en los números escritos en las páginas interiores. Algo no se sentía bien. No podía precisar qué era. Había algo que me molestaba en el fondo de mi mente.

De repente, mi teléfono móvil vibró. Lo cogí distraídamente y vi que tenía un mensaje de Amanda. Al abrirlo, leí el mensaje y me quedé helado.

¿Qué era esto?

Su mensaje decía que quería terminar las cosas. No tenía ningún sentido. Todo había estado genial cuando nos habíamos despedido esa mañana.

Al menos, yo había pensado que todo estaba genial.

¿Me habría equivocado?

¿Habría pasado algo por alto?

No, estaba seguro de que todo estaba bien.

Sin perder un segundo más, presioné el botón de llamada. Estaba seguro de que era solo un

malentendido, y si pudiéramos hablar...

La llamada no se conectó. Su teléfono estaba apagado.

El pánico se apoderó de mí y me puse de pie de un salto. Agarrando mis cosas, salí corriendo de mi oficina.

Pasando por el escritorio de Angela, dije: —Necesito que te pongas en contacto con Henry en seguridad y le pidas que envíe hombres a buscar a Amanda. No contesta su teléfono. Voy a ir a casa a ver si está allí.

Los ojos de Angela se abrieron de par en par y asintió. —Sí, de inmediato, señor.

Continué sin molestarme en asegurarme de que hiciera lo que le había pedido. Confiaba en Angela y sabía que lo haría. Dirigiéndome al estacionamiento, salté a mi coche y salí disparado hacia el tráfico. Seguí intentando llamar a Amanda mientras conducía a casa, pero finalmente tuve que rendirme. Era inútil intentar contactarla de esa manera.

Mi mente divagaba mientras pensaba en todo lo que ya había sucedido entre nosotros. Recordé cuando la vi por primera vez trabajando en mi empresa, y había pensado que seguramente era un sueño. La había deseado tanto entonces, pero no tenía esperanzas de que algo sucediera entre nosotros. Eso no me había impedido intentarlo, sin embargo.

Luego, descubrir lo de Eve... convertirnos en una familia.

Todo había encajado después de eso. Me había enamorado profunda y rápidamente de ella, y estaba seguro de que ella sentía lo mismo. Había dicho que sí cuando le pedí que estuviera conmigo, y cuando me contó lo que Camille había dicho sobre el matrimonio, supe en ese mismo instante que sería mi esposa.

No, no podía haberme equivocado. Ella estaba tan dedicada a mí como yo a ella.

Algo andaba mal.

Finalmente llegué a la casa y me detuve con un chirrido en la entrada. Corriendo adentro, comencé a gritar el nombre de Amanda.

—¡Amanda! ¿Dónde estás? ¡Por favor, dime que estás aquí!

El silencio me recibió.

Recorrí la casa buscándola, pero no había señales de que hubiera estado allí en horas. Eve tampoco estaba, y sabía que Amanda debería haberla recogido de la escuela hace un tiempo.

Terminando en la cocina, me agarré la cabeza con las manos, la desesperación palpitando a través de mí. ¿Qué se suponía que debía hacer ahora?

De repente, mi teléfono vibró. Lo saqué del bolsillo tan rápido que casi me rompí los pantalones.

Al ver que era Angela, contesté y dije: —¿La encontraste?

—No, señor, lo siento —respondió Angela—. Pero nos pusimos en contacto con la escuela y nos dijeron que Eve fue recogida por un hombre que no reconocieron. Al parecer, tenía documentos que decían que podía llevársela. Suponemos que eran falsos.

—Maldita sea —gruñí—. Sigán buscando, por favor. Voy a llamar a la policía. Algo no está bien.

—Sí, señor —dijo Angela antes de colgar.

Las alarmas sonaban en mi cabeza. Amanda había desaparecido y Eve había sido llevada por un extraño. Mi familia estaba en peligro. Podía sentirlo en mi interior.

Necesitaba encontrarlas y hacer pagar a quien se las había llevado.

Mientras corría de vuelta a mi coche, marqué a la policía, pero si encontraba al responsable de esto antes que ellos, no había garantía de que no lo hiciera sufrir por atreverse a tocar lo que era mío.

CAPÍTULO VEINTISÉIS

Vincent

—¿Reconoce a ese hombre, señor?

Miré fijamente la pantalla del ordenador donde el vídeo de vigilancia del jardín de infancia de Eve se reproducía una y otra vez. El agente de policía con el que estaba hablando pausó el vídeo para que pudiera ver mejor la figura en la pantalla. Apreté los dientes al reconocer al hombre que llevaba de la mano a mi hija mientras salían juntos de la escuela.

Era Bill.

—Hijo de puta —gruñí—. Es el ex de mi novia.

El agente asintió, pero antes de que pudiera decir algo, la puerta detrás de nosotros se abrió y otro policía entró. Se acercó al que estaba a mi lado y le murmuró algo al oído. El agente que me asistía pareció momentáneamente sorprendido, con los ojos abiertos, pero luego su expresión se volvió seria y asintió.

Mirándome, dijo:

—Los han traído, señor. Logramos rastrear su teléfono móvil mediante GPS.

Fruncí el ceño, con el corazón acelerado.

—¿Los? ¿Encontraron a Eve?

—Me temo que la niña sigue desaparecida —admitió el agente—. Pero hemos detenido a Bill y a su novia. Apparentemente estaban juntos en una cafetería cerca de la escuela. Él afirma que estaba a punto de llevar a Amanda con su hija.

Me tensé y espeté:

—¿Dónde está ella? ¿Dónde está Amanda?

—Lo llevaremos con ella, señor —dijo el agente.

Me condujo fuera de la habitación y por el pasillo hasta una sala de conferencias. Amanda estaba dentro, sentada a la mesa, con la cabeza entre las manos. Me apresuré a entrar.

—¡Amanda! —exclamé—. ¿Estás bien?

Ella levantó la mirada, con los ojos muy abiertos y las mejillas húmedas por las lágrimas.

—¿Vincent? —jadeó, poniéndose de pie.

Abrí los brazos y ella corrió hacia ellos sin dudarlo.

—Lo siento —sollozó contra mi pecho—. Lo siento mucho. No sabía qué hacer... Bill dijo que si hacía lo que él decía, me devolvería a Eve...

—Shhh, shhh, está bien —la tranquilicé, abrazándola fuerte y frotándole la espalda en lo que esperaba fuera un gesto reconfortante—. Lo entiendo. Lo comprendo, cariño. Yo también habría hecho cualquier cosa para recuperarla.

—¡Pero no la recuperamos! —lloró Amanda—. ¡Todavía está ahí fuera en alguna parte!

—La policía está interrogando a Bill —respondí, abrazándola con más fuerza—. Lograrán que hable. Se quebrará bajo la presión. Te prometo que lo hará.

Amanda asintió, pero seguía llorando, aterrorizada, y tuve que admitir que yo también estaba asustado.

Nos abrazamos durante varios minutos, y simplemente dejé que Amanda llorara en mis brazos hasta que el agente regresó.

—Está hablando —dijo.

—¿Dónde está Eve? —exigí saber.

—Según Bill, la niña está con su ex, señor —explicó el agente, pareciendo desconcertado.

Fruncí el ceño.

—¿Debbie? ¿Qué demonios? ¿Qué tiene que ver ella con esto?

—Querían separarnos —explicó Amanda con voz suave—. Bill dijo que recuperaría a Eve si

terminaba las cosas contigo, y que eso también abriría el camino para que Debbie volviera contigo.

—Ni de coña volvería con ella —gruñí—. ¿Dónde está Debbie ahora? ¿Tiene ella a Eve?

—Según Bill, él y Debbie debían encontrarse en el Puente Golden Gate —dijo el agente—. El plan era entregar a la niña allí.

—¡Tenemos que ir! —insistió Amanda—. Tenemos que ir a buscar a Eve.

—Nos estamos preparando para ir ahora —le aseguró el agente.

—Vamos con ustedes —dije bruscamente.

El agente parecía querer discutir, pero mantuve su mirada, desafiándolo a que me dijera que no. Finalmente, soltó un suspiro y asintió.

—Sí, de acuerdo —dijo—. Será mejor para Eve que estén con nosotros.

—Entonces no perdamos más tiempo —urgió Amanda—. Por favor, vamos.

El agente se dio la vuelta y nos condujo fuera de la habitación. Atravesamos la comisaría y salimos a un coche patrulla que nos esperaba. Ayudé a Amanda a entrar en la parte trasera y la seguí. El coche, junto con varios otros, salió de la comisaría y aceleró por la carretera, con las luces y las sirenas encendidas.

—Vincent, ¿y si llegamos demasiado tarde? —gimió Amanda, sosteniendo mi mano y apretándola.

—Debbie no le hará daño —dije, sonando un poco más confiado de lo que realmente me sentía. No quería pensar que Debbie caería tan bajo como para lastimar a una niña, pero nunca habría imaginado que llegaría tan lejos. Aun así, no quería asustar a Amanda más de lo que ya estaba.

Ella trató de mantener la compostura mientras nos acercábamos al puente. Los policías nos llevaron al lugar específico donde Debbie y Bill habían acordado encontrarse. Divisé a Debbie sentada en un banco del parque no muy lejos de la calle. Sus ojos se abrieron de par en par cuando vio los coches de policía, y por un momento, temí que intentara huir.

Los coches se detuvieron y los policías salieron, rodeándola antes de que tuviera la oportunidad

de correr. Amanda y yo nos apresuramos a salir de nuestro coche, siguiendo al agente que había estado trabajando con nosotros. Se acercó directamente a Debbie, quien intentó mantener una expresión serena.

—¿Puedo ayudarles? —preguntó en un tono altanero.

—Señora, sabemos que usted tiene a la niña —espetó nuestro agente—. Su cómplice ya ha confesado. Díganos dónde está.

Los ojos de Debbie saltaron del agente a mí, y dijo:

—¿Vincent? No puedes creer nada de esto, ¿verdad? Sabes que yo nunca haría algo así.

La miré con furia.

—No juegues conmigo, Debbie. Dime dónde está mi hija, o te juro por Dios que te arrepentirás.

No me importaba estar amenazándola frente a los policías. Que me acusaran de algo. Mientras recuperara a mi hija, me importaba un carajo lo que me pasara a mí.

Debbie era más fuerte de voluntad que Bill, pero pude ver cómo su determinación se desmoronaba ante no solo mi presencia, sino también ante el enjambre de agentes de policía.

Soltando un largo suspiro de derrota, admitió:

—Está bien... de acuerdo. Bill y yo trabajamos juntos y nos llevamos a la niña.

—¿Dónde está? —gruñí entre dientes apretados.

Ella dudó en responder, y eso me inquietó aún más.

—Yo... la até y la puse en un bote, luego la empujé hacia el agua.

—¿Que hiciste qué? —rugí.

—¡Maldita perra! —gritó Amanda, lanzándose hacia Debbie. Tuve que agarrarla por la cintura y sujetarla para que no se abalanzara sobre Debbie y la destrozara.

Varios de los agentes se interpusieron entre nosotros, sin duda pensando en proteger a Debbie de Amanda, pero comenzaron a hablar por sus radios. Estaba tan enfurecido y aterrorizado que

apenas podía entender lo que decían, pero las palabras búsqueda y rescate atravesaron la furiosa neblina que me rodeaba.

—¿Por qué hiciste eso? —le grité a Debbie—. ¿Por qué le harías algo así a una niña pequeña? ¿Estás loca?

—¡Necesitaba quitarla del medio! —exclamó Debbie, con un brillo demente en los ojos—. Tenía que quitarlas a las dos del medio. Entonces te darías cuenta de que tú y yo estamos destinados a estar juntos y volverías conmigo.

—Estás demente —murmuré, atónito. Pude ver en ese momento que Debbie necesitaba ayuda real. No estaba estable si era tan delirante como para pensar que deshacerse de mi hija y de Amanda me haría quererla.

—Señora, está bajo arresto por poner en peligro a un menor y secuestro —dijo uno de los agentes, acercándose a Debbie por detrás con las esposas.

Tomé a Amanda por los hombros y la aparté de la vista de Debbie siendo arrestada.

—¡Podría estar en el océano, Vincent! —sollozó Amanda—. ¿Y si le pasa algo? ¿Y si se cae del bote, o no pueden encontrarla, o...?

—Está bien, cariño —dije suavemente, abrazándola—. La encontrarán. Están saliendo ahora mismo. No ha pasado mucho tiempo, y Eve es una niña inteligente. Es fuerte y capaz, como su mamá. Se mantendrá a salvo hasta que lleguen a ella.

Amanda me miró con ojos rojos y grandes, y sorbió, asintiendo.

—Tienes... tienes razón —murmuré—. Tienes razón. Pero no estaré bien hasta que la tenga en mis brazos de nuevo, Vincent. Necesito que vuelva conmigo. Si algo le pasa...

—No pasará nada —le aseguré, atrayéndola para otro abrazo apretado.

Mantuve mi tono firme y confiado, pero por dentro estaba aterrorizado. A pesar de mis palabras de consuelo, me costaba encontrar consuelo en ellas yo mismo.

CAPÍTULO VEINTISIETE

Amanda

Pasó un día y una noche, y las autoridades aún no habían encontrado a Eve. Yo estaba hecha un desastre. Monté en cólera cuando no me dejaron subir al barco para ir a buscarla. Establecieron una base de operaciones en la costa, y me quedé allí, observando y esperando cualquier señal de que la hubieran encontrado.

A medida que pasaban las horas, Vincent intentó convencerme de que fuera a casa a descansar.

—No le serás de ninguna utilidad a Eve si te agotas —me dijo—. Ella te necesitará fuerte y capaz de cuidarla.

Sabía que tenía razón, pero no podía simplemente irme. Eve estaba ahí fuera en algún lugar, sola y asustada. El pensamiento me atormentaba. No creía que tuviera la oportunidad de relajarme o dormir mientras ella estuviera desaparecida.

Finalmente, cuando se acercaba el final del segundo día y aún no había señales de Eve, Vincent se me acercó con una mirada decidida en el rostro. Yo estaba de pie junto a la radio, esperando y escuchando la llamada que anunciara que habían recogido a Eve.

—Amanda, necesitas venir a casa conmigo —insistió Vincent, tomando suavemente mi mano y sacándome de mi niebla de pánico autoimpuesta—. Por favor. Estás a punto de desplomarte. Eve no querría esto para ti. Estaría muy disgustada si pudiera verte ahora mismo.

Negando con la cabeza, respondí:

—No puedo. Ella sigue ahí fuera...

En ese momento, mis rodillas cedieron y casi me derrumbé. Vincent me atrapó en sus brazos y me ayudó a mantenerme en pie. Mi cabeza comenzó a dar vueltas y las lágrimas brotaron de mis ojos. Ya no podía negar que él tenía razón. Estaba al límite de mis fuerzas. No podía seguir así.

Si no dejaba que Vincent me llevara a casa, podría terminar enferma o herida, y ¿cómo podría consolar a Eve entonces?

—De acuerdo —murmuré, asintiendo—. De acuerdo, iré a casa. Pero, por favor, asegúrate de que nos mantengan informados...

—Lo haré —prometió Vincent—. Los oficiales nos mantendrán al tanto. En el momento en que la encuentren, nos lo harán saber.

Intenté encontrar consuelo en sus palabras, pero el miedo y la preocupación seguían abrumándome. Aun así, no luché cuando Vincent comenzó a alejarme de los oficiales y su centro de mando. Me llevó a un coche que nos esperaba. El conductor abrió la puerta trasera y nos deslizamos juntos.

Vincent me sentó en su regazo y me abrazó mientras nos llevaban a casa. Una vez que llegamos y salimos del coche, me levantó en sus brazos y me llevó dentro de la casa. Caminó directamente a su dormitorio y me dejó en la cama. Me quedé sentada, entumecida, mientras él iba al baño y abría el grifo para llenar la bañera. Volviendo al dormitorio, se acercó a mí y comenzó a desvestirme con cuidado. Fue gentil... tratándome como si estuviera hecha de porcelana.

Cuando estuve desnuda, me levantó de nuevo y me llevó al baño. La bañera estaba casi llena de burbujas, y el agua olía a lavanda. Vincent me metió en la bañera y luego se quitó su propia ropa. Subiendo a la bañera conmigo, se sentó detrás de mí para que pudiera recostarme contra su pecho. No hablamos mientras agarraba una esponja y comenzaba a limpiarme tiernamente. Cuando terminó con mi cuerpo, empezó a lavarme el pelo. Mojó mi cabello y se enjabonó las manos con champú. Dejé escapar un suspiro de gratitud cuando comenzó a masajear mi cuero cabelludo y a pasar sus dedos por mi pelo.

Poco a poco, algo de la tensión en mis hombros comenzó a disminuir. Sin embargo, mi miedo no me abandonó. Permaneció como un nudo apretado en lo profundo de mi estómago.

Cuando estuve limpia y el agua comenzaba a enfriarse, Vincent salió de la bañera, se secó y se puso una bata. Volvió para ayudarme a salir de la bañera también, luego tomó una toalla limpia y se encargó de secarme. Llevándome de la mano, me llevó de vuelta al dormitorio y agarró una de sus camisetas para que me la pusiera. Me quedaba enorme, con el dobladillo llegándome hasta los muslos.

—Vamos a meterte en la cama —dijo con voz suave.

Asentí pero no dije nada. No creo que fuera capaz de hablar en ese momento. Estaba demasiado exhausta, demasiado asustada y demasiado triste. Vincent retiró las sábanas y me guió para que

me acostara, y luego me arropó. Moviéndose hacia el otro lado de la cama, se quitó la bata y se acostó a mi lado. Rodeando mi cintura con su brazo, me atrajo hacia él. Depositó un suave beso en mi hombro.

—Intenta dormir un poco —susurró.

Su dulzura me quebró, y las lágrimas comenzaron a correr por mis mejillas. Vincent me abrazó con más fuerza, ofreciéndome el consuelo que podía. Intenté relajarme lo suficiente para dormir, pero aunque mi cuerpo estaba más allá del agotamiento, mi mente no dejaba de dar vueltas. Continuaba repasando algunos de los peores escenarios que podrían estarle sucediendo a mi Eve.

No sé cuánto tiempo pasó antes de que la respiración de Vincent se volviera uniforme y constante mientras se quedaba dormido. Me acurruqué más cerca de él. Mis lágrimas dejaron de caer en algún momento de la noche; creo que simplemente se me acabaron.

No fue hasta el amanecer que finalmente sentí la atracción del sueño, mi cerebro ralentizándose lo suficiente como para poder cerrar los ojos sin ver a Eve abandonada y sola, proyectada como una película en el reverso de mis párpados.

Mientras la luz del sol comenzaba a colarse por las cortinas de la ventana, me rendí por completo y me sumergí en un sueño inquieto.

Abrí los ojos parpadeando, momentáneamente desorientada. Me tomó varios momentos para que los recuerdos de los últimos días volvieran a mi mente. Me senté de golpe con un jadeo.

—¿Eve? —gemí.

Mirando alrededor, recordé que estaba en la habitación de Vincent, en su cama... pero él no estaba por ningún lado.

Fruncí el ceño, confundida. ¿Qué hora era? Al mirar el reloj de la mesita de noche, vi que era casi mediodía. Había logrado dormir varias horas, y debí haber dormido profundamente porque no recordaba que Vincent se hubiera levantado de la cama en absoluto.

De repente, hubo un suave golpe en la puerta.

—¿Sí? —respondí. Mi voz sonaba ronca y mi garganta dolía.

La puerta se abrió y Jan, el ama de llaves de Vincent, entró con una bandeja de comida en las manos.

—Buenos días —sonrió, trayéndome la bandeja y colocándola sobre mi regazo—. Le he traído el desayuno. Me dieron instrucciones estrictas de asegurarme de que coma algo.

Había un hermoso tazón de fruta y avena con canela y azúcar morena. Olía delicioso, pero no tenía apetito.

—¿Dónde está Vincent? —pregunté con voz débil.

Jan me dio una sonrisa comprensiva y dijo:

—Salió para reincorporarse a la búsqueda. Quería que usted descansara, así que no deseaba molestarla.

Fruncí el ceño ante eso. Una parte de mí estaba irritada de que hubiera tomado tal decisión sin decírmelo, pero otra parte estaba realmente agradecida de que lo hubiera hecho. No estaba completamente descansada, ya que mi sueño había estado lleno de pesadillas, pero me sentía más yo misma que el día anterior. Podía pensar con más claridad y podía rechazar los peores de mis pensamientos llenos de pánico.

—¿Ha habido alguna noticia? —Mi corazón se apretó con esperanza.

Jan negó con la cabeza tristemente.

—Me temo que no, pero Vincent dijo que si se despertaba antes de que él regresara, tendría un coche listo y esperando para llevarla de vuelta al puente.

Me animé con eso.

—¿En serio? De acuerdo...

—Pero tiene que comer algo —me dijo Jan con firmeza—. Vincent no quiere que se ponga en riesgo.

Pensé en discutir por un momento, pero luego decidí no hacerlo. Sería una pérdida de tiempo, y no quería hacer nada que metiera a Jan en problemas.

Tomando la avena, comencé a metérmela en la boca.

—No se haga daño —me imploró Jan con un movimiento de cabeza.

Le lancé una mirada y ralenticé un poco mi forma de comer, pero estaba ansiosa por volver allí y buscar a Eve. Jan pareció entender mi prisa porque no intentó que me ralentizara de nuevo. Una vez que la avena se acabó, aparté la bandeja y salté de la cama, apresurándome por el pasillo hacia mi habitación. Me apresuré a vestirme y prepararme y luego casi corrí escaleras abajo.

—¡Jan! ¿Puedes avisarle al conductor que estoy lista para irme? —grité mientras me apresuraba a encontrar mis zapatos y chaqueta.

Jan no respondió, pero antes de que pudiera llamarla de nuevo, la puerta principal se abrió de repente.

Me di la vuelta y dejé escapar un grito de sorpresa y alivio.

Era Vincent, había vuelto, y tenía a Eve apretada con fuerza en sus brazos.

—¡Eve! —exclamé, corriendo hacia ellos.

—¡Mamá! —gritó Eve, soltando el cuello de Vincent para extender sus brazos hacia mí. La alcancé y la agarré, abrazándola fuertemente contra mí. Comencé a sollozar y lentamente me arrodillé. Eve estaba llorando y me abrazaba tan fuerte que casi me estaba ahogando, pero no me importaba. Tenía a mi bebé de vuelta, y eso era todo lo que importaba.

—Oh, Dios mío —murmuré, mirando a Vincent—. ¿Qué pasó? ¿Cómo la encontraste?

Él estaba sonriendo, luciendo orgulloso mientras miraba a Eve.

—Nuestra pequeña inteligente pidió ayuda cuando estaba en ese bote —explicó—. Un barco pesquero que pasaba la escuchó y la recogió. La trajeron de vuelta a la orilla pero no pudieron encontrarnos hasta esta mañana. Dijeron que fue muy valiente. Fue una niña grande.

Soltando un suspiro tembloroso, enterré mi cara en el cuello de Eve. Al mismo tiempo, extendí mi mano hacia Vincent. Él pareció dudar un momento, pero luego la tomó y se arrodilló en el suelo con nosotras. Nos rodeó con sus brazos a Eve y a mí, y los tres nos abrazamos, compartiendo nuestra alegría de estar reunidos.

De ser una familia una vez más.

CAPÍTULO VEINTIOCHO

Vincent

Después de casi perder a Eve, no iba a desperdiciar más tiempo. Éramos una familia, y pensaba atesorar cada momento que tuviera con Amanda y Eve. Me tomé un tiempo libre del trabajo para que pudiéramos alejarnos de la ciudad y dejar atrás la terrible experiencia que acabábamos de vivir.

Decidí llevar a mis chicas a Hawái. Amanda me había dicho que nunca había estado allí, pero era uno de sus destinos de viaje soñados. Pensé que era hermoso y lo suficientemente cerca como para que Eve no tuviera que soportar un vuelo largo.

De hecho, decidí reservar nuestros lugares en un barco para que pudiéramos tener aún más tiempo juntos.

Eso, como resultó, fue un gran error.

Apenas habíamos avanzado una hora en el viaje cuando tanto Amanda como Eve se marearon horriblemente. Eve fue la primera en caer. Al principio, pensé que solo había comido algo que no le había gustado o que estaba nerviosa por estar en otro barco, aunque fuera uno mucho más grande. Sin embargo, los niños vomitaban todo el tiempo, pensé. Se recuperaría una vez que llegáramos a Hawái.

Luego, Amanda se enfermó, y supe que estábamos en una situación mucho más delicada de lo que había pensado originalmente. Les encontré asientos alejados del resto de la gente en el barco y corrí a buscarles agua. Ambas estaban verdes y parecían exhaustas cuando regresé.

—¿Alguien vomitó de nuevo? —pregunté con cautela, entregándoles una botella de agua a cada una.

—Yo lo hice —murmuró Amanda, abriendo la tapa de la botella y tomando un sorbo cuidadoso—. Apenas logré llegar al borde.

—Estaremos allí pronto, no te preocupes —le aseguré, sentándome a su lado para poder frotarle la espalda—. Una vez que lleguemos, ambas podrán descansar en la habitación del hotel. Estoy

seguro de que se sentirán mejor cuando estén en tierra firme de nuevo.

Me dio una débil sonrisa y apoyó su cabeza en mi hombro. Eve estaba estirada en el banco a su lado, con la cabeza en el regazo de Amanda. Extendí la mano y pasé mis dedos por su cabello.

—¿Estás bien, cariño? —pregunté en un tono suave.

Eve levantó la mirada hacia mí. La pobre se veía miserable, y me hizo doler el pecho.

—Me duele la pancita, papi —gimió.

—Lo sé, bebé —asentí—. No te preocupes. Cuando bajemos del barco, te conseguiré un poco de ginger ale.

La comisura de su boca se torció, y se acurrucó más cerca de Amanda.

—Lamento que hayamos tenido un comienzo tan difícil —susurró Amanda—. Solo querías llevarnos de viaje y ahora tienes que cuidarnos. No es justo para ti.

Le di un beso en la parte superior de la cabeza. —No tienes por qué disculparte. ¿Y no es justo? Has pasado los últimos siete años cuidando a Eve tú sola. Esto es lo mínimo que puedo hacer. Déjame cuidarte, ¿de acuerdo?

Me dio una risa cansada. —Está bien... De todos modos, estoy demasiado débil para discutir contigo. Además, en realidad eres bastante bueno en esto de cuidar.

—Gracias —respondí con una sonrisa.

Ella se rio de nuevo y se acurrucó en mi cuello.

—Te amo —murmuró.

Mi corazón latió con fuerza en mi pecho, y perdí el aliento por un momento.

—Yo también te amo —susurré.

Mi mente divagó hacia la pequeña caja de joyas escondida en mi equipaje. Este viaje definitivamente no había comenzado como yo esperaba, pero no estaba dispuesto a renunciar a mis planes.

Para el final del día, estaba decidido a que Amanda sería mi prometida.

Llegamos a Hawái, solo un poco peor de lo que esperábamos. Nos registré en nuestro resort, y nos dirigimos a nuestro bungalow privado al borde del agua. Amanda y Eve fueron inmediatamente a ducharse y asearse después de su angustiada experiencia en el barco. Mientras ellas hacían eso, me escabullí para asegurarme de que todos mis preparativos estuvieran listos.

Cuando regresé, Amanda estaba arrojando a Eve en la cama de una de las habitaciones. La niña ya estaba profundamente dormida, pero Amanda, afortunadamente, se veía renovada y mucho mejor que antes. Llevaba un vestido blanco y suelto, y su cabello se estaba secando y formando suaves ondas alrededor de su rostro.

No me di cuenta de que estaba mirando fijamente hasta que ella levantó la vista y se encontró con mi mirada.

Riendo suavemente, dijo: —No te preocupes. Estamos vivas.

Me sacudí del estupor en el que me había sumido y sonreí.

—Te ves mucho menos verde —bromeé.

Le dio un beso en la frente a Eve y luego cruzó la habitación hacia mí.

—¿Adónde fuiste? —preguntó, deslizando sus brazos alrededor de mi cintura—. Salimos del baño y habías desaparecido.

—Estaba preparando una sorpresa para ti —le dije con una sonrisa traviesa.

Sus ojos se agrandaron. —¿En serio? ¿Qué tipo de sorpresa?

—Ven conmigo.

Tomé su mano y nos dirigimos a través del bungalow y salimos al exterior. Había un gran muelle que se extendía desde nuestra puerta sobre el agua, y en el extremo del muelle, había colocado una gran manta. Pétalos de flores habían sido esparcidos alrededor, y el resort había preparado una cesta de picnic con comida y una botella de champán.

Amanda jadeó cuando lo vio.

—¡Oh, Dios mío! —exhaló—. ¡Vincent! Esto es hermoso.

No dije nada mientras la llevaba por el muelle hacia nuestro picnic. Me sorprendió lo nervioso que estaba. Había estado pensando en este momento durante mucho tiempo, y nunca había estado tan seguro de algo en toda mi vida. Mi nerviosismo no se debía a ninguna duda o incluso miedo a que dijera que no.

Quería que esto fuera perfecto. Para ella. Para mí.

Para nosotros.

Cuando Amanda se movió para sentarse en la manta, tiré de su mano y la detuve.

—Espera, hay algo que quiero hacer primero —dije.

Me miró con el ceño fruncido, claramente confundida.

—¿Qué es? —preguntó.

Soltando un profundo suspiro, saqué la caja del anillo de mi bolsillo trasero. Arrodillándome, la abrí y le presenté el anillo de compromiso que había elegido semanas atrás.

—¿Te casarías conmigo?

CAPÍTULO VEINTINUEVE

Amanda

Miré a Vincent, completamente atónita.

—Tú... ¿quieres casarte conmigo? —balbuceé.

Él sonrió y asintió.

—Con todo mi corazón, sí.

Parpadeé, mi mente tratando de procesar lo que estaba sucediendo. No era la perspectiva de pasar mi vida con él lo que me tenía algo conmovida. Hacía tiempo que sabía que quería envejecer con este hombre. Supongo que pensé que él necesitaría más tiempo para llegar a esa conclusión también, por lo que estaba genuinamente sorprendida de que ya me lo estuviera pidiendo.

Mi vacilación pareció preocuparlo porque frunció el ceño y preguntó:

—¿Qué... qué piensas?

—¡Sí! —exclamé, la palabra brotando de mis labios antes de darme cuenta de que estaba respondiendo—. ¡Sí, por supuesto que me casaré contigo!

Vincent soltó una risa de alivio y se puso de pie de un salto. Lancé mis brazos alrededor de su cuello y presioné mis labios contra los suyos, riendo de alegría. Dejamos de besarnos el tiempo suficiente para que tomara mi mano y deslizara el anillo en mi dedo. Era precioso: un diamante redondo engastado en una banda de oro blanco.

Miré del anillo a él, con lágrimas de alegría llenando mis ojos.

—¿Tenías esto planeado desde el principio? —pregunté.

Él asintió.

—Sí. Quería que este momento fuera especial para ti. Después de todo lo que hemos pasado... todos los años que hemos estado separados... este es un nuevo comienzo para nosotros, Amanda.

Un nuevo inicio.

Lo abracé, presionando mi mejilla contra su pecho.

—Es perfecto —susurré—. Te amo tanto, Vincent. Supe que eras el indicado para mí aquella primera noche que pasamos juntos, pero no quería reconocerlo entonces. Ahora, sin embargo, puedo ver que nunca pude seguir adelante y encontrar a alguien más porque no había nadie más para mí.

Sus brazos me apretaron mientras dejaba escapar una risa ahogada.

—Me siento exactamente de la misma manera —admitió—. Nunca iba a funcionar con nadie más. Jamás. Estábamos destinados el uno para el otro, Amanda. Tú, yo y Eve. Estábamos destinados a ser una familia.

Mis lágrimas se liberaron y rodaron por mis mejillas mientras nos abrazábamos, el hermoso atardecer hawaiano rodeándonos con un suave resplandor que parecía reflejar el calor de nuestro amor.

Vincent colocó su dedo bajo mi barbilla e inclinó mi cabeza hacia él. Me besó, y al principio fue suave y tierno, pero luego esa pasión que siempre ardía entre nosotros estalló en un infierno. Sus labios se deslizaron sobre los míos con más agresión y necesidad. Mi corazón comenzó a acelerarse, y gemí cuando su lengua se deslizó en mi boca para enredarse con la mía.

Lo siguiente que supe fue que me estaba recostando sobre la manta. Movié sus labios a lo largo de mi mandíbula y luego bajó por mi garganta, besando su camino hasta mi clavícula. Luego, mirándome, bajó la parte superior de mi vestido para exponer mis pechos. Solté un suspiro cuando tomó uno de mis pezones en su boca y lo succionó. Se sentía tan bien que no pude evitar arquear mi espalda. Cuando terminó con ese pecho, se movió al otro y le dio la misma atención.

Podía sentir cómo me humedecía. Mi desesperación por él se intensificó hasta que estuve ondulando mis caderas en una invitación descarada. Vincent agarró mi falda y la subió alrededor de mis caderas. Deslizó su mano entre mis piernas y me acarició con sus dedos. Gemí, el placer inundándome.

—Eres tan hermosa —murmuró justo antes de reclamar mis labios una vez más con los suyos.

Dejé escapar un pequeño grito cuando deslizó primero uno, luego dos dedos dentro de mí. Los

bombeó lentamente hacia adentro y hacia afuera, preparándome para lo que vendría después.

—Vincent —jadeé—. Por favor... te necesito.

—¿Qué necesitas, nena? —gruñó. Sabía lo que estaba haciendo. Me estaba provocando, atormentando.

Gimiendo, respondí:

—Yo... te necesito dentro de mí. Por favor.

Su boca encontró la mía para otro beso enérgico, y luego forcejeó para desabrocharse los pantalones. Una vez libre, tomó su longitud en la mano y la alineó con mi entrada. Manteniendo mi mirada, se hundió en mí de una sola embestida. Jadeé, envolviendo mis manos alrededor de su cuello.

Vincent comenzó a moverse. Pasó sus manos sobre mí mientras lo hacía, aparentemente dejando un rastro de chispas a lo largo de mi piel.

Mi liberación llegó tan rápidamente que me sorprendió. Me atravesó, y el impulso de gritar fue abrumador. Por un momento, me preocupé de que el ruido llegara al bungalow y a Eve, quien seguía dormida adentro hasta donde yo sabía. Como si pudiera leer mis pensamientos, Vincent puso su mano sobre mi boca para ahogar mi grito. Lo miré fijamente, fascinada mientras él también alcanzaba su clímax. Su rostro se contrajo, y dejó escapar un breve grito cuando comenzó a vaciarse dentro de mí.

Era salvaje. Era hermoso.

Era mío.

Después, yacimos en los brazos del otro sobre la manta, disfrutando del calor de nuestro amor y satisfacción. Estaba tan feliz que no podía hablar, pero sabía que no necesitaba hacerlo. Estábamos juntos, y eso era todo lo que importaba.

Cuatro Meses Después

El golpe en la puerta me sobresaltó. Me giré desde mi reflejo, donde había estado retocando mi

lápiz labial, y fruncí el ceño a Camille, que estaba de pie cerca.

—¿Quién es? —preguntó, cruzando la habitación para abrir la puerta. Dejó escapar un jadeo cuando vio quién era—. ¡Oye! Sal de aquí. Es de mala suerte ver a la novia antes de la boda.

—Camille, con todo respeto, apártate —oí refunfuñar a Vincent.

Tomando muy en serio sus deberes de dama de honor, Camille soltó un resoplido y respondió:

—Ni en tus sueños.

—¡Amanda! —llamó Vincent—. ¡Tengo algo que mostrarte!

Levantándome de mi silla, caminé hacia la puerta, riendo y sacudiendo la cabeza.

—Tranquila, Camille —bromeé—. Creo que estaremos bien si entra.

Ella se encogió de hombros y se apartó.

—Si tú lo dices.

Me moví hacia la puerta y perdí el aliento al ver a Vincent en su esmoquin. Estaba tan guapo que, por un momento, no pude encontrar palabras para decir.

Al fin, logré balbucear:

—Um... ¿qué... qué es?

Él me estaba mirando con la boca abierta, sus ojos recorriéndome de pies a cabeza.

—Tú... estás deslumbrante —murmuró.

Mis mejillas se sonrojaron.

—Muy bien... ¿qué era tan importante que arriesgase maldecir nuestro matrimonio? —pregunté con un bufido nervioso.

Dando una pequeña sacudida a su cabeza, extendió la mano y agarró la mía.

—Ven conmigo —dijo con una risita.

Curiosa, lo seguí. Me guio hasta una puerta lateral de la iglesia que daba a un camino de entrada en el exterior. Había una camioneta estacionada afuera con el nombre de una floristería local impreso en el costado. La parte trasera de la camioneta estaba abierta y llena de rosas.

—¿Qué... qué es esto? —jadeé, atónita.

—Lo organizaron mis padres —dijo Vincent moviendo la cabeza.

Lo miré con los ojos muy abiertos. —¿En serio?

Asintió. —Sí, y enviaron esto con las flores.

Me entregó un papel doblado. Curiosa, lo abrí y vi que era una carta manuscrita de sus padres.

Mientras la leía, me sorprendí. Se disculpaban por haber pensado mal de mí y por querer que Vincent se casara con alguien de su elección. Explicaban que estaban felices por nosotros dos. Nos felicitaban y expresaban cuánto lamentaban no poder asistir a la boda. Aaron se había sometido a una cirugía de cadera y viajar simplemente no era una opción para ellos. Sin embargo, habían enviado las rosas como regalo y una forma de desearnos lo mejor.

Cuando terminé de leer, estaba parpadeando para contener las lágrimas.

—Oh, vaya —susurré—. Eso es... es hermoso.

Vincent acunó mi rostro y me besó la frente.

—No me lo esperaba —admitió—. Pero estoy... estoy feliz de que hayan cambiado de opinión sobre nosotros. Quiero que todos podamos ser una familia. Quiero que Eve tenga una relación con sus abuelos.

—Yo también quiero eso —dije, dándole una pequeña sonrisa—. Creo que ahora lo tendremos. Creo que todo va a estar bien.

—Sí —asintió—. Yo también lo creo.

Nos quedamos allí un momento, observando a los repartidores mientras comenzaban a descargar la camioneta.

—Vamos —dijo Vincent al cabo de un rato, tomando mi mano de nuevo—. Vamos a casarnos.

—De acuerdo —sonreí.

Nos dimos la vuelta y regresamos a la iglesia. Menos de una hora después, estábamos de pie juntos frente al altar, mirándonos mientras el pastor nos guiaba a través de nuestra ceremonia. Eve estaba con nosotros, actuando tanto de niña de las flores como de portadora de los anillos. Nos observaba con una expresión de asombro en su rostro. Sostenía una de las manos de Vincent, y yo sostenía la otra.

—Ahora, traigan los anillos —declaró el pastor.

Todos miramos a Eve, quien pareció salir de un trance cuando se dio cuenta de que todos la observaban. Sus ojos se agrandaron con entendimiento, y tomó mi anillo del pequeño cojín de seda que sostenía y lo acercó hacia mí como si fuera a ponérmelo en el dedo.

—No, no, querida —dijo el pastor con una suave risa—. Entrégaselo a tu papá. Él se lo pondrá a tu mamá en el dedo.

La boca de Eve formó una O, y se escucharon risas ligeras por toda la capilla. Vincent y yo también reímos, y él se inclinó para tomar el anillo de la mano de Eve.

—Gracias, cariño —le dijo, guiñándole un ojo.

Eve sonrió y le entregó el anillo. Volviendo su mirada hacia mí, sostuvo mi mano mientras deslizaba el anillo en mi dedo, repitiendo las palabras que el pastor le indicaba. Mi corazón latía con fuerza mientras tomaba su anillo de Eve y se lo ponía en el dedo repitiendo las palabras del pastor.

La expresión de Vincent prácticamente resplandecía de alegría, y mi corazón se sentía tan lleno que pensé que podría estallar.

Poco después, el pastor anunció: —Por el poder que me confiere el Estado de California, os declaro marido y mujer. Puede besar a la novia.

Vincent me atrajo hacia sus brazos y me dio un beso que me llegó al alma y me dejó las rodillas débiles. Nuestros invitados aplaudieron, y Eve rió encantada. Cuando finalmente terminamos nuestro beso, yo sonreía de oreja a oreja, al igual que Vincent.

Al girarme, entrelacé mi brazo con el suyo, y caminamos juntos por el pasillo. Eve iba a su otro lado, aún cogida de su mano. Mi estómago dio un vuelco, y estaba tan abrumada de felicidad que

casi me sentía mareada.

Llegamos a nuestro coche, que nos llevó al salón de la recepción a pocos kilómetros de distancia.

—¿Estás lista para una fiesta? —le preguntó Vincent a Eve, que estaba sentada entre nosotros.

Sonriendo, exclamó: —¡Sí! ¿Cuándo comemos el pastel?

Me reí y le aparté el cabello de la frente.

—Comemos el pastel después de la cena —le dije—. Y de algunos discursos.

Arrugó la nariz, claramente descontenta con esa idea. —¿Por qué?

Vincent se rió. —La gente quiere desearnos lo mejor, y tenemos que agradecer a todos por venir a la boda.

Suspirando, Eve respondió: —Vale, pero no dejes que se alarguen mucho.

—No te preocupes. —Le di un beso en la cabeza y compartí una mirada con Vincent—. Nos aseguraremos de que todo vaya rápido.

Intentamos cumplir esa promesa, pero no teníamos mucho control sobre la velocidad con la que se servía la cena de varios platos. Mi malestar estomacal no desapareció, lo que me quitó algo de apetito. Una vez que terminó la comida y retiraron los platos, se sirvió y repartió champán en preparación para los discursos.

Después de que mi padre, Camille y Adonis, que era el padrino de Vincent, dieran sus brindis, Vincent se levantó para dar el suyo.

—Quiero agradecer a todos por venir a celebrar esta feliz ocasión con nosotros —anunció. Sonriéndome, continuó—: Sé que soy el hombre más afortunado del mundo por haber encontrado a Amanda no una, sino dos veces. Y somos bendecidos de tener a nuestra hija aquí para celebrar con nosotros también. Ha sido un largo camino para llegar hasta aquí, y algunas partes definitivamente han sido difíciles, pero el hecho de que hayamos llegado a este punto juntos es un testimonio de nuestro amor y dedicación mutua. —Acunó mi rostro y acarició mi mejilla con el pulgar—. Te amo, Amanda. Nunca he amado a nadie como te amo a ti y a Eve. Te prometo que pasaré el resto de mi vida demostrándote cuánto significas para mí.

Los aplausos se elevaron cuando terminó, y se inclinó para presionar sus labios contra los míos. Estaba eufórica, pero en ese momento, mi estómago se revolvió y sentí la repentina necesidad de vomitar. Tapándome la boca con la mano, me puse de pie de un salto, sobresaltando a Vincent, y corrí lejos de la mesa hacia el baño más cercano.

Apenas llegué al inodoro antes de enfermarme.

Cuando terminé, después de un breve momento de arcadas secas, me senté en el suelo e intenté recuperar el aliento.

—¿Amanda? ¿Estás bien?

Miré a Vincent y le di una débil sonrisa.

—Yo... ¿creo que sí? —Negué con la cabeza—. No estoy segura de qué está pasando. Me sentí bien la mayor parte del día. Ni siquiera recuerdo la última vez que vomité. Creo que pudo haber sido cuando estaba embarazada de Eve...

Me quedé callada, atónita, y Vincent y yo nos miramos con los ojos muy abiertos.

—¿Embarazada? —murmuró.

Asentí con la cabeza.

—Sí... es decir, ¿tal vez? ¿Te... te parecería bien?

Sus labios se curvaron en una amplia sonrisa emocionada.

—¡Por supuesto! —exclamó, arrodillándose a mi lado—. No deseo nada más que hacer crecer nuestra familia, Amanda. ¡Que estés embarazada sería maravilloso!

Me reí, aliviada. Apoyó su frente contra la mía, y nos sumergimos en la posibilidad de un futuro aún más brillante de lo que habíamos anticipado.

CAPÍTULO TREINTA

Amanda

Tres meses después

—¡Vincent! —grité, desbordada de emoción—. ¡Vincent! ¡Ven rápido! ¡El bebé está pateando!

Estaba sentada en la sala con los pies en alto, exhausta y aún con náuseas a pesar de estar ya en el tercer mes de embarazo. Al mismo tiempo, me sentía tan feliz que apenas podía contenerme. La vida con Vincent era más dichosa de lo que jamás hubiera imaginado. Nuestra pequeña familia se había adaptado fácilmente a nuestra nueva vida juntos, y no podíamos esperar a que llegara nuestro nuevo integrante.

Era un poco gracioso ver cómo Vincent manejaba mi embarazo. Para mí, era el segundo, pero para él, era realmente el primero. No había estado presente cuando estuve embarazada de Eve. No sabía qué esperar, y pasaba por momentos de pánico y ansiedad por cada pequeña cosa. Teníamos a Jan y a otros ayudantes domésticos para cuidarme, pero Vincent había insistido en trabajar desde casa tanto como fuera posible para estar a mi disposición. Era increíblemente dulce, pero algunos días deseaba que fuera a la oficina para tener un poco de tiempo para mí. Sin embargo, no iba a quejarme. Si quería mimarme, iba a dejarlo.

Unos segundos después de haberlo llamado, Vincent apareció doblando la esquina y entrando a la habitación.

—¿Qué pasa? —exclamó—. ¿Qué ocurre? ¿Estás bien?

Le hice señas para que se acercara. —¡Ven aquí, rápido! ¡Ven a sentir al bebé patear!

Con cara de asombro, se apresuró a mi lado y se sentó. Tomé su mano y la coloqué sobre mi vientre. Ambos nos quedamos quietos y en silencio durante varios segundos, esperando que hubiera más movimiento.

De repente, sentí otra patada. Vincent jadeó.

—¡Lo sentí! —exclamó.

—¿Lo? —Fruncí el ceño y le di una mirada divertida—. ¿Cómo estás tan seguro de que el bebé es un niño?

—Solo siéntelo —insistió Vincent—. ¡Es tan vivaz!

Me reí. —Eso no significa necesariamente que será un niño.

Como para demostrar mi punto, Eve de repente entró corriendo a la habitación con un chillido de alegría.

—¡Mamá! ¡Papá! —gritó, corriendo y saltando a los brazos de Vincent—. ¡Camille me dejó comer helado en el zoológico!

—Oh, ¿eso hizo? —Extendí la mano y le hice cosquillas bajo la barbilla a Eve—. ¿Y dónde está Camille, eh? ¿Escondiéndose de mí?

Eve sonrió y asintió. —¡Sí! Me dejó en la puerta y salió corriendo. Me dijo que no te contara sobre el helado.

Vincent gimió. —Ahora tendremos que lidiar con una hiperactividad por azúcar. Me aseguraré de agradecerle a Camille por eso como es debido.

Le guiñé un ojo. —No seas muy duro con ella. Alguien tendrá que consentir a Eve de vez en cuando en los próximos meses.

Asintió, tomando mi mano y besando el dorso. —De acuerdo, lo dejaré pasar. Por ahora.

Eve estaba rebotando en su regazo, acelerada por el azúcar.

Me hizo reír. —¿Quieres ver energía? Este bebé podría ser una niña igual que Eve.

Vincent sonrió y se inclinó para besar mi frente. —Entonces será encantadora y asombrosa como su hermana mayor.

—¡Papá! ¿Podemos ir a pescar? —preguntó Eve de repente, mirándolo con ojos grandes—. Por favor, por favor, por favor.

Vincent y yo intercambiamos una mirada y nos reímos.

—No importa qué sea el bebé, él o ella será adorado —me dijo, abrazando a Eve contra su pecho

—. Igual que este pequeño monstruito.

Empezó a hacerle cosquillas, y Eve chilló y se rió, retorciéndose para tratar de escapar de él. Los observé, y mi pecho se hinchó de felicidad y amor. Esta era mi versión de la perfección. Mi familia toda junta. Mi hija con su padre.

Esta era la mejor vida que podría haber deseado y una que nunca pensé que tendría.

Cuando vi a Vincent por primera vez en ese ascensor hace tantos años, nunca podría haber imaginado que terminaríamos así. Ahora, no podía imaginar mi vida de otra manera.